VARIEDADES

Documentos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España

(*Continuación.*)

Marly, 29 de junio de 1698.

Luis XIV a Harcourt. (En francés.)

Aff. Etr.

Hace bien en conceder extrema importancia a que permanezca secreta la negociación que lleva con el Rey de Inglaterra, porque nada enojaría tanto a los españoles como suponer que era propósito suyo descuartizar la Monarquía. Habrá visto por la copia que le remitió de su primera carta a Tallard que tenía la orden de decir al Rey de Inglaterra, desde el comienzo mismo de la negociación, que cualquier noticia de ella que trascendiese al público sería rotundamente desmentida en París, y análoga advertencia se hizo asimismo a Lord Portland.

Siempre estimó de enorme trascendencia para su Corona lograr que uno de sus nietos ocupase el trono español; pero cabalmente las razones que tiene él para opinar así son las que mueven al Rey de Inglaterra a estorbarlo, persuadido como está de que, caso de realizarse, quedaría cerrado a ingleses y holandeses el comercio del Mediterráneo.

No puede transmitir por el correo ordinario todo lo ocurrido en este negocio desde su carta del 27 de mayo (1), y como no tiene aún contestación positiva ni orden ninguna concreta que darle todavía, prefiere despachar otro extraordinario si hubiere lugar a ello, y ese mismo correo será portador de la que le pide en el asunto que atañe a la Reina de España.

Aun cuando la negociación con Inglaterra no avanza gran cosa, ha preferido no interrumpirla, porque mientras dura, se

(1) Véase Hippeau, *L'avènement des Bourbons en Espagne*, t. I, pág. 96.

abstendrá el Rey Guillermo de comprometerse con el Emperador, quien sin el auxilio de las potencias marítimas no podrá emprender nada para asegurar al Archiduque la sucesión de España.

Habrá leído en su carta anterior la persuasión en que estaba de que el Conde de Harrach no se iría de Madrid sin forcejear nuevamente para que se nombre al Archiduque Gobernador de Milán. Se ha confirmado su vaticinio, pero ve en su despacho que la demanda fué denegada otra vez.

Parece ser, además, que estas renovadas tentativas contribuyen eficazmente a enajenar al Emperador la buena voluntad del Rey de España y aun la de la nación entera, y se comprende que sea así, porque nada menos propio para obtener la amistad de S. M. Católica que tratar incesantemente de su sucesión, considerándola muy próxima y pedirle que llame junto a sí al Príncipe que aspira a heredarle, o que le otorgue por lo menos el Gobierno de un Estado, cuya posesión facilite la de la herencia cuando sobrevenga un suceso que el Rey no puede prever sin congoja.

Tampoco muestra el Emperador gran afecto a la nación, y una prueba de ello la acaban de dar sus partidarios, rechazando el ofrecimiento que él había hecho para acudir en socorro de Ceuta. Esa actitud equivale a la declaración de que posponen el interés de España cuando quiera que abrigan el temor de que perjudique al suyo. Así, pues, para acomodarse a sus instrucciones habrá de seguir la conducta contraria a la del Embajador cesáreo y aprovechar todas las oportunidades de que los españoles vean los designios franceses desde el punto de vista que le pueda resultar a él más favorable.

Aprueba la confianza que ha tenido con Balbases; parece muy devoto y convendrá que le visite a menudo sin llegar a hacerse importuno. También es de gran interés cultivar al Cardenal de Toledo y a cuantos Ministros puedan servir la causa francesa.

Del conjunto de los informes que le envía saca la conclusión que el ánimo general del país es ahora muy diverso del de antaño; y no ve que se pueda hacer otra cosa sino favorecer

esa inclinación. Está seguro de tener siempre prontas las fuerzas suficientes para hacer efectivo el derecho de su nieto y la voluntad de los españoles, si le llaman a reinar. Importa mucho, asimismo, conocer las máximas de los Virreyes de Nápoles, Sicilia y demás grandes dependencias de la Corona y procurar atraérselos por interés o por amistad.

No esperaba contestación más concreta que la que se le dió por conducto del Cardenal Córdoba; pero le convenía mostrarse tan decidido partidario como quien más del mantenimiento de la paz y ofrecerse a suscribir cualesquiera ligas o alianzas para conservarla.

En cuanto tuvo noticia de que el Landgrave de Hasia Cassel había retirado sus tropas, dió las órdenes oportunas para que se devolvieran al Emperador y al Imperio las plazas que se había comprometido a devolver. Quedarán todavía en pie algunas fortificaciones; pero en cuanto se arrasen, como está convenido, retirará también sus tropas.

No duda de que el padre la Blandinière podrá serle muy útil como auxiliar, porque conoce su celo por servirle.

Como seguramente le ocurrirá necesidad de enviarle un correo urgente sin haber de someterse a las formalidades que para caso tal se exigen en España, convendrá que diga al Cardenal Córdoba, su Comisario, que estando próximo el envío de un Embajador a París, desea saber qué criterio se va a aplicar en punto a la expedición de correos a fin de que en Francia se aplique trato de estricta reciprocidad. Si la contestación implicase el mantenimiento de las prácticas tradicionales, debe insinuar que ellas no responden a los sentimientos de cordial amistad que el Rey su señor desea mantener con el Católico, y que sería bien que el uso español tuviera en este punto la laxitud del francés.

Madrid, 30 de junio de 1698.

Harcourt a Tallard. (En francés.)

Aff. Etr.

Ha recibido, por fin, su carta del 27 de mayo, cuando estaba muy ofendido de que no contestase a las suyas, ya que desde

su salida de París no había sabido de él sino por Mr. Beol. Cierto que la distancia es larga y que no debe de tener tanto tiempo de más como él en Madrid, pero siempre se encuentra para cumplir con los buenos amigos.

Le envidia la dispensa de hacer entrada pública de que goza, por no estilarse esta ceremonia en la Corte británica. No se halla él en el mismo caso, aunque no podrá realizarla hasta agosto, porque sus carrozas acaban de llegar a Alicante.

Supone que terminarán pronto las sesiones del Parlamento inglés.

Describe, en los mismos términos que lo hizo al Rey, la última enfermedad de Carlos II y añade que todo en España va parejo con la salud del Monarca. No se ve orden en nada y ni aun parece que con ello se enriquezca nadie. La política alemana consiste en pedir groseramente cosas que se les niegan y en procurar aislarle a él, haciendo creer que es un crimen ir a verle. Pero ya se remediará esto y mientras tanto se están apercibiendo provisiones, armas, barcos y sobre todo buenos generales, aunque los enemigos no dispondrán ya de los antemurales que perdieron en la paz.

No cree que Tallard tenga que volver pronto a Kaiserslautern, ni él al Luxemburgo. Ha oído que Mr. d'Uxelles está con Vauban estudiando la fortificación del Rin, para impedir que se le echen puentes. Teme que no hagan sino perder el tiempo y el dinero.

No le habla de su vida porque no se puede llamar así a la que lleva. En el puesto que tiene, nadie, ni aun Mr. de Villars, podría ya lucirse. No sabe cuando podrá volver a sus trabajos literarios, pero seguramente no antes de dejar la Embajada, que debería recibir en castigo quien tuvo la malhadada idea de recomendarle para ese puesto. ¡Maldita sea la Excelencia!

El Rey de España sigue mal y los más optimistas sólo le dan de vida hasta el invierno, sin que ninguno crea posible que pueda pasarlo con vida. Advertidos de esto los inperiales forcejean para obtener algo, pero tropiezan con el Consejo de Estado y aun con la voluntad del propio Rey, aunque esta última es tan flaca que siempre se puede temer alguna sorpresa.

Madrid, 30 de junio, con postdata de 1.° de julio.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

Le informó del acceso padecido por el Rey en la noche del miércoles al jueves, por conducto del ordinario de Italia, que era el más rápido accesible. Pero en cuanto ha podido conseguir licencia para un correo extraordinario, le remite copia de aquel despacho.

Afortunadamente no tuvo consecuencia la enfermedad, porque curado el Rey por obra del purgante, se levantó el sábado, y la víspera, que fué domingo, asistió a la Capilla, aunque sin el séquito, y sigue bien. Pero el ataque ha sido fuerte y de haber durado algún tiempo más habría acabado con él. La recaída preocupó a los médicos, que celebran desde entonces consulta diaria, sin gran fruto, porque le hallan tan débil que no creen soporte ningún remedio. Parece ser que se van a contentar con ponerle una cantárida. La mayoría de los facultativos cree que el Rey está extenuado y no se asimila los alimentos que ingiere. La opinión general supone que no pasará del invierno, si bien es muy difícil acertar en estos vaticinios sin una gran experiencia médica.

Esos tres días que duró el achaque no quiso ver S. M. sino al Conde de Monterrey y al Marqués de Quintana, con gran enojo de muchos. Parece ser que al retorno de Toledo insistió mucho la Reina para que el Almirante volviese a las habitaciones que ocupó en Palacio, sin conseguir que el Rey lo permitiese, aunque ella empleó súplicas y amenazas.

Lamenta la incertidumbre en que tiene que dejarle acerca de la posible duración de la vida del Rey de España; pero ya comprenderá cuán difíciles son los pronósticos.

Ha visto por su carta el escaso resultado de la negociación que lleva Tallard con el Rey Guillermo y no cree que se obtuviese otro mejor entablándola con S. M. Cesárea, en quien perdura la animadversión contra Francia, a juzgar por el encono que muestran los Embajadores imperiales en Madrid, los cuales desmerecen mucho del concepto que de ellos tenía formado.

Se confirmó el vaticinio que hacia S. M. acerca del des-

esperado esfuerzo que intentaría Harrach, padre, antes de su marcha. No sabe con certeza sobre qué puntos versó, pero sí que se hizo y que resultó inútil. La reciente recaída del Rey le retendrá en Madrid más de lo que pensaba, pero tanto él como su hijo han conquistado poca estimación y menos amigos.

La oferta de la escuadra para socorrer a Ceuta y Orán y la que hizo posteriormente para convoyar los refuerzos que se envíen a la costa bereber, han causado maravilloso efecto, no sólo en Madrid sino en toda España y no cabe duda de que será buena política seguir mostrando a los españoles cuánto les favorece tener por amigo al Rey Cristianísimo, ya que aprendieron sobradamente cuán caro les cuesta tenerle por enemigo.

Se atreve a insistir en que toda suavidad en el trato que se aplique a los españoles será saludable, aunque de momento no se obtenga correspondencia.

Como lo escribe a Mr. de Pontchartrin, las reclamaciones que ha hecho para que pueda continuar el tráfico francés entre Berbería y Cádiz no han tenido buen éxito a causa del peligro inminente en que, según se le ha contestado, se hallan aquellas plazas. Pero la oferta de la escuadra francesa se ha declinado so pretexto de que no había temor ninguno de perderlas. No dejará de señalar esta contradicción a su Comisario el Cardenal Córdoba.

Es positivo que la Reina está poco satisfecha de los Embajadores alemanes y del Emperador. Ella fué, sin embargo, la que avisó al Conde de Harrach la indisposición del Rey, y así pudo el Embajador alemán presentarse en seguida en el Alcázar, al mismo tiempo que el Nuncio, que también fué a pie en plena noche. La Reina puso gran afán en averiguar quien dió el soplo a Portocarrero, enterado asimismo con gran diligencia, cosa que la disgustó sobremanera.

Está persuadido de que en las circunstancias en que se halla, la quietud y la prudencia son mucho más útiles que la indiscreta actividad; por eso no pone empeño ni aun en visitar a los Ministros. La opinión general, singularmente la de las personas afectas al orden, sigue siendo más favorable cada día a Francia, al advertir el contraste entre la justicia que allí reina

y la injusticia que aquí prevalece. El único plan acertado será, pues, tener siempre apercibidas fuerzas terrestres y marítimas para acudir en apoyo de esa opinión, ya que no será posible lograr lo que se pretende sin larga y enconada guerra.

El Presidente de Panamá está ya despachado y dispuesto para partir. No se atrevió a visitarle personalmente, pero le mandó decir que es gran devoto del Rey Cristianísimo y que procurará servirle en su Gobierno, según la palabra que empeñó.

Ha recibido las cartas del Duque de Lamy a propósito de sus propiedades en el Reino de Nápoles y con ellas a la vista redactará la oportuna memoria para el Cardenal Córdoba.

Postdata de 1.° de julio.

Los médicos han resuelto aplicar al Rey dos cantáridas, una en el brazo y otra en la pierna. La víspera salió S. M. a pasear en coche y llegó hasta el Retiro. Pero su debilidad sigue siendo muy grande, sobre todo la de la cabeza, y en previsión de lo que pueda ocurrir repentinamente, se permite aconsejar que se envíe al Rosellón persona capaz de ponerse al frente de las tropas, que esté en constante comunicación con él, así como que se envíen al Almirante de la escuadra órdenes selladas para ser abiertas en caso de fallecimiento del Rey de España. Si esas órdenes se mandan por conducto suyo, conviene vengan duplicadas, pues no está seguro de poderlas cursar sin que se extravíen, caso de sobrevenir desórdenes.

El Conde Fernando Buenaventura de Harrach visitó la víspera al de Aguilar y estuvo dos horas con el Confesor de la Reina, lo cual hace suponer que la salud del Rey inspira serios temores.

El señor Dini, Enviado de Módena (1), se muestra muy afecto a Francia y le ruega se lo haga saber.

El Conde de Benavente acaba de avisarle que el Rey seguía bien, dentro de su extrema debilidad y que los médicos tuvieron la antevíspera consulta en que resolvieron aplicarle las dos cantáridas el 2 de julio a las siete de la mañana. Añade el Conde que ha pasado cuatro días junto al Rey velándole por las no-

(1) Los despachos de este diplomático se guardan en los Archivos de Turín.

ches y que empeña su palabra de caballero de no ocultarle la verdad acerca del estado del paciente.

Londres, 1.º de julio de 1698.

Auersperg al Emperador. (En alemán.)

W. S. A. Span. Fasz. 59.

Llegó la víspera correo de España por la vía de Coruña. El Rey Guillermo dijo, a presencia de varios personajes oficiales, y entre ellos el Embajador de Francia, que según sus noticias, si los moros sitiaban a Orán se aceptaría la oferta francesa, que se ha declinado cuando se brindó para el socorro de Ceuta. El Secretario de Estado objetó que lo ignoraba, y él afirmó lo propio; pero el Rey insistió asegurando saberlo de muy buen origen.

Idem.

El mismo al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En alemán.)

Ibid.

El Marqués de Canales desea que se fije una fecha para levantar simultáneamente las interdicciones que pesan sobre él y sobre Schönberg. Pero Quirós le aconseja que no haga gestión ninguna hasta recibir órdenes de Viena y Madrid.

Le supone enterado de las esperanzas que acaricia el Elector de Baviera; pero él sigue creyendo que todo depende de la resolución de España, a la cual se adherirá el Rey Guillermo.

Madrid, 2 de julio de 1698.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

Acaba de ver al Marqués de los Balbases, con quien habló lo primero de la salud del Rey, oyendo de él que se le habían aplicado aquella mañana las dos cantáridas, remedio dudoso porque puede agravar su falta de calor natural, siendo muy de temer el próximo invierno. Le insinuó que la mayor alarma pro-

cedía de la demora del Conde de Harrach, porque la Corte y la ciudad veían en ella y en la constante agitación del Embajador cesáreo una prueba de que la dolencia del Rey era más grave que lo que se quería dar a entender. Balbases dijo entonces que Harrach había hablado con el Rey dos veces. Estaba seguro de que en la primera no trató sino de la situación de las plazas fuertes, pero no había podido averiguar aún el tema de la segunda audiencia, y el Cardenal Portocarrero le aseguraba ignorarlo él también, no obstante ser Comisario del Caballerizo Mayor imperial. Cree el Cardenal que del Rey no consiguió nada y que al Consejo no recurrirá porque sabe que no le es favorable.

Tomó él pretexto de esta afirmación para inquirir algo de los secretos de ese Consejo, mostrándose sorprendido de la gran intimidad de Harrach con el Conde de Oropesa. Balbases le contestó que éste no olvidaría nunca los siete años del destierro padecido por culpa de la Reina y de los alemanes, y que si disimulaba ahora no era sino por conveniencia personal, siendo en el fondo partidario resuelto de la causa portuguesa.

Aludió él, luego, al Almirante, replicándole su interlocutor que era, en efecto, devoto incondicional de la Reina, pero que no se entendía bien con el Embajador, discrepando radicalmente ambos en la conducta que S. M. debía seguir con su marido. Como la afirmase él que por lo menos el Conde de Aguilar se había de tener por austriaco decidido, contestó Balbases que ese Conde tenía fama bien ganada de visionario y no es simpático al Rey, puesto que ha prohibido a su hijo hacer guardias en Palacio, y añadió que el resto del Consejo se inclinaba al partido francés, aun cuando el Conde de Monterrey lo disimulase, porque procuraría hasta el fin estar bien con todos. Del Cardenal Portocarrero dijo que era gran amigo suyo, por coincidir casi siempre en el mismo dictamen y aseguró haberle oído decir que deseaba estrechar relaciones con él (Harcourt) porque le había sido simpático. Abordó, por último, Balbases el tema de la sucesión, afirmando que los alemanes, tan odiados en el país, nada conseguirían y que Francia no perdería su ascendiente si no intentaba convertir a España en una provincia gobernada por Virreyes, o

desmembrar la Monarquía; que si se limitaba a enviar uno de sus Príncipes, era seguro que se le recibiría con los brazos abiertos.

Contestó que conocía lo bastante bien el pensamiento del Rey Cristianísimo para estar seguro de que nunca entró en sus cálculos convertir a España en provincia francesa, sino mantenerla como Reino independiente bajo uno de sus nietos; y que el mejor modo de evitar la desmembración era impedir que los Gobiernos de los Estados dependientes de la Corona católica se diesen a personas capaces de abrir sus puertas a los extranjeros y entregarlos antes de que el Rey de Francia lo pudiese remediar. A esto aseguró Balbases que el peligro era mayor en apariencia que en realidad, porque no bastaba que el Príncipe de Vaudemont gobernase a Milán, ni el de Darmstadt a Cataluña, si los españoles subordinados suyos se mantenían fieles a la resolución que adoptasen las Cortes, ya que algunos, como su propio hijo, que tenía mando en el Milanesado, eran muy capaces de imponerse al Virrey desleal. Cierto que el Emperador podía enviar algunas tropas haciéndolas penetrar poco a poco en Milán desde las montañas próximas, pero tropezarían con la hostilidad de los Príncipes italianos y la de los españoles gobernadores de las plazas.

Le preguntó luego Balbases si el Delfín se acomodaría al plan de que estaban hablando, y él contestó que no se opondría jamás a ninguna resolución paterna adoptada en bien de España y Francia. Su interlocutor exclamó entonces que podía estar seguro de consolidar la dinastía francesa si el Príncipe que ocupase el trono no trae consigo sino uno o dos buenos consejeros.

Hablaron después del Cardenal Portocarrero, con quien no ha podido espontanearse tanto porque no le ve todo lo que deseara, ya que también él le profesa gran simpatía. Balbases quedó en conferenciar con Su Eminencia y trasmitirle lo que ambos hubiesen acordado para impedir que el Conde de Harrach pueda aprovechar cualquier desmayo del Rey, y le aconsejó desde luego que, mientras tanto, no tratase con el Cardenal Córdoba, que era un ignorante, sino con el Secretario del Despacho Universal.

Postdata del 3 de julio.

El Conde de Benavente, a quien acaba de hacer preguntar en Palacio, le contesta que el Rey pasó muy bien la noche y que le han levantado el apósito de las cantáridas. Los frecuentes conciliábulos de Oropesa con Harrach y el Enviado de Portugal hacen suponer que los dos primeros quieren remediar su debilidad con el concurso del último.

Madrid, 3 de julio de 1698.

Pedro González a Prielmayer (1).

A. H. M. Estado. Leg. 2554.

..."Entretanto que llega el correo de Flandes me anticipo a participar lo que he entendido acerca de las proposiciones que ha hecho este Conde viejo de Harrach en voz al Rey y a la Reina, sobre la alianza que solicita se haga, renovando la de la paz de Riswic y añadiendo a ella algunos capítulos, que se reducen a instar eficazmente que el Rey se arme por mar y por tierra, declarando el número de tropas, bajeles y galeras que ha de tener efectivas, para que a proporción hagan lo mismo los aliados, según la posibilidad de cada uno. Que conociendo lo apurada de medios que está la Monarquía, ofrece el Emperador enviar a España 12.000 hombres después de concluída la paz con el turco, y que los mantendrá a su costa, facilitando con ingleses y holandeses el que den embarcaciones para transportarlos, sin gasto ninguno de S. M. Que también dispondrá el Emperador que el Rey Británico y Estados Generales serán garantes para que la Francia no se oponga ni embarace el que lo referido se ponga en ejecución, mediante el que S. M. venga en ello y que haya de permanecer constante en las resoluciones que se tomaren. Que como todo esto mira a que la Monarquía de España quede en su entero si el Rey falleciese sin dejar hijos, y que no recaiga en poder de la Francia, ni por incorporación a la suya ni enviando un hijo del Delfín, pues de cualquier manera fuera perjudicial, no sólo a ingleses y holandeses, sino a todas las potencias y Príncipes de Europa, será menester que el Rey em-

(1) *Revista de España,* t. 125, págs. 456-458.

piece a explicarse de cuál sea su ánimo tocante a lo de la sucesión, y que si no quisiera hacerlo desde luego en las formas y vías regulares, por no ser de su gusto, o por otros reparos políticos, que a lo menos dé premisas de que está en ello, y que éstas sean escribiendo carta de su mano al Rey de Inglaterra asegurándole que su intención es de nombrar heredero, dejándole establecido antes de su muerte, y que éste sea un Príncipe de la línea masculina de su Casa, cuya expresión, dicen estos Ministros cesáreos, será bastante para que el británico y holandés se empeñen abiertamente a sostenerle, y aunque afirman en sus discursos que es un punto que lo tienen ya allanado con los mismos, se puede suponer que sea más ficción que realidad y que mañosamente pretendan que unos y otros se vayan deslizando y enredando insensiblemente en las ideas que imperiales están maquinando, tirando a conseguir su deseado fin cuanto antes, o de envolver a todo el mundo en una nueva guerra; esperando que con la duración de ella y el beneficio del tiempo tomarán las cosas mejor semblante a su favor; y a la verdad parece que no lo piensan mal, pues una vez hecha la paz con el turco, y el Elector de Sajonia en pacífica posesión del Reino de Polonia, se pondrá el Emperador en actitud de obrar con más poder del que tuvieron todos sus antecesores; y siendo esto lo esencial del tratado de alianza que va moviendo el de Harrach, a S. A. E. tocará el mandar investigar en Londres y Holanda cómo se han tomado o toman estas negociaciones de la Corte imperial, para atravesarlas y desvanecerlas en la parte que puedan ser dañosas a sus intereses, como por acá lo procurará Bertier en cuanto le será permitido, habiéndole yo comunicado lo que hay en este particular, como lo he hecho y haré de todo lo que ha ocurrido y ocurriere en adelante, según lo fuere penetrando, creyendo que es lo más importante al servicio de S. A. E. para que con tiempo pueda prevenirse; añadiendo ahora que el Conde de Harrach viejo solamente ha hecho sus representaciones verbalmente y pidiéndole al Rey le señalase Ministro o Ministros con quien conferir, le ordenó que no hablase con ninguno hasta que se lo advirtiese, lo que no ha hecho hasta ahora, causando al de Harrach impaciencia, pues teniendo

precepto de su amo de sacar una respuesta positiva y categórica de sus instancias (como avisé en mi precedente), lo cual creyó lograr en breves días, dejando a su hijo la incumbencia de perfeccionar lo que entablaría, se ve precisado a detenerse, publicando que no partirá hasta septiembre; pero respecto de las confusiones, que cada día se aumentan en el Gobierno las divisiones y desconfianzas, ya inveteradas, entre el Rey, la Reina y los Ministros, se da por difícil o imposible que esto se componga ni mude de método, para obviar los presentes males, ni los mayores que en lo futuro amenazan a estos Reinos, tanta tropelía de desórdenes e injusticias como se ejecutan, por la violencia con que el partido dominante lo maneja todo, no habiendo individuo que no esté viciado en lo formal y material, por falta de ministerio y aplicación del Rey, que no lo quiere hacer por sí, ni poner planta adecuada que pueda aliviarle, disimulando sus omisiones, que en medio de ser tan notorias nadie se atreve a representárselas, como se reconoció en el accidente que le sobrevino el miércoles de la semana pasada, entre nueve y diez de la noche, del cual habiendo vuelto después de tres cuartos de hora, ni el Cardenal, ni Oropesa, ni otro alguno le han hablado ni dicho nada con este motivo, para estimularle a considerar seriamente lo que conviene no despreciar tan patentes avisos y aldabadas, estando todos escarmentados y en la inteligencia de que no han de aprovechar sus consejos, antes bien que los malquistará con la Reina, porque la revelará cuanto le dijeren que no sea de su satisfacción; y temerosos por tantas experiencias de la ligereza y extraordinaria facilidad de este Príncipe, todos huyen el cuerpo a decirle ingenuamente la verdad, que es la mayor fatalidad que puede suceder, siendo lo peor que el Rey dé tanto motivo para ello; con que, según la presente justicia, esto camina a largas jornadas al precipicio, haciendo lugar a que la Francia no encuentre el menor obstáculo en lo que anhela, y si las intercadencias de la salud de S. M. han dado tanto asunto al Cristianísimo a la conducta que lleva de no reformar, teniendo en pie casi los mismos ejércitos que antes de la paz y sin restituír las plazas al Imperio, ¿qué es lo que hará cuando sepa este último accidente, del cual sacará nuevos motivos para no aflo-

jar ni desistir de sus designios? Y esto en ocasión que tiene gran cantidad de tropas abocadas a las partes de Cataluña y Navarra, en el Languedoc y la Guiena, y que su armada marítima, que ha echado al mar con el pretexto de socorrer a Ceuta y castigar a los corsarios de Salé, se hallan ya algunos bajeles y galeras de ella en Málaga, Cádiz y otros de nuestros puertos, dando no poca aprensión, a vista de la pésima forma con que esto corre, no habiendo apariencias tampoco de que el arribo de galeones sufragará a tanto como se necesita para las debidas providencias, porque además de haber muy poco o nada para el Rey, el contratiempo de quedar allá la plata y mercaderías que venían en la almirante y la pérdida de otros navíos, atrasará infinito las cosas del comercio, sin que pueda esforzarse a hacer algún servicio considerable, o por vía de donativo o de empréstito; y sobre todo vuelvo a repetir que lo que más desalienta es la suma irresolución del Rey y la desunión de estos magnates, llenos de sospechas y temores y poseídos de sus fines particulares, que anteponen al bien común y a la conservación de la Monarquía. Pero si el Rey volviera sobre sí y no se sujetase a ascendiente ajeno, es bien cierto que estas cabezas no anduvieran tan desconcertadas, ni padeciera tanto el espíritu de este Príncipe.

Después de escrito esto, recibo la de V. m. con data de 16 del pasado en que me insinúa la aceptación que merecieron a S. A. E. las noticias que suministré entonces, y siendo tan de mi obligación el hacerlo, lo continuaré con el propio desvelo, sin que el contenido de la de V. m. requiera individual respuesta; y así concluyo esta, suplicando a V. m. que solicite se use de estas noticias que doy con toda reserva y cautela, si no se me quiere poner en la contingencia de ser sacrificado inútilmente."

Madrid, 3 de julio de 1698.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Solsona.

A. I.

"En cuanto al casamiento del Rey de Romanos, ya desisto del empeño que había tomado por la Princesa de Darmstadt, y os

encargo de apoyar el partido del lado de Anspach, por lo que en ello interesaría la religión católica y las conveniencias temporales de la Augustísima Casa, pues la de Hanover he desaprobado siempre, y la de Guastala es muy desigual, no pudiendo de ninguna manera estarme bien el tener por sobrina a quien tiene aquí en Palacio por muy cercana parienta una Dama criada mía, además que nunca las italianas han salido buenas Emperatrices.

Por lo que toca al Archimandrita, ya le supongo encaminado a esta Corte y que en ella hallará con qué aventajar sus talentos, siendo ridículo el recelo que allí publican los Ministros y Damas y se redarguye claramente con lo que pasó en tiempo de la Reina Madre, cuando no estaba aquí la Berlips, y sin embargo se vieron mayores desatenciones y más horribles sátiras, sin que la autoridad del Conde de Harrach pudiese remediarlo; con que siendo el Archimandrita entendido y (no teniendo que pretender) contento de gastar aquí sus rentas de Mesina, confío no habrá quien murmure su presencia aquí, no más que la de su prima la de Cram (1); y para que algunos logren su envidia no debo yo embarazar que una buena madre vea a un buen hijo."

Madrid, 3 de julio de 1698.

La misma al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Le agradece el interés que se toma en el asunto de la sucesión, pero hay que entregarlo a la voluntad de Dios. Lo importante es que el Rey conserve la salud que ha recuperado después de un grave desfallecimiento que tuvo ocho días atrás.

Confía en que las aguas de Aquisgrán produzcan el deseado efecto y la comunique pronto la feliz esperanza de la Electriz. No ha llegado todavía Ariberti, cuyas noticias aguarda para servir mejor sus pretensiones.

El Rey pregunta frecuentemente cuándo llegará el ganado, del

(1) Alude a la sobrina de la Condesa de Berlips, que estaba en Palacio como dama.

cual se promete mucha distracción; también ella espera con impaciencia el arribo de carrozas y caballos. Tiene que mandarle en cambio, algunos cuadors y ámbar; pero no sabe aún qué conducto podrá utilizar. Pensó que lo sería el Conde de Harrach, pero va directamente a Viena.

Sus músicos hacen mejor papel que los enviados por el Elector de Baviera, aunque no han llegado todavía los oboes, pitos y flautas que encargó a París. Entre los músicos del Rey hay uno que toca la "viole d'amour", que es un violín con cuerdas metálicas, de muy agradable sonido. Le agradece que le envíe este instrumento y una "viola de gamba".

Madrid, 4 de julio de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 59/14.

El tema de mayor interés sigue siendo la salud del Rey. Con posterioridad a su carta anterior tuvo un desmayo con todas las apariencias de la muerte, pues duró un buen cuarto de hora y le sobrevino después de haber comido, con gran frialdad en las extremidades privándole del conocimiento y sensibilidad. El pánico en la Corte fué indescriptible; pero al siguiente día se purgó y al otro se levantó, reanudando su vida ordinaria. Toma todavía polvo de víboras y pollos alimentados con ese ingrediente, pero la mejoría no es, en verdad, notable. Le han recetado dos fontanelas (1), contra su dictamen, porque, a su juicio, el mal consiste en que no se asimila lo que come, según lo comprueba el hecho de que los excrementos excedan con mucho en volumen a lo que ingiere. En realidad viene estando enfermo desde la muerte de su madre, es decir, de dos años atrás.

En la Corte se supone que la causa del terrible desfallecimiento últimamente padecido se podría atribuír a haber reanudado la cohabitación con la Reina; pero la suposición carece de fundamento, porque le consta que no han vuelto Sus Majestades a dormir juntos, ni lo harán, *sic tantibus rerum* hasta Navidad.

---

(1) Diminutivo de la fuente quirúrgica o exutorio.

El otoño y el invierno son muy de temer, sobre todo si se obstinan los médicos españoles en privarle del único remedio que le está indicado y que es el vino puro. Si se pudiese apelar a cualquier facultativo imparcial, seguramente le daría la razón, porque no hay síntoma de complexión fría que el Rey no tenga: el lagrimeo de los ojos, la fluxión nasal, la lengua hinchada que impide hablar claro, el color cadavérico, la pereza para moverse, las flemas del pecho y otras señales acusan la necesidad de que beba buen vino si su salud se ha de conservar tanto tiempo como es menester, con la voluntad de Dios.

Londres, 4 de julio de 1698.

Auersperg al Conde Fernando Buenaventura de Harrach. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

El Rey Guillermo se muestra frío en el asunto de la sucesión, porque cree sin duda que depende exclusivamente del Emperador, a quien reprocha que no haya cerrado ya las paces con el turco.

Dusseldorf, 6 de julio de 1698.

El Elector Palatino a Mariana de Neoburgo. (En alemán.) (1).

St. A. K. bl. 46/14 d.

Ha vuelto de París el Canciller Wiser con buenas impresiones acerca de su pleito con la Duquesa de Orleans. Sólo falta que hable ella al Marqués d'Harcourt en el sentido que sabe y quejándose además de los abusos que cometen los intendentes franceses en Germersheim y Lützelstein, con notoria infracción del texto de Rijswijck. En agradecimiento encargará al escultor Grupello una estatua suya que se colocará en la plaza de Heidelberg, y tendrá delante una luz que arda perennemente.

Lamenta el retraso del ganado, pero los armadores holandeses ponen dificultades para el transporte. Berjeick lo está arreglando.

---

(1) Véase Hilsenbeck, *op. cit.*, pág. 60.

Alcázar, 4 de julio de 1698.

El Duque de Montalto al Obispo de Solsona.

A. I.

"Muy repetidos sustos nos da la salud del Rey, que ya sabrá V. E. la calidad del último accidente que tuvo, que puso en gran confusión a todos, sin que tan repetidos avisos quiera Dios le abran los ojos para ver la total ruina de su Monarquía. Yo doy en este tiempo gracias a Dios de hallarme fuera, y este favor debo a la Reina Nuestra Señora, que no quiere mi vuelta (aunque su marido quiere) y hace muy bien, porque no soy capaz de concurrir a tantas y tan sacrílegas maldades como se cometen, sin reparo ni respeto a Dios ni a las gentes, haciendo con lo que ejecutan grandísimo beneficio a franceses.—*Fernando de Aragón.*"

Dusseldorf, 6 de julio de 1698.

El Elector Palatino a la Condesa de Berlips. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Se conduele de la mala situación política de España y de la imposibilidad de hallar otro remedio que la paciencia. Supone en Madrid al Marqués de Ariberti y vuelve a rogarla que le ayude lo más posible. No dió crédito a los rumores que la decían en desgracia, así como al padre Gabriel, atribuyéndolos a la conocida malevolencia española contra los alemanes. Está seguro de que seguirá sirviendo a su hermana y encontrará la merecida recompensa.

Madrid, 8 de julio de 1698.

La Condesa de Berlips al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Tuvieron ocho días atrás gran susto con motivo de un desmayo del Rey, que los médicos, con torpe exageración, llaman apoplegía o accidente. Le han purgado y practicado dos fontanelas.

El embajador de Francia hace escribir y circular muchos pa-

peles para ganar adeptos. La Marquesa, su mujer, llegará al día siguiente y es seguro que se esforzará en procurarse simpatías en Madrid. Los austriacos siguen dormidos en un país como España donde nada violento tiene buen éxito, porque se dejan ir las cosas en la confianza de que Dios hará un milagro, no obstante ser ya éstos muy poco frecuentes. Importaría mucho conocer las verdaderas intenciones de Inglaterra y Holanda, porque se malicia que hacen a las dos partes, cuando no a las tres, y como forzosamente alguna resultará engañada, es muy posible que sea la Casa de Austria.

Madrid, 8 de julio de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

Sigue el Rey haciendo vida normal y despachando a diario. Acaba de conceder más de 200.000 ducados de renta anual al Almirante de Castilla, Cardenal Córdoba y Marqués de Villafranca. La Reina hace la cura de baños y de leche para refrescar su sangre. Ha llegado Ariberti, que tuvo el mismo día audiencia privada con la Reina. Se espera al joven Archimandrita de Mesina, hijo de la Berlips, que viene como Enviado de Polonia; la casa que se alquiló para él cuesta 800 escudos al año. El Conde de Harrach, padre, prepara su salida.

Madrid, 8 de julio de 1698.

Harcourt a Luis XIV.

Aff. Etr.

Ninguna novedad desde su último despacho. El Rey hace su vida ordinaria y, no obstante su debilidad, salió la víspera y la antevíspera; pero perdura la hinchazón, aunque se presenta en distintas partes del cuerpo.

Las cosas políticas siguen en suspenso, porque el partido de la Reina se mantiene firme y no cede, tanto que comienza ya a tomar a broma los lucidos planes cuya inmediata realización

anuncian los contrarios, y que probablemente no la tendrán mientras dure el reinado.

Madrid, 9 de julio de 1698.

El mismo al mismo.

Aff. Etr.

Le comunicaron la víspera que el Almirante había sido nombrado General de la mar en sustitución del Marqués de Villafranca, a quien se daba la Presidencia de Italia. Poco después le llegó la noticia de que el nombramiento era de Generalísimo de las fuerzas de mar y tierra, y decidió ir aquella mañana a Palacio para averiguar la verdad. Había allí poca gente y los que estaban le repitieron las dos versiones contradictorias, prueba de que ninguna es aún positiva. Pero se pueden ya sacar dos consecuencias: que la Reina conserva crédito bastante para exaltar a su favorito y que el último accidente del Rey la ha movido a tomar precauciones, colocando a su criatura a la cabeza de las fuerzas disponibles, aunque, en verdad, por ser tan escasas, resultan poco eficaces. Después de divulgarse la noticia el día de la víspera estuvo el Almirante más de dos horas en conciliábulo con el Conde de Oropesa, como pocos días antes lo había estado con la Reina en las habitaciones que llaman de la Torre.

Su mujer llegó el sábado por la mañana. La Condestablesa salió a su encuentro y la preguntó si quería recibir visitas aquella misma tarde; como contestase que sí, vino ella con la Duquesa de Monteleón y la Marquesa de Salcedo. Muchas otras señoras han venido a cumplimentarla, y por indicación suya recibe a cuantas llegan, para hacer contraste con la Embajadora de Alemania que no ha aceptado visita ninguna, con general descontento.

Se consultó al Consejo de Estado la provisión del Virreinato del Perú; los que tienen mayores probabilidades de obtenerlo son: el Duque de Escalona, que desempeña un mando en Cataluña; el de Alburquerque, General de la costa de Andalucía, y el Conde de la Corzana, que manda las armas también en Cataluña.

S. M. ha concedido pensión de 18.000 ducados sobre las rentas del Reino de Nápoles al Cardenal Córdoba.

No enviará correo extraordinario mientras no ocurra novedad en la salud del Rey.

Ha visto al Almirante, y su nombramiento resulta ser tan sólo de General de la mar.

Luxemburgo, 9 de julio de 1698.

Extracto del Diario de Prielmayer. (En alemán.)

St. A. K. schw. 342/18/11.

Llegó a mediodía procedente de Bruselas el Elector de Baviera, saliendo a su encuentro a la puerta de Arlon las tropas que no montaban guardia. Las autoridades le esperaron en la puerta de la ciudad con hachas encendidas; la población civil dentro. S. A. montó a caballo antes de la entrada junto a la capilla de Nuestra Señora, y penetró luego en la ciudad, llevando a su lado al Conde de Elteren. Hubo tres tablados donde los estudiantes pronunciaron discursos de salutación. El *Te Deum* se cantó en la iglesia de los Recoletos.

Versailles, 11 de julio de 1698.

Luis XIV a Harcourt (1).

Aff. Etr.

Ha recibido las cartas del 30 y 1.º y la copia del 26, pero no el original de ésta, que le envió, según decía, por la ruta de Olorón.

El nuevo acceso sobrevenido al Rey cuando parecía más consolidada su salud, comprueba irremediable su debilidad, si no es que las medicinas le han producido un desarreglo peor que el que hubieran debido combatir. Es preciso, pues, prevenirse para los acontecimientos que pueden surgir cuando menos se piense.

Es evidente el fracaso de los planes del Emperador y de

(1) Publicada, en parte, por Hippeau, op. cit., pág. 133, con fecha 17 de julio.

su representante en Madrid; pero no se puede conjeturar hasta qué punto tendrá eficacia la influencia de la Reina junto al lecho de agonía de su marido, ni si el acatamiento de los vasallos a su Rey no les moverá a inclinarse ante sus postreras disposiciones, aun en el caso en que el amor a su estirpe pueda más en su espíritu que su actual aversión hacia los alemanes. Todo hace creer, sin embargo, que la conducta que le tiene trazada es la más conveniente para favorecer la popularidad de uno de sus nietos.

Se atiene, pues, a las instrucciones anteriores, según las cuales había acumulado ya en las provincias fronterizas de España 30 batallones y 3.000 caballos. Estos no han aumentado, pero sí los batallones de infantería, en número de ocho o diez, que se proponía licenciar, aunque no lo hace en vista de las noticias que llegan acerca de la salud del Rey Católico. La designación del general que haya de mandar esas tropas no es oportuna, porque suscitaría alarmas que importa mucho evitar, y se abstendrá de publicarla mientras no surjan novedades. Mientras tanto debe estudiar por cuáles provincias españolas convendría dar ingreso a esas tropas, según las facilidades que hayan de encontrar para su subsistencia y la inclinación política de los naturales, informándole de cuanto averigüe para que él pueda decidirse por la frontera catalana o por la navarra. Es indispensable saberlo con tiempo para acomodar al plan que prevalezca los movimientos de la escuadra.

El Conde d'Estrées se hará pronto a la vela con trece navíos desde Brest hasta Tolón; hallarán pretextos para detenerse en espera de las noticias de Madrid, y acomodará a éstas las instrucciones que le dé, una de las cuales será ordenarle la comunicación con el Embajador por medio de correos, que le permitan conocer puntualmente su situación.

Prevenidas así las fuerzas terrestres y marítimas, quedan las económicas; pero como no será fácil recibir de Madrid grandes noticias en tiempo de perturbación general, le remite desde luego 50.000 escudos.

Habrá visto por la copia de las cartas de Tallard que la negociación con Inglaterra no marcha, aun cuando pueda servir para

estorbar otra con el Emperador. Es muy de temer, sin embargo, que el último accidente sobrevenido al Rey Católico precipite la renovación de la alianza tanto tiempo diferida.

Ha de seguir insistiendo para obtener la libertad de comercio entre Berbería y Cádiz, según práctica tradicional.

Barcelona, 12 de julio de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja. 251.

Le agradece las noticias de lo ocurrido en el Consejo de Estado y se asombra de la impertinencia de Monterrey atribuyéndole a él la culpa de que la Monarquía española no convalezca. Se siente orgulloso de tener una importancia que no sospechaba, y se mirará al espejo para ver si se reconoce.

En Barcelona corre el rumor que apenas sea recibido Harcourt en audiencia pública se declarará heredero a un hijo del Delfín. Hay en la frontera 30.000 infantes franceses, sin contar la caballeria que se aguarda. Ha hecho bien, pues, en insistir para el envío de los dos regimientos de dragones, y se lo agradece.

Selder no es agente oficioso suyo, y se felicita de ello, porque tiene la sospecha de que informa al Almirante de cuanto sabe y de cuanto averigua, por muy extraños conductos. No obstante depender su porvenir del de la Casa de Austria, habla de ella en terminos muy poco satisfactorios. Pero llamarle en seguida daría ocasión a comentarios poco oportunos, aunque siempre sería conveniente apartarle cuanto antes del Confesor.

Copia de papel que don Antonio de Ubilla escribió al Embajador de Francia en 16 de julio de 1698.

A. H. N. Estado. Leg. 2761.

"Habiendo referido al Rey mi Señor el papel que V. E. se sirvió entregarme con fecha de 11 de éste, me manda S. M. diga a V. E. queda con toda estimación y satisfacción del amor y unión del Rey Cristianísimo, y que conservándole la misma,

debe S. M. estar muy seguro de que por parte de mi Amo nunca se innovará en cosa que pueda oponerse a las paces ajustadas entre las dos Coronas y a su puntual observancia; y con esta ocasión repito el manifestar a V. E. mi particular afecto a su servicio. Dios guarde a V. E. muchos años."

Madrid, 17 de julio de 1698.

El Marqués de Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Grande fué la merced que le hizo S. A., pero de haber conocido previamente cuánto había de costarle, la declinaría sin vacilar, porque todos los padecimientos de los anacoretas son pálidos ante lo que sufrió en el viaje desde Bayona a Madrid. ¡Lástima que no haya podido venir por la balija, como los despachos!

Sólo él es culpable, porque habría debido saber que España es ya aborrecida hasta por sus propios naturales.

De Sus Majestades sólo puede decirle que el Rey, después del último ataque, que le tuvo tres horas sin pulso, sale a diario con la Reina a pasear en carroza, junto al Manzanares. Ella debe de tener una salud espléndida cuando resiste el clima del país, aunque tenga que guardar cama de vez en cuando, como la ocurrió recientemente. Algo análogo la ocurre a la Berlips, tambien aclimatada ya.

Por causa de esa indisposición no pudo verla a su llegada y visitó al padre Gabriel, a quien halló enojadísimo contra el rumor de que pensase en cambiar de hábito.

Los informes que han llegado a S. A. sobre este Padre, no son exactos en dos puntos: ni es verdad que tenga mala fama entre los españoles, quienes conocen lo irreprochable de su vida religiosa y privada y le estiman como hombre de mérito, ni que sirva para negociar asuntos en la covachuela, porque de éstos se encarga exclusivamente la Berlips. Viven entrambos en la mejor armonía y los pretendientes visitan al Padre antes que a la Condesa, e informados los dos dan cuenta a la Reina, quien

por el amor que la profesa su marido sigue siendo árbitra de la regia voluntad.

Es indispensable, por consiguiente, conservar la amistad de este Padre, que dirige la conciencia de la Reina.

Vió luego a la Berlips, quien se lamentó de que la lealtad a su señora la enajena simpatías; pero le aseguró que no era nada fácil moverse en el ambiente de las intrigas cortesanas, y que lo estaba logrando lo mejor posible.

Al tercer día pudo, al fin, ponerse a los pies de la Reina, que se mostró muy agradecida a las cartas de S. A. Tiene muy buen aspecto y se propone tomar pronto unos baños que no están tan indicados para su salud como para conseguir algo que todos desean.

Visitó luego a los Ministros, al Conde de Harrach, al Nuncio, a Harcourt y a los que, según las órdenes recibidas, había de saludar, no como Enviado sino como particular.

Hay pendiente una cuestión entre los Embajadores de Capilla (que son el Nuncio, el cesáreo, el francés y el veneciano), a los cuales está unido el de Saboya, y los Ministros de Portugal, Baviera y Toscana, por pretender éstos que también aquéllos se han de atener a la hora fija que para la audiencia se les señale.

Este punto de etiqueta le ha retraído de presentar aún sus credenciales hasta recibir instrucciones sobre lo que deba hacer. Como Enviado del Elector se le quiere clasificar en tercer término, porque los representantes de Venecia y Saboya pretenden de él las mismas distinciones, a que sólo tienen derecho el Nuncio y los Embajadores de Coronas. Su perplejidad procede de que no puede seguir el ejemplo de sus pares, porque el Enviado bávaro, atento tan sólo al negocio de la sucesión, no se preocupa de cuestiones de etiqueta; el portugués, que estuvo antes en El Haya, de donde no salió bienquisto, se atiene a lo que resuelvan los de Baviera y Toscana, y éste tiene órdenes de su señor de marchar de acuerdo con el Representante bávaro y el palatino. De lo que él haga, depende, pues, la conducta de los otros.

Tanto Harrach como Harcourt agradecieron mucho las car-

tas de S. A. y el segundo se mostró muy devoto suyo y poco satisfecho de las exageradas pretensiones del Duque de Orleans, prometiendo intervenir para hacer posible la transacción razonable. Esto mismo se lo confirmó la Reina en la segunda audiencia que con ella tuvo, por habérselo oído ella al propio Embajador cuando le habló del asunto.

Pidióla él entonces órdenes para su instalación y entrada pública y S. M. le encareció la necesidad de representar decorosamente a la Casa de donde ella procedía. No pudo, por consiguiente, limitarse a alquilar un cuarto, sino que hubo de tomar una casa que le cuesta 200 doblas y habrá de tener para su servicio dos pajes, dos gentileshombres, seis lacayos y cuatro cocheros, sin contar los criados del cuerpo de casa, tres coches, de los cuales dos de gala, y ocho mulas, que son carísimas, porque las medianas, que valen 50 doblas, cuestan 70. El tren de vida resulta en Madrid costosísimo. No se amedrenta por ello; pero no ha pedido sino media franquicia para no incurrir en el error que cometió Novelli. El importe de ella son 250 doblas, que se perciben ocho meses o más después de devengadas.

No le molestará con peticiones como no sean indispensables y está dispuesto a marcharse en cuanto S. A. lo desee, rogándole que no le tenga más tiempo del preciso en la Corte más miserable del mundo. Ya le han sobrevenido dolor de muelas y una fluxión en el ojo derecho que le impide escribir bien. Le asegura que se trata sólo del preámbulo de lo que le espera. La Reina se le mostró muy propicia y dispone en verdad de medios para hacer efectiva su protección, aunque daría una libra de su sangre por verse en Dusseldorf. En cuanto a él, si su naturaleza se lo permite, permanecerá en Madrid mientras lo haya menester S. A.

Le ha sido muy útil la amistad de un religioso llamado el padre Carpani, que representa al Elector de Tréveris y está muy favorecido por el padre Gabriel y por la Berlips, en cuyas habitaciones puede entrar merced a su hábito. Le tiene hospedado a él hasta que complete su instalación. Agradecerá a S. A. que le envíe una carta para este Padre, dándose por enterado de sus atenciones y estimándolas.

El Almirante se dijo muy devoto de la Casa Palatina y so-

bre todo de la Reina, pero no le faltan enemigos, aunque la enfermedad del Rey le ha permitido adquirir más influencia, como a todo el partido de la Reina. Sabe esto por el padre Gabriel, quien le ha dicho que S. A. en cierta ocasión le envió tela para hacerse un hábito y que agradecería repitiese el donativo, enviándole un corte del paño que suele regalar a los capuchinos de Neoburgo, para que se convenza de que no piensa apostatar vistiéndose de jesuíta.

La Reina aguarda con impaciencia las vacas, tan raras en Madrid, que distraerán mucho al Rey, y los elementos de la orquesta, que ha de competir con la de doce músicos enviada por el Elector de Baviera, que atruena diariamente el Palacio con el ruido infernal de sus instrumentos. Se espera de un día a otro al famoso italiano Matteucci para que dé lustre a la Capilla Real, cuyos alaridos atormentan a cuantas personas tienen la paciencia de escucharlos.

Madrid, 17 de julio de 1698.

La Condesa de Berlips al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Siguen bien Sus Majestades. Las fontanelas del Rey comienzan a correr y quiera Dios que le permitan eliminar todos los malos humores, ya que la menor calentura puede producir una catástrofe. Los franceses han entrado ya en todos los puertos españoles y no será fácil echarlos, mientras que en la frontera han aumentado, según se dice, hasta 30.000 hombres. En Viena perdieron lastimosamente el tiempo y ahora, por miedo a Francia, no se aceptarán ya los 10.000 imperiales. Tampoco se ha recabado oportunamente el compromiso de las potencias marítimas, que no son de fiar, como se acreditó en Barcelona.

Han sido designados Comisarios del nuevo Embajador imperial, Conde de Harrach, hijo, el de Oropesa y el Almirante de Castilla.

El Embajador francés entregó una nota conminando con amenazas si se ponía mano en el asunto de la sucesión, y esto

bastará a paralizarlo. Los Ministros, los Grandes y el pueblo temen a la guerra y están convencidos de que con la amistad de Luis XIV lograrán paz y protección. El Marqués de Harcourt se ha instalado espléndidamente. Mientras perdure la debilidad del Rey, podrá la Reina intentar muy poco, porque la menor contrariedad le altera y hay que tener sumo tacto en lo que se dice, máxime cuando corre tan válida la calumnia de que la Reina le está matando a disgustos por servir la causa imperial. No cabe sino rezar.

Llegó Ariberti y la entregó sus cartas, a cuyas órdenes se ajustará puntualmente.

Barcelona, 19 de julio de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Fernando Buenaventura de Harrach (1). (En alemán.)

W. Harr. A. Caja 251.

Los regimientos alemanes, que cuentan todavía con 2.000 hombres, no han visto un maravedí desde hace cinco meses y se disolverán irremediablemente si no se les remedia. Mientras tanto prosigue la concentración francesa en la frontera, y debe de representar ya su ejército de 35 a 40.000 hombres. En Perpiñán esperan al Delfín, que ha de venir, según dicen, acompañado de su hijo, para tomar en Cataluña posesión del trono español.

Gerona, 26 de julio de 1698.

El mismo al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

Ibid.

Los ministros encuentran mil pretextos para impedir el armamento del país, sin duda porque ellos no se podrán armar nunca, y se excusan con la falta de medios, lo cual es una men-

---

(1) Con la misma fecha hay otra en francés para Harrach, hijo, de idéntico contenido, aunque más familiar en la forma.

tira. No quieren tropas extranjeras porque cuando no tienen miedo al francés, se lo tienen al Emperador.

Madrid, 30 de julio de 1698.

Harcourt a Luis XIV.

Aff. Etr.

Hay pocas novedades. No ha conseguido nada con las insinuaciones que ha hecho a Portocarrero para que el Consejo de Estado inquiera el motivo de los armamentos portugueses y estimule la convocatoria de Cortes. Su Eminencia le ha contestado, por conducto del intermediario de quien se valen, que le noticiará cuanto intenten los Embajadores alemanes, pero que no es posible contar con el Rey de España, que está prácticamente muerto, como lo estará de hecho cualquier mañana, y que para esa contingencia, que supone inmediata, se hace preciso prevenirse, porque el espíritu de los españoles es, en general, muy favorable a Francia, según lo comprueba cada día. Se mostró, asimismo, preocupado por la movilización portuguesa, pero él le hizo decir que no había por qué temerla, simpre que se franquease al ejército francés la entrada de Cataluña, la de Navarra, la de Guipúzcoa, y se designase un puerto adecuado donde pudiera fondear la escuadra. Portocarrero cree que las potencias marítimas tienen un tratado secreto con Portugal, y que ésta es la causa de que se haya decidido a aumentar de ese modo sus armamentos. Añade Su Eminencia que la escuadra inglesa ha zarpado con rumbo a Cádiz, pero que la francesa podrá entrar siempre en cualquier puerto español, porque aun cuando los gobernadores intentaran oponerse, no cuentan con guarniciones suficientes para conseguirlo y tropezarían, además, con las simpatías populares que Francia inspira. Dice, por último, que el Rey no se ocupa de nada y que lo poco que se hace es obra de la Reina.

Ha sabido por dos médicos diferentes que las fontanelas del Rey han dejado de supurar; que aumenta su debilidad hasta el punto de no poder tenerse en pie sin vértigos; que no come sino la tercera parte de su ración habitual, y que no da un paso ni

menos sube un escalón sin que se le sostenga. La víspera fué, sin embargo, al Retiro, en coche, porque se le saca a paseo contra su voluntad para combatir su persistente melancolía. El gentilhombre que envió aquella mañana para pedir noticias a Benavente no pudo verle por estar el Conde asistiendo a la junta de médicos.

Verá el Rey por la carta de Mr. Rouille, enviado francés en Portugal, que le remite adjunta, lo que contestó el Duque de Cadaval sobre el tema de los armamentos. Ojalá sea exacto; pero recela que no lo dice sino por atenuar inquietudes muy justificadas. Dice esto, porque en España circulan papeles favorables a Portugal y hostiles y aun injuriosos para Francia, y porque el Enviado portugués en Madrid se agita mucho e insinúa a cuantos le escuchan que el designio del Rey Cristianísimo es hacer de España una provincia francesa. Quizá fuera oportuno combatir con otros impresos esas calumnias, que no dejan de perjudicar; en todo caso desea copia de las contestaciones que se envíen a Lisboa.

Se habla de una próxima hornada de Consejeros de Estado que la Reina querrá nombrar para tener allí algún partido; pero es tal el odio que se la profesa, que ni aun así conseguirá nada.

En postdata. Su hermano, que llega en aquel momento del paseo del Manzanares, dice haber visto allí al Rey, que no le ha hecho tan mal efecto como corresponde a lo que se murmura de su estado.

Madrid, 30 de julio de 1698.

La Condesa de Berlips al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl 59/14.

El Marqués de Ariberti parece ser persona muy distinguida y tendrá mucho gusto en ayudarle. Está preparando su entrada pública, pero no entregó, e hizo bien, la carta de Su Alteza en la que se dice que es vasallo de la Corona, porque el Consejo de Estado se habría opuesto de seguro a su aceptación como Enviado palatino.

No se quiere ya que ningún español preste servicio al Imperio. Supone que nadie se fijará en este caso.

Hay poco nuevo y nada bueno. Francia sigue concentrando fuerzas, que deben de llegar a 60.000 hombres, más las navales. El Embajador francés ha notificado al Secretario del Despacho Universal que no se explica por qué se piensa en traer tropas imperiales y aun se habla de armamentos interiores, cuando no está amenazada por nadie la paz. Se le contestó que las levas se hacen únicamente para combatir a los moros y que de ningún modo se admitirán tropas imperiales. Hasta ese extremo ha llegado el miedo español a Francia. Harcourt tiene consigo más de cien personas que pasan por servidores suyos, y son tenientes o capitanes y, en todo caso, espías. Veinte de ellos, por lo menos, se sientan a su mesa. Cada semana despacha cuatro o cinco correos.

Fué un inmenso error no enviar las tropas imperiales antes de la paz; pero ya está hecho y no hay sino confiar en que se prolongue la vida del Rey, quien, por el momento, está bien de salud.

No cesa de recomendar la Reina el pleito con los Orleans. Harcourt prometió ya escribir a su Rey; pero cuando vuelva a recibirle en audiencia insistirá Su Majestad.

Madrid, 31 de julio de 1698.

Mariana de Neoburgo al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Hará cuanto pueda por merecer la estatua y apremiará a Harcourt en cuantas ocasiones se la deparen.

Ha escrito a Berjeick ordenándole que envíe las vacas por Ostende. El Rey mejora, pero la canícula le hace siempre daño, y el calor aprieta hasta el punto de que ella ha tenido que suspender su cura. Ha pedido a su madre y a su hermano Alejandro que la envíen la receta del padre Emerich (q. D. h.) contra la hidropesía y al boticario que la prepara.

Le ruega que interponga su autoridad con el Príncipe Federico de Darmstadt, que tantos escándalos está dando en Roma, para que observe conducta más decente.

Enviará todo el ámbar que pueda encontrar, pero las gale-

ras traen muy poco y no es fácil conseguirlo. La place mucho Ariberti, que es persona muy cumplida. No olvide la música que le tiene encargada, oberturas y óperas italianas, con texto y notas.

Madrid, 31 de julio de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Aún no ha recibido carta de S. A. y ya siente la nostalgia de su Corte. Hará lo posible por ganar el afecto de los españoles sin hacerse sospechoso a la Reina, cosa no fácil en un país que no sabe lo que quiere. El Conde Fernando Buenaventura de Harrach está a punto de partir y va muy disgustado porque las repetidas instancias que hizo para que se declarase la sucesión y se admitiese en Milán al Archiduque Carlos, fracasaron, por obra del Embajador francés.

España teme que Francia la ataque por tierra y bloquee sus puertos, y juzga que el Emperador está demasiado lejos para protegerla.

Además Harcourt ha sabido adaptarse a las costumbres españolas y tiene en Madrid muchas amistades. Siempre que va a visitarle halla su antecámara llena de gentes de calidad, cosa que no ocurre en la residencia de Harrach. Durante el besamanos que se celebró en Palacio el día de Santa Ana y que reunió, según costumbre, a Ministros, Grandes y diplomáticos, nadie se acercó al Embajador cesáreo. Así, pues, la popularidad de Francia en España no es una quimera, sino una realidad que ha podido comprobar por sí mismo. El Emperador no tiene más partidario que la Reina; y quien le diga otra cosa, le engaña.

El Rey sigue muy melancólico y con mucho miedo a la muerte. Por eso se procura distraerle con la música y el paseo, que es donde únicamente le ha visto aún. No tiene tan mal aspecto como él temía; pero los españoles, que pueden comparar, le aseguran que está hinchado.

Harcourt, a quien la Reina volvió a hablar tres días atrás,

se muestra muy solícito, pero se queja de que S. A. haya retirado de París al Canciller Wiser, cabalmente cuando él había escrito al Mariscal de Villeroy, gran amigo de Monsieur. En vista de esto va a escribir a Wiser por si hubiese vuelto ya a París, y se valdrá para ello de la clave de su antecesor, hermano del Canciller. Echa mucho de menos a un secretario, porque el que traía y embarcó en Amsterdam con el resto de su servidumbre, desembarcó acobardado en Issel y desde allí regresó a Alemania por París; de modo que se ve en la precisión de escribir y copiar las cartas por sí mismo, molestia que se remediaría si S. A. tuviese a bien enviarle a su ayudante, que se quedó en su regimiento.

Ha tenido una conversación con Bertier, Ministro de Baviera en Madrid. Es persona muy correcta en modales y conducta, y de gran peso; se ha hecho querer en Madrid, donde sirve eficazmente a su Señor en el asunto de la sucesión. Le ponderó mucho las buenas disposiciones del Elector bávaro para marchar de acuerdo con S. A., como lo piden vínculos de sangre y comunidad de intereses, lamentando que haya intrigantes que lo entorpezcan o impidan. Piensa aprovechar este discurso para decirle confidencialmente que tiene órdenes de gestionar la fortificación y aprovisionamiento del Luxemburgo, pero siempre de acuerdo con él. Estima preferible hacer esto a tratar el asunto con el Rey cuando se le conceda audiencia, porque llegaría a oídos del Elector de Baviera, quien podría ofenderse de que no se le hubiese dicho nada, y hasta es posible que Bertier trabajara en contra.

Sabe ya aproximadamente qué Ministros son afectos a Su Alteza y cuales no: pero no está seguro de que la Reina marche siempre de acuerdo con los primeros, porque ni S. M. ni las personas que la rodean siguen una línea clara de conducta, quizá porque la antipatía con que tropiezan les impone vacilaciones y cambios.

Se le ocurre que acaso fuera oportuno convenir con Baviera la fortificación de Luxemburgo y Güeldres con vista a la sucesión española. Quizás no se halle momento más propicio ni go-

bierno a quien más interese el asunto; pero no hará nada sin recibir órdenes.

Cuando tuvo noticias del regreso de Wiser a París, fué a visitar a Harcourt, quien le aseguró que escribiría a sus amigos y muy especialmente al mariscal de Villeroy.

Teme que sus servicios aprovechen poco a S. A. por culpa de la extravagancia española, o quizás por ser él subdito de la Corona. Pero no es maravilla lo que le acontece a él, cuando la propia Reina ha de sufrir lo que S. A. no podrá imaginar. Con todo lo que se murmura contra ella, no tiene disponibles ni cien doblas, porque no obstante las capitulaciones matrimoniales, no recibe más dinero que el que la da el Rey de su bolsillo. Dispone, es verdad, de muchas alhajas bastante bonitas, pero tasadas a precios inverosímiles, porque los españoles entienden tan poco de eso como él de astronomía. Las piedras de color, esmeraldas, amatistas, zafiros y demás, representan, según esta tasación, una fortuna, pero en realidad valen muy poco; y el dinero, aunque no fuese mucho, la aprovecharía más.

La Marquesa de Harcourt va casi todas las noches al cuarto de la Reina y recibe de ella frecuentes regalos. Se hace lenguas de la gentileza de S. M., que hasta se dignó bailar con ella y trocar los abanicos. La intermediaria parece haber sido la Condestablesa Colonna.

Se espera de un día a otro al Archimandrita, a quien se atribuye que viene a pretender la Grandeza. Le parece una exageración maliciosa de los españoles.

Ha creído descubrir ciertos celillos entre la Berlips y el padre Gabriel, porque habiendo confiado a aquélla el memorial de Quirós que le encomendó S. A., advertido de ello el Confesor, mostró su disgusto diciéndole que él habría podido muy bien gestionar ese asunto. Aunque no se fía de él, le aseguró que había escogido el otro conducto, no por falta de confianza sino por parecerle más directo.

Versalles, 31 de julio de 1698.
Luis XIV a Harcourt.

Aff. Etr.

Recibió por la vía Navarra Flandes sus despachos del 2 y 9 de junio, y por el correo extraordinario el que lleva fecha del 13 y postdata del 17. Como ve que se ha ajustado a sus órdenes, se limitará a contestar a sus preguntas.

Celebra que se haya anticipado a sus instrucciones entorpeciendo la negociación que era de prever intentase Harrach antes de su marcha y que lo haya hecho con tanta discreción, obteniendo la respuesta que le envió el Secretario del Despacho, y que, no obstante su vaguedad explicable, contiene la afirmación de que no se hará nada que pueda perturbar la paz, lo cual le dará pie para oponer las oportunas protestas caso de que ulteriormente se intentase dar alguna satisfacción al Embajador alemán y para descubrir al Consejo de Estado que ese diplomático ha querido tramitar asunto tan magno a espaldas suyas.

Nada revela tanto el verdadero espíritu de los españoles como ese afán del Emperador de que no se hagan públicas sus gestiones, ni nada descubre tampoco mejor cuánto más le preocupan sus intereses particulares que los de la nación española. El, en cambio, no ha tenido empacho en que se supiese así el ofrecimiento de su escuadra para socorrer a Ceuta como sus deseos de suscribir el pacto de garantía de la paz. Las propuestas del Emperador son tales que no se hallará Consejero de Estado capaz de secundarlas, si teme que algún día se haga público su voto.

Nunca había creído que Balbases le hablase con tanta franqueza, como lo acredita el relato de su conversación con él. Muy útil será el estrechamiento de sus relaciones con Portocarrero. porque por conducto de él y de Balbases podrá persuadir a los españoles, mucho mejor que directamente, de las buenas intenciones de Francia respecto de ellos. Desde luego le autoriza para afirmar rotundamente que jamás pensó en gobernar a España por medio de Virreyes, y que en cuanto se le comunique el deseo de recibir a uno de sus nietos como sucesor en el trono, dejará libre la elección entre el Duque de Anjou y el de Berry y el

designado irá a España sin más acompañamiento que uno o dos franceses para el Consejo y muy pocos más para el servicio, los cuales se suprimirán en cuanto haya señales de que inspiran recelos a los españoles.

Pero no basta la buena disposición del país para impedir la desmembración de la Monarquía, porque es muy posible que se equivoque Balbases en lo que dice, por ejemplo, del Milanesado. Vaudemont adquirirá allí tal vez tanto ascendiente que, llegado el caso, no podrán sus subordinados apartarle de la resolución que juzgue más favorable a sus intereses; y el Elector de Baviera, apoyado por ingleses y holandeses, se considerará dueño del País Bajo y desoirá las moniciones que puedan hacerle las Cortes españolas. Ya que Gobiernos tan importantes de la Monarquía están en manos de extranjeros, es de sumo interés que se provean en personas de confianza el Virreinato del Perú y los demás de Indias.

La conducta del Príncipe de Darmstadt no inspira temor ninguno de que su capacidad le granjee crédito excesivo en Cataluña.

Aun cuando esos Gobernadores capaces de adoptar determinaciones nocivas no logren hacerlas prevalecer por el buen sentido de sus subordinados, causarían siempre inútiles perturbaciones y acaso algún grave mal a sus adversarios. Le sugiere esta idea la noticia que le han dado de que durante la postrera enfermedad del Rey, el citado Príncipe de Darmstadt ofreció a la Reina trasladarse a Madrid por la posta, ponerse al frente del regimiento de la Guarda, apoderarse de Sus Majestades y desterrar a Portocarrero a Orán. Supone que los representantes imperiales habrán procurado ocultar tan absurdo designio, pero conociéndose él en el extranjero, no es verosímil que lo ignore el Cardenal, a quien, como a Balbases, debe hablar de él, utilizando el argumento, para persuadirlos más, de la calamidad que representaría el triunfo austriaco y de la necesidad de enfrenar la autoridad de los Virreyes que dependen del Emperador, para que no perjudiquen nunca a los mejores servidores de la Monarquía.

No cree que el Rey acepte la idea de convocar unas Cortes,

y le parece inútil insistir sobre ella. Probablemente morirá abintestato; pero si se decide a designar heredero en vida, preferirá cualquier otro modo al de reunir Cortes para tal fin. Conviene, sin embargo, que el Consejo de Estado haga la proposición para ver cómo se recibe.

Por grande que sea la inclinación de los españoles a la causa francesa, no es posible que se pudiera hacer ostensible en unas Cortes reunidas en vida de Carlos II; y si se diese el caso de mostrarse en ellas notoria preferencia por un hijo del Delfín, bastaría esto para precipitar las ligas y alianzas de las potencias rivales, mientras que, incapacitado él de introducir tropas en España, perdería así la ventaja que ahora tiene, cabalmente por no haberse fallado el pleito sucesorio y ser derecho suyo prevenir la defensa del de sus nietos. No cree, pues, necesario darle instrucciones para el caso improbable de la reunión de Cortes. Si se convocasen, habría tiempo sobrado para enviárselas y modificar las que tiene en lo que fuera menester. De todos modos buscará un jurisconsulto experto para que le asesore y le mandará a Madrid, porque no cree indispensable que sean varios. Caso de sobrevenir la convocatoria de Cortes, no tiene sino despachar a las provincias a los oficiales de que dispone, que, bien aleccionados y dirigidos por él, sabrán cumplir hábilmente su misión.

El Reino de Portugal es tan débil que no pueden causar inquietud las levas que de algún tiempo atrás se están haciendo allí, porque los soldados que se reclutan difícilmente podrían traspasar sus fronteras, suponiendo que se piense en ello. Pero no conviene de ningún modo preguntar oficialmente a aquel Rey cuál es el objeto a que los destina, porque la vanidad característica del país podría sentirse ofendida y determinar su ingreso en cualquier alianza que quizá no se ha concertado todavía. El Embajador en Lisboa no debe mostrar ninguna inquietud por los preparativos bélicos que allí se están adoptando. Si algún efecto produce en los españoles, de seguro no será comparable al de las guarniciones francesas, igualmente vecinas y más numerosas. Tiene junto al Rosellón 30 batallones y 50 escuadrones; en la proximidad de Navarra 30 batallones y otros tantos escuadrones,

y de reserva en el Delfinado 20 batallones y 20 escuadrones. Excusa decirle cuanto desea que la salud del Rey Católico se mantenga lo necesario para hacer inútiles estos preparativos; pero sería insensato no prever lo que sus achaques hacen tan verosímil.

El Cardenal de Bouillon le escribe que ha ayudado cuanto pudo a Portocarrero en su pretensión de elegir el Obispado que prefiera entre los que se adjudican a los Cardenales Obispos; y él le ha dicho que no se limite a favorecerle en asunto de tan poca monta, sino en todos los que se presenten, dando cuenta de ello a su Embajador en Madrid.

Postdata de 5 de agosto. Ha recibido después de escrita la anterior su carta del 20 de julio y ve por ella con cuanta claridad le han hablado Monterrey y Balbases y aun el propio Portocarrero. Advierte por esas pláticas que, no obstante las diferencias con que juzga cada cual la crisis próxima, todos reconocen que España no se podrá defender sino con las tropas y los recursos que él la facilite y esperan que basten ellas y la inclinación notoria del país para lograr la sucesión sin necesidad de nueva guerra.

No cree poder hacer más de lo que está haciendo con las concentraciones próximas a la frontera, mientras se cuida él de mantener desde Madrid el buen espíritu de los naturales. No puede negar que no esperaba hallarlos tan decididos y reconoce que las facilidades para el triunfo de uno de sus nietos resultan mayores de lo que nunca imaginó; pero no ve tan fácil como esos Ministros lo pintan el designio de impedir la desmembración de la Monarquía, y sobre las precauciones que se proponen ellos tomar para precaverla han de versar preferentemente las pláticas sucesivas.

Como le contestó por anticipado a lo demás que le pregunta no cree necesaria ampliación ninguna. Coincide en absoluto con él acerca de la torpeza que significaría cualquiera advertencia al Rey Católico que tuviese aspecto de amenaza. La táctica de la suavidad ha dado ya el fruto de que desoiga al Embajador cesáreo, y aunque la contestación no es muy concreta, debe seguir el consejo de Balbases, mostrándose satisfecho de ella, porque impedirá así mejor que se rectifique el rumbo.

Sigue opinando que no vale la pena de tomar en cuenta los preparativos portugueses; pero si él hallase modo de que el Rey de España hiciese preguntar al de Portugal a qué causa obedecen, puesto que la tranquilidad es general en Europa, le autoriza para que lo gestione, con la precisa condición de que no se le pueda atribuír la iniciativa, aunque duda mucho que pueda lograrlo.

Debe de haber llegado ya a Madrid el Marqués de Leganés, cuya larga ausencia de la Corte habrá disminuído su crédito en proporciones harto mayores de lo que él imagina. Es devoto del Emperador, que le ha dispensado muchas atenciones; pero aseguran que está mal con la Reina y que se propone derribar al Almirante. Haga de estas noticias el uso que sea discreto.

No se ha de preocupar en absoluto del tamaño de sus cartas, que hasta ahora son tan claras e interesantes que no le han producido fatiga ninguna. El asunto que tiene entre manos es de tal trascendencia, que vale más pecar de extenso que no omitir algo que pudiera ser esencial.

Madrid, 1.º de agosto de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

Sigue el Rey con las fontanelas, de que mana mucha serosidad. El día de Santa Ana regaló a la Reina una preciosa mantilla con alfileres de diamantes y otras piedras de valor, todo ello tasado en 20.000 escudos.

Ariberti hará su entrada pública con rica librea a la alemana, y las gentes dicen que es la Reina quien lo paga. Hay que dejarlos murmurar, porque el mal no tiene remedio.

El Conde de Harrach saldrá a fin de mes con todos los honores; no así el Embajador de Venecia, que se va a petición del Rey a causa de un incidente que tuvo con uno de sus criados. Cuando le despidió quiso obligarle a devolver la librea, y el criado, que se negaba a hacerlo, acabó entregándola cortada en pedacitos. El Embajador quiso prenderle y le hizo perseguir hasta dentro de la iglesia donde buscó asilo. A consecuencia de esta

profanación excomulgaron los frailes al Embajador y a toda su servidumbre, cosa que disgustó mucho al Rey, porque él hace respetar el derecho de asilo, incluso cuando se trata de verdaderos criminales.

En un pueblo de Salamanca, el cura hizo creer a sus feligresas casadas que el diezmo que le permiten exigir el mandamiento y la ley se extendía también al débito conyugal. Parece ser que ellas lo pagaban sin dificultad; pero hubo una que protestó, dando cuenta del caso a su marido. El escándalo ha sido mayúsculo y se ha condenado al cura a diez años de galeras, y después a cárcel perpetua; pero muchos hombres del pueblo han abandonado a sus mujeres y a sus hijos.

El padre Gabriel acaba de referirle que en Sevilla se han descubierto prácticas de sodomía, en que están complicadas más de mil personas.

Dusseldorf, 2 de agosto de 1698.

El Elector Palatino al doctor Geleen. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Le agradece sus cartas y espera que siga teniéndole al corriente de cuanto ocurra.

Gerona, 2 de agosto de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Fernando Buenaventura de Harrach. (En alemán.)

W. Harr. A. Caja 251.

Las tropas bávaras han tenido 150 deserciones en muy pocos días. Los regimientos alemanes se sostienen todavía bastante bien, pero los oficiales lo han empeñado todo, hasta las cucharillas y los tenedores.

No se explica cómo pueden decir en Madrid que falta dinero, cuando sobra para tantas mercedes injustas.

Dusseldorf, 2 de agosto de 1698.

El Elector Palatino a la Condesa de Berlips. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

La mejoría del Rey, que es muy grata, no ha de impedir que se tomen las precauciones indispensables para el caso, siempre temible, de la muerte. La agradecería mucho que le indicase cuáles cree ella más acertadas.

Idem.

El mismo al Marqués de Ariberti. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Le supone en Madrid y aguarda con impaciencia las impresiones que le haya dado Harcourt. Ha oído decir que la Reina se muestra muy hostil hacia ese Embajador, y le parece una equivocación, nociva no sólo para los intereses palatinos sino para los particulares de ella. Convendrá que se lo haga comprender así a su hermana, mientras él escribe a Harcourt procurando persuadirle de que la Reina no es enemiga de Francia.

Dusseldorf, 3 de agosto de 1698.

El mismo al mismo. (Idem.)

Ibid.

Supone que se habrá ocupado ya de la licencia para comerciar con las Indias y del auxilio que necesita para mantener sus tropas en Luxemburgo.

Barcelona, 9 de agosto de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

Como no es ni quiere ser sino un leal servidor de S. M. Cesárea, entregará al correo que envía su padre a Viena un despacho en que cuenta la verdad de cuanto ocurre, porque está escandalizado de comprobar una vez más lo que son las mujeres, que no piensan sino en satisfacer sus caprichos aunque se hunda el mun-

do. A la Emperatriz no la dirá nada porque también es mujer al fin y al cabo.

Lo que más le desespera es que puedan creer que tiene parte en lo que sucede, por las muchas bondades que le ha prodigado la Reina, aunque confía en que el Emperador no le creerá capaz de faltar al honor. Bastarían 30.000 hombres y la escuadra anglo holandesa para que el enemigo no se atreviese a acercarse a España.

Se confirman las noticias de Flandes y muy pronto se verá qué clase de amigo es el Elector de Baviera. Le agradece mucho que haya recordado a la Reina la situación de sus tropas, y espera que tenga algún resultado práctico la promesa que se le hizo de asistirlas.

Madrid, 13 de agosto de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Han sido los últimos días de gran agitación política a causa de las presiones que Harrach ha ejercido en vísperas de su marcha sobre el ánimo de la Reina y la negativa de ésta a atormentar al Rey con nuevas instancias.

El Caballerizo Mayor aspiraba a llevarse copia auténtica de un testamento a favor del Archiduque y órdenes terminantes para el envío de tropas imperiales a España. Estuvo a verle para conocer exactamente la situación y tuvo con él largo palique. Según Harrach, se advierte desde hace seis meses una gran frialdad en la Reina para servir los intereses austriacos, y extremada reserva hacia él, que contrasta con la confianza que antes le dispensaba. Confesó que S. M. no tenía ahora el mismo ascendiente sobre su marido que en otros tiempos y que la tibieza conyugal del Rey daba alas al partido contrario, pero reiteró su persuasión de que la Reina podría hacer más de lo que intentaba.

El le objetó que no era lícito suponer a la Reina remisa en el cumplimiento de sus deberes para con la Casa de Austria, sino convencida de que un celo exagerado lo arruinaría todo, alejándola del Rey e inutilizándola para siempre. Le recordó que durante la grave enfermedad de Carlos II, anterior a la jornada a Toledo,

llegó a decir el Rey a su mujer: "Me haces morir condenado", y cómo entonces fué la Reina anegada en lágrimas a referirle a él (Harrach) lo que ocurría.

Por cierto que en esta ocasión no se portó el Embajador como debía, porque en vez de animar a la Reina a completar su obra, tan próxima ya a buen término, asegurándola de la eterna gratitud del Emperador, aprobó, por egoísmo y por miedo a que le expulsasen de España, el propósito de ella de no insistir más cerca de su marido, con el capcioso argumento de que, si no sanaba el Rey, todo era inútil, y si se curaba en Toledo volvería a quererla como antes y ella a recuperar íntegro o acrecentado su ascendiente. No se ha atrevido a exponer esta opinión suya a la Reina, pero sí a la Berlips y al padre Gabriel, lamentándose de que se desaprovechase aquella ocasión, tal vez única, para poner término, incluso con un poco de violencia, a las vacilaciones del Rey.

También preguntó a Harrach su opinión sobre lo que debía hacerse en materia de armamentos, haciéndole notar que si España los intentaba, daría pretexto a Francia para atacarla con las tropas acumuladas ya sobre sus fronteras. Contestó el Embajador que S. M. Cesárea no pedía sino que España resistiese durante tres meses, tiempo suficiente para que acudieran en número adecuado los ejércitos imperiales. No quiso replicar a hombre tan experto, porque tanto él como su hijo y aun la propia Reina, propenden a creer que quien no comparte sus opiniones, aun cuando sean tan extrañas como ésa, están vendidos a Francia.

Por esta misma razón ha preferido no decirles que si el Emperador tiene tanto empeño en contar con fuerzas dentro de España, el modo más practico de lograrlo sería enviar secretamente dinero al Príncipe de Darmstadt para que pueda hacer levas, sin dar motivo a Francia para actitudes extremas.

Yerra S. M. Cesárea si cree que los españoles están dispuestos a hacer sacrificios para conservar aquí a la Casa de Austria. Los franceses, como vecinos que son, conocen mejor el verdadero espíritu del país; por eso se apresuran a ofrecer sus galeras, los soldados que hay en ellas y las municiones para acudir al socorro de Ceuta contra los moros, poniéndolo todo a las órdenes del mando español. Tan hábilmente hizo Harcourt la oferta, que

el Consejo de Estado la aprobó unánimemente y tuvo Harrach que valerse de la Reina para que el Rey la declinase con palabras de gratitud. Estas y otras amabilidades del francés le permiten contrarrestar eficazmente los forcejeos del Embajador Cesáreo.

Personas muy adictas a la Casa palatina y a la Reina se han lamentado de que se comprometan como lo hacen por servir al Emperador, impidiendo, por ejemplo, la neutralización de Cataluña, a raíz de haberse convenido la de Italia, y rechazando el auxilio francés en Berbería. ¿Qué derecho tiene el Emperador —dicen— para imponer sus consejos? Si descubriese el medio de allegar algunos cientos de millones de escudos, merecería ser escuchado; pero no aconseja sino lo peor.

El procura no comprometerse absteniéndose de asentir a estos dictámenes; pero no los contradice, porque sería inútil.

Circulan por la Corte mil anécdotas de la sordidez de los Embajadores Cesáreos y se enaltece en cambio la longanimidad del de Francia, que derrama tesoros a manos llenas.

Ha visitado de nuevo a Harcourt, quien le aseguró que el Rey Cristianísimo no podría tomar a mal la actitud de la Reina, a quien sabe tan ligada con la Casa de Austria, pero a condición de que no se empeñe en forzar las cosas, porque entonces atraería serios disgustos sobre su persona y Casa palatina. Añadió el Embajador francés que, a su juicio, no es la Reina tan impopular como parece, aunque quizá habrá que protegerla alguna vez contra las insolencias del populacho, cosa que hará él con gusto, correspondiendo así a las atenciones que le dispensa, de las que está muy agradecido. Por el momento da señales de estar algo celoso del Enviado de Portugal, que tiene muy frecuentes audiencias con la Reina y envía a menudo correos extraordinarios a la Corte de Lisboa, muy aplicada ahora a poner en pie un ejército de 24.000 hombres. Insinuó que quizá respondía todo ello al deseo de S. M. de prepararse un refugio, y dió a entender que él se prestaría también a facilitárselo. Le contestó que no sabía nada del asunto, sino que la Reina no tenía en Portugal persona de confianza para comunicarse con su hermana, y era muy explicable que se valiese del Enviado en Madrid. No quiso recoger el ofrecimiento de Harcourt, porque ignoraba cómo lo

tomaría la Reina, y prefirió cambiar de conversación. Pero agradecerá a S. A. que le envíe instrucciones sobre este asunto.

Las aguarda también en lo referente a su entrada pública y al tratamiento que debe dar a los Representantes de Saboya y Venecia. Sigue visitando a los del Papa, Francia y el Emperador.

La maldita golilla le ahoga; come mal, bebe peor y no puede dormir.

No ha iniciado gestión ninguna en los asuntos que se le encomendaron, porque sin el auxilio de la Reina sería necio intentarlo, y S. M. juzga que no es oportuna la ocasión para acometer al Rey, prefiriendo reservarse y dar, llegado el caso, un golpe de efecto.

Acaba de ser honrado con una larga visita del Embajador de Francia, quien le reiteró su promesa de secundar la gestión de la Reina, como lo sabe S. M., por conducto de la Embajadora, que la ve todas las noches. Ha insistido cerca de Villeroy, que se vale de Bechamel, persona muy influyente en el ánimo de Monsieur, como lo reconoció el Canciller Wiser. Insinuó a Harcourt que lo más importante era conseguir que el Rey Cristianísimo hiciese alguna indicación a su hermano, y el Embajador contestó que seguramente lo haría por complacer a la Reina de España.

También a ésta la ha visitado nuevamente y en el curso de la audiencia se habló de las famosas perlas, no porque S. M. volviese a reclamarlas, sino porque quería saber si estaban aún en el joyero de la Electriz, o había cedido ya alguna a S. A. El contestó que los Electores Palatinos tenían muy pocas alhajas y la Reina de España muchas. No recogió S. M. la insinuación, pero cree que se propone regalar alguna a S. A. Se habló también de los caballos y espera poder conseguir una orden de la Reina al Almirante para que se le deje escoger los mejores que haya de la raza que desea S. A. Cuando los tenga, los mandará por la vía de Juliers.

Por el mismo correo que esta carta remite S. M. bálsamo y ámbar, que ha podido encontrar no sin gran trabajo. El padre Gabriel aguarda la tela para su hábito. La Reina quisiera adivinar los deseos del Elector para complacerle, sin reparar en el gasto, porque en este punto se ha hecho muy española. Cualquier

pretexto es bueno en este país para cambiar regalos. El padre Gabriel, no obstante su hábito, los recibe por el cumpleaños y el santo de la Reina, por Pascuas de Navidad y Florida y cada vez que la Señora se purga o sangra.

Pocos días atrás le preguntaron a él qué pensaba regalar a la Reina con ocasión de su entrada pública. Contestó que no había pensado en ello, porque le parecía ridículo ofrecer nada a la Reina, que lo tenía todo. Ha reflexionado después que no puede distinguirse de sus antecesores, aunque teme quedarse corto, y gastar demasiado le parece una locura, cuando ya la entrada, que la Reina le obliga a hacer, como Enviado de su Casa, le va a costar unos 1.000 escudos, entre coches, mulas y libreas. S. A. le premiará sacándole pronto de este purgatorio.

Se dice que el Príncipe de Darmstadt ha dimitido porque no le es posible mantenerse decorosamente en Barcelona, y que el Consejo de Estado se apresuró a admitir la dimisión, por tratarse de un extranjero.

La Reina le encarga que avise a S. A. de que se la está acabando el vino.

Madrid, 14 de agosto de 1698.

El Conde Fernando Buenaventura de Harrach al Emperador. (En español y en parte sin descifrar.) (1)

W. S. A. Span. Corr. Fasz. 82.

Por orden de la Reina ha demorado el envío del correo Fabián hasta la semana próxima probablemente.

Ha reducido su súplica a los solos puntos del envío de tropas imperiales y del armamento español, que no estaban suficientemente claros en la contestación de S. M. Católica. Oropesa y el Almirante, sus Comisarios, le han aconsejalo que insista para obtener aclaraciones, que espera enviar por el citado correo.

La mejor noticia consiste en haberse consolidado la salud del Rey, como para poder vivir bastantes años.

Conserva la Reina el cariño del Rey y cuantas mercedes se

(1) Los párrafos que estaban en cifra, han sido traducidos por el profesor Turba, valiéndose de la clave que empleaban los Embajadores cesáreos en Madrid.

otorgan se notifican por su conducto, para granjearla la gratitud de los favorecidos. El Almirante no es ya Valido del Rey, pero merced al apoyo resuelto de la Reina sigue despachando normalmente todos los martes, y la Reina le ha dicho a su hijo que conserva íntegra su confianza en la lealtad de este Ministro. Cierto que la mejor forma de Gobierno sería la Junta que propone Su Majestad Cesárea, pero no es fácil conseguirlo porque el Rey se juzga capaz de suplir por sí solo a tres o cuatro consejeros y la Reina se opone también a su formación, que sin ella se habría acordado de tiempo atrás. Dice Oropesa que España tiene un ministerio duende, porque nadie sabe quién es el que manda. No es posible, en verdad, averiguarlo, ni menos fiarse de nadie, porque cada cual acusa a los demás de traidores, sin que se esté nunca seguro de que no tengan razón. No lo ignora el Emperador, quien tan bien conoce a esta Corte, como lo prueba la indicación que le hizo de no fiarse de la Condesa de Berlips. Ya habrá visto en sus despachos anteriores las querellas que esta señora ha inventado contra la Corte imperial, claros indicios de su mala voluntad, si no de algo más grave y oculto todavía. Ha repetido al Embajador, su hijo, las quejas mismas que confidencialmente les comunicó Selder, mostrándose ofendidísima de que S. M. Cesárea haya podido temer que el Archimandrita labore en Madrid contra la causa austriaca, cuando conoce de antiguo su abnegación. Su hijo procuró calmarla, pero no pudo desvanecer su enojo. El no la ha visto últimamente sino de paso, en la antecámara de la Reina. Con quien ha hablado es con el padre Gabriel, que le sigue dando buenas esperanzas de conseguir un testamento; pero no se fía mucho porque es el único que le dice tal cosa.

Los caballos destinados a S. M. Cesárea prosiguen felizmente el viaje y el 29 de julio llegaron a Pamplona. No sabe aún si el Rey querrá enviar alguno más; por si acaso, toma sus medidas para llevárselo.

Conoce por Kinsky lo referente al tratado de paces con el Sultán de Turquía, que parece muy próximo a conclusión si no lo embarazan el Zar y el Rey de Polonia, cosa poco probable hallándose el primero en la Corte imperial y estando el segundo tan identificado con los intereses cesáreos.

Cuenta poder despedirse la semana próxima, y llegar a Viena a fines de octubre.

El Consejo de Estado ha vuelto a consultar la reforma del Regimiento de la Guarda o su envío a Cataluña, cuya guarnición se debe elevar hasta veinte mil infantes y cinco mil caballos. Pero S. M. no ha tomado aún resolución.

Ha hablado con la Berlips del modo de estrechar las relaciones entre la Reina de España y la de Portugal. Asegura la Condesa que no han tenido el menor disgusto, pero que su señora sabe bien que su hermana no tiene influencia ninguna en los asuntos de aquel Reino, hasta el punto de que cuando desea recomendar un memorial a su marido, le prende con alfileres a las cortinas de la cama. Cuando ella le escribe, el Rey de Portugal la dicta palabra por palabra la contestación, que es muchas veces seca o desagradable.

Se han roto los tratos para el arreglo entre el Almirante y el Conde de Cifuentes. Prosigue éste en sus amenazas y aquél prevenido de gente armada para su seguridad. Portocarrero anima a Cifuentes a resistir, porque piensa valerse de él si muriera el Rey.

Ha llegado don Manuel de Sentmenat, que fué Enviado en Portugal. Sebastián de Cortes renunció al gobierno de la Presidencia del Consejo de Hacienda y se le ha dado plaza en el Consejo y Cámara de Castilla. Tambien se dice que Sentmenat declinó la Embajada en París, que se dará al Duque Moles.

Ha vuelto a suplicar a Sus Majestades que retiren de Viena al Obispo de Solsona y envien a Grillo, lo ha hecho recomendar también por el Nuncio y el Almirante, pero no ha conseguido nada aun cuando el año anterior se lo prometió terminantemente la Reina.

Hace seis meses que ni él ni su hijo han recibido un maravedí del Tesoro imperial. El y su mujer viven gracias a haber empeñado las pocas alhajas y plata que tenían. Suplica a Su Majestad dé las órdenes oportunas a la Junta de Medios y al nuevo Presidente de la Cámara imperial, si se le ha nombrado ya.

Madrid, 15 de agosto de 1698.

Bernardo Bravo a Prielmayer. (1)

A. H. N. Estado. Leg. 2554.

"Veo por la carta de 5 de julio que finalmente se empieza a abrir los ojos sobre el negocio de Schönenberg, y que S. A. E. reconoce cuánto importa a sus intereses y a los de España el que este negocio se ajuste, como lo estuviera ya mucho tiempo ha si se hubiera dado en nuestra Corte tanto crédito a mis representaciones como se ha dado a las influencias contrarias.

Hacedme favor de acordaros cuántas y cuántas veces os he tocado este punto. Ahora reconocéis y aún reconoceréis más claramente en adelante, el efecto de mis pronósticos y tocaréis con las manos si mis solicitudes y deseos de salir de este fatal embarazo procedieron de mi amistad con Schönenberg o del conocimiento de los verdaderos intereses de S. A. E. Será en balde enviar órdenes a Scarlati de hablar al Rey de Inglaterra para que éste lo ajuste; Scarlati se valdrá en balde de su elocuencia, porque ni él mismo, ni aun S. A. moverán la voluntad del Rey de Inglaterra mientras éste no viere que S. A. E. haya hecho alguna representación a esta Corte para inducirla, por la consideración de sus propios intereses, particularmente de la conservación de los Países Bajos, cuyo Gobierno, estando a cargo de S. A. E., tiene derecho y le incumbe la obligación de interponerse en esta dependencia, sin recelo de disgustar a España, porque se trata de lo que importa a la Monarquía, ni de disgustar a Viena; porque si el Emperador desea terminar esta materia, no puede ofenderse de que S. A. E. concurra y coopere al mismo fin. Y si no desea que se ajuste por razón de sus propias ideas hacia la sucesión, S. A. E., a cuya política conviene seguir en esto la máxima contraria, pues le importa esencialmente facilitar el ajuste, no debe excusarse de esta interposición con perjuicio propio en lo que tanto le conviene y en una coyuntura tan crítica como la presente, mayormente conociendo que no sólo no debe la misma atención a la Corte del Emperador, pero que no hay artificio que no invente para echar a pique a S. A. E. Y así me

(1) Véase *Revista de España*, t. 125, págs. 458-462.

parece que es perder el tiempo en acudir al Rey de Inglaterra después de haberse declarado tan abiertamente que su punto no le permite desdecirse. Y si se quiere granjear algo con él será menester se halle enterado de que S. A. E. haya hecho con Su Majestad Católica las mismas instancias que está haciendo con el Rey de Inglaterra, el cual, dándose por ofendido, no gustará de que por medio de tercero se le solicite para que ceda de la satisfacción que juzga pretende justificadamente, y en un negocio que se está contestando tanto tiempo ha, y que ha hecho tanto ruido en el mundo. Para mayor claridad de esta materia imaginaos que queréis ajustar dos personas que están reñidas. Si apretareis a la una para que ceda en algo de su derecho o de su punto, y no hacéis la misma instancia a la otra parte para que ceda recíprocamente, os dejo considerar si la persona a quien apretareis no os tendrá antes por su parte contraria que por mediadora o intercesora. Demás, me consta que el Rey de Inglaterra y los holandeses han extrañado el que S. A. E., que tanto interesa en este ajuste, haya sido tan contemplativo, que hasta ahora no haya hecho el menor paso para persuadir a España fenezca amigablemente esta materia, de que resultarían tan visibles ventajas, no sólo a la Monarquía, a vista de la falta de fuerzas con que se halla, sino también a S. A. E. en orden de la sucesión y a su manutención en los Países Bajos, para lo cual sólo puede hacer caudal del Rey de Inglaterra y de los holandeses. En cuanto a Scarlati, lo que hace es lo bastante para que conozca esta Corte y la de Viena que va de acuerdo con sus Ministros en la de Londres; pero por ningún modo debe coligarse con ellos, ni, para complacerles, exponerse a la contingencia de ofender al Rey de Inglaterra y a Schönenberg, que está más acreditado de lo que se piensa con S. M. Británica, que es uno de los Ministros más apasionados por los intereses de S. A. E. y que le pasa los mejores oficios así con su amo como con holandeses, de que me consta con tanta certeza que no me queda lugar de dudarlo; y aunque algunos sujetos escrupulosos hayan querido dar a entender a S. A. E. que la grande intimidad que he tenido con Schönenberg no ha sido útil al servicio de S. A. E., bien podéis desengañaros y creer que nada ha convenido más para ir borrando

tácitamente las impresiones que la Corte de Viena ha procurado dar a la de Madrid de que el Rey de Inglaterra y los holandeses eran poco afectos a S. A. E. y absolutamente inclinarán al partido cesáreo. Porque las apariencias de la amistad del Rey de Inglaterra no pueden en ningún tiempo perjudicar a S. A. E., antes de lo contrario le resultaría gran menoscabo. El Conde viejo de Harrach ha pasado nuevo oficio en orden a este ajuste, a que todavía no se le ha dado respuesta, y si ésta se dilatare, bien pudiera ser que este Embajador (que está previniendo su partida, según creo, para octubre, aunque él publica que saldrá este mes), bien podría, digo, volverse sin haber fenecido esta dependencia, en cuyo caso deseo saber si S. A. E. aprobaría que yo entrase a hacer alguna abertura para el ajuste, y si S. A. E. me apoyaría en caso que yo hallase el terreno dispuesto, porque tengo las manos atadas por la tibieza con que ahí se mira este negocio, aunque es grande estorbo para S. A. E., que si una vez se quitase, caminarían mejor y más aprisa las cosas de S. A. E. y no empeorarían las de la Monarquía ni tampoco la planta de la Liga de garantía de la última paz. Porque temo que mientras esta materia de Schönenberg quedase indecisa, también quedará la asociación mucho tiempo sin tomar cuerpo, y cuando no aborte del todo, siempre será un mal formado embrión, no obstante que por parte de España se reputa esta federación como el medio más seguro para afianzar la Monarquía y aun la sucesión. Yo me alegro de que España, contra lo que se prometía la Francia y contra el sentir de muchos, haya finalmente tenido por bien dejar abierta esta puerta para ser asistida en caso de necesidad contra las violencias e invasiones de la Francia, porque S. M. Católica envía con este correo instrucciones sobre esto a sus Embajadores y Ministros en las Cortes extranjeras; y como Quirós ha tenido orden de detenerse ahí para negociar esta Liga, me persuado de que se le habrá mandado comunique a S. A. E. las instrucciones que se le remitan sobre este punto. Deseo saber lo que se le habrá prevenido tocante a S. A. E. y aunque aquí lo sabré con individualidad, no dejéis de informarme de ello y de decirme cómo corréis con Quirós. Esta Asociación o Liga, aunque no es más que un proyecto, no deja de manifestar que el Rey y el Gobierno

de España no tienen ganas de sujetarse al poder de la Francia y que aprecian su libertad, pues no hallándose en estado de afianzársela con sus propias fuerzas, tratan por lo menos de suplir esta falta por la vía de la negociación, y creen que los aliados, movidos del estímulo de su propia conservación, se dejarán fácilmente inducir a la obligación de asistir y socorrer a España en caso que se halle acometida por la Francia, sin que esta Corona deba hacer esfuerzos que excedan su presente posibilidad, ni contribuír más que pasivamente a esta Confederación. Los más inteligentes creen que manejándose bien este Tratado, no sólo podrá asegurar la garantía de la paz, sino también la de la sucesión, y que el Rey de Inglaterra podría en esta ocasión mejor que en otra ninguna afianzársela para el señor Príncipe Electoral, pues esto sería igualmente de la conveniencia de España y de todos los Príncipes aliados, menos el Emperador, que ya puede conocer bastantemente que los españoles no quieren al Archiduque y que los franceses jamás lo consentirán. Y por consiguiente quizá podría abrir los ojos, que la ambición le tiene cerrados hoy, para entrar en el partido del Príncipe Electoral, pues oponiéndose a él sería dar lugar a la Francia de prevalerse de su división, de donde se seguiría la ruina inevitable del Emperador y de todos los aliados, porque desde la incorporación de la Corona de España con la de Francia, sería poca o ninguna la distancia a la Monarquía universal, por cuya razón yo desearía sumamente tres cosas. La primera, que se apretase la dependencia de Schönenberg por interposición de S. A. E., porque juzgo que esta es circunstancia necesaria para dar cualquier paso. La segunda, que S. A. pueda resistir a las proposiciones así de Francia como de Viena. La tercera, que después de haber digerido bien la planta de sus intereses, se aboque S. A. personalmente con el Rey de Inglaterra y concierte con él cara a cara las medidas necesarias. Porque es menester acabarse de persuadir que el Rey británico jamás querrá abrirse con un Ministro de S. A. E., cuando S. A. E. le hablare en toda confianza y le asegurare del secreto. También deseara yo que S. A. E. se sirviese escribir dos renglones a Schönenberg con expresión de su estimación y gratitud por el afecto que conserva a sus intereses, según las noticias que

le he dado; que S. A. le tendrá siempre presente en su memoria, esperando que algún día podrá manifestarle, con más evidencia que hasta ahora, su amistad y reconocimiento. Esto hará muy buen efecto para S. A. E., de quien cree Schönenberg que si no está totalmente olvidado, por lo menos que se le trata con algún desdén y que se le mira como sujeto inútil, aunque conoce que puede y hace mucho por el servicio de S. A. E. La Berlips me hizo llamar a Palacio algunos días ha, instando siempre en orden a una inteligencia y confederación secreta de la Reina con S. A. E. Pero absolutamente se quiere saber si S. A. podrá mantenerse y en qué forma y qué ventajas querrá y podrá conceder a la Reina. Añadiendo la Berlips que como el Emperador quisiera el todo y que S. A. aspira probablemente a lo mismo, podría ser que la Reina los ajustase; porque si entrambos se obstinan a pretender el todo, su división dará lugar a la Francia para apoderarse de la sucesión. En fin, la conversación duró más de una hora. Ayer me volvió a llamar la Berlips, me excusé con el pretexto de una fingida indisposición, y habiendo recibido hoy otro recado, me volví a excusar con el mismo pretexto; pero habiéndome citado para mañana a la noche después de partido el correo, me fué preciso responder que iría a recibir sus órdenes. Sin duda me hablará tocante a la respuesta que S. A. E. ha hecho a la carta de la Reina, y me preguntará si acaso S. A. E. me ha enviado alguna orden con este correo, siendo éste el pretexto con que me excuso de alargarme a nada de que el Emperador cesáreo pueda sacar ventaja; pero sin desperdiciar las insinuaciones de la Reina, voy dando largas con esperanzas vanas y ambiguas, para que la Reina no se arroje al partido de Francia, cuyo Embajador y su mujer no duermen, ni tampoco los cesáreos, que tienen grandes celos de las caricias que la Reina hace a la Marquesa de Harcourt, cuyo marido, estando citado de la Berlips para mañana a mediodía y yo para las seis de la tarde, veré si esta dama me dirá algo de su conversación y de las proposiciones de dicho Embajador, que también se aplica a ganar a la Reina y a la Berlips. Yo las galanteo como de mío, sobre el pie de la abertura que se dió aquí de parte de S. A. E. del Gobierno de Flandes para esta Princesa. Y añado la alternativa del de Baviera, en caso que

la Reina favoreciese real y absolutamente los intereses de S. A. E., no dejando en olvido algún buen pedazo de tierra para la Berlips. Y aunque todo esto sólo es por vía de discurso, asegurando yo siempre que no hablo como Ministro y no tengo poder para ninguna negociación, no sabiendo tampoco hasta dónde se extiendan las ideas de S. A. E., no obstante, no dejan estas insinuaciones de abrir los ojos y los oídos a la Berlips y a la Reina, que se complacen y gustan de oírlas, porque el temor de que algún día pueda suceder la mayor fatalidad hace que se vayan precaucionando para en adelante y reconociendo el partido en que probablemente pueden encontrar mayores conveniencias. Que si no se las esperanzase por parte de S. A. E., es de temer que la Reina se entregue precipitadamente a la Francia, lo cual sería mucho msá pernicioso que el mantenerse por el Emperador, en cuyo favor aseguran que ha hecho poco progreso. Esta es la negociación que la Berlips entabla conmigo de parte de la Reina; pero en cuanto a lo que se debe intentar con el Rey de Inglaterra y con los holandeses, no saben nada. El Cardenal y Oropesa me dieron cada uno una audiencia de más de una hora tocante a la próxima necesidad de entenderse de parte de España con los aliados, si no es que quieran entregarse a la Francia. Quedaron satisfechos de mi representación y también la aprobó Balbases. Si S. A. E. tuviese en su favor al Rey de Inglaterra, y a los holandeses, tendrá por acá muchos amigos, pero muy pocos si le faltaren aquellas potencias, porque esta gente no quiere perderse. No me atrevo a fiar del papel cierta particularidad de mi conversacién con la Berlips. Oropesa me aseguró que era muy parcial de S. A. E., pero que no convenía parecerlo. La salud del Rey se mantiene, gracias a Dios, en buen estado.

Mucho ruido ha hecho aquí la proposición del Prepósito de Brujas en primer lugar para la plaza de Consejero. Me escribió el papel adjunto, remitiéndome las cartas de la Reina que le acompañan para S. A. E., para el Jefe Presidente y para Berjeick. Serán de buena tinta, porque él es quien las escribe. Hame importunado para que le certifique algunas copias de papeles en su abono. No he podido negárselo, por no exponerme

a chismes y desconfianzas en el cuarto de la Reina, pero os suplico, por vida vuestra, procuréis que estas certificaciones mías no se vean en ninguno de esos Tribunales, porque el haberle S. A. propuesto en primer lugar se conoce que es mera complacencia a la voluntad de la Reina, pero el cooperar de cualquier modo su Ministro para el logro de esta pretensión indica que S. A. la aprueba, no conviniendo para su crédito acá ni allá el que desee de veras una lección tan odiosa, contra la cual se irritan generalmente todos y particularmente Monterrey."

Copia del papel que el Prepósito Aferden escribió al Barón de Bertier a 14 de agosto.

"Señor mío: Estando tan distantes nuestros barrios y grandes las ocupaciones, no me es posible ir a besar a V. S. las manos, repetirle las expresiones de mi verdadera obligación y darle cuenta de las buenas esperanzas que se me volvieron a dar ayer de parte de la Reina. Pero viendo que la Consulta se detiene, me ha parecido conveniente hacer que la Reina, en su carta de agradecimiento para S. A. E. (qu remitiré a V. S.), le pida la continuación de su protección contra mis enemigos, convencidos por esas dos certificaciones, cuyas copias se remitirán a S. A. E.; y así suplico a V. S. se sirva cotejarlas con los originales y certificar al pie de ellas la conformidad. También escribe S. M. al Jefe Presidente y al Conde de Berjeick (como V. S. me ha aconsejado) en términos muy severos.

En fin, no puede dañar la superabundancia de precaución, y quien tiene enemigos no duerme. Asimismo he intentado el otro expediente, de que hasta ahora no he tenido respuesta. Y por no ser inoportuno, concluyo rogando a Dios, etc."

Madrid, 15 de agosto de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

El Rey está como antes, pero no se le permite todavía cohabitar con la Reina, para que no sufra ninguna alteración su temperamento. A fin de mes se trasladará la Corte probablemente a algún sitio real, a fin de distraer a S. M., cuya melancolía per-

dura, sin otra diversión que la música tocada por las orquestas que enviaron S. A. y el Elector de Baviera.

La Reina aguarda impaciente la llegada de las 120 vacas, aunque será difícil alimentarlas por falta de pastos de avena.

El Barón Korff salió la antevíspera hacia Dusseldorf, sin haber conseguido lo que pretendía. El príncipe de Darmstadt sigue luchando con los catalanes.

El Embajador de Francia ha acaparado paja y avena en proporciones tales que bastarían para alimentar mil caballos, y se ha producido la escasez. La Marquesa, su mujer, es agasajadísima por las señoras, entre quienes se ha puesto de moda preferir lo francés a lo alemán. Dicen que el Rey Cristianísimo la ha enviado 100.000 escudos para que pueda hacer una entrada magnífica. Sigue sosteniendo el servicio extraordinario de correos.

De paso en Nassau, 16 de agosto de 1698.

El Elector Palatino a la Emperatriz (1). (En alemán.)

St. A. K. bl. 44/7

Lleva esta carta el correo del Conde Sinzendorf, que le acompaña; por eso no va cifrada. Sería, realmente, muy de desear que la Reina de España comprendiese mejor sus intereses; expulsase a la Berlips, se conquistase el afecto de Grandes y Ministros y las simpatías populares, porque podría servir así a la Casa de Austria, a la que con su conducta radicalmente opuesta viene perjudicando. Lamenta mucho que haya complicado también al Landgrave Jorge de Darmstadt. Ahora comprende por qué se empeñó tanto en el asunto del matrimonio a favor de la Princesa y luego de la de Anspach. Lo que la Emperatriz le descubre le hace sospechar que haya sido todo una intriga francesa, que acaso llevó la Berlips, contra la Princesa de Hanover. ¡Cuánto mejor estaría que dejase al Rey de Romanos hacer una boda a su gusto! Se le ocurre que el interesado debería escribirla en ese sentido.

---

(1) Véase Hilsenbeck, *Loc. cit.*, pág. 143.

Nassau, 16 de agosto de 1698.

El mismo al Archiduque José, Rey de Romanos. (En alemán.)

St. A. K. bl. 45/13.

El 9 llegó de Dusseldorf, para tratar de su casamiento con la Princesa de Hanover. A su juicio hace ya tiempo que debería haberse ajustado esta boda. El discurso que en nombre de la Reina de España hizo el Embajador, defendiendo la candidatura de la Princesa de Anspach, no debió de ser tan sólo inspiración del Conde de Harrach, sino también de la Condesa de Berlips y de toda la fracción francesa, aunque tuviera cada cual sus motivos, que son en parte de interés, en parte de rabia por el fracaso de la Princesa de Darmstadt y en otra parte de enemiga a la Casa de Austria. No olvide lo que los Ministros franceses dijeron sobre este punto a su Canciller Wiser.

Convendría que escribiese a la Reina de España notificándola su resolución de casarse con la Princesa de Hanover y añadiendo que el matrimonio está ya ajustado, para que no se ocupe más del asunto.

Marly, 17 de agosto de 1698.

Luis XIV a Harcourt. (En francés.)

Aff. Etr.

Ha ordenado al Conde d'Estrées que permanezca en Cádiz con la escuadra todo el tiempo que el Embajador juzgue necesario; pero como no tiene víveres bastantes sino hasta el 18 de septiembre, es menester que le dé su dictamen lo antes posible, para que se adopten las precauciones oportunas. Está seguro de que no le impondrá este gasto suplementario y el embarazo de hacer transportar los víveres, si no lo juzga realmente necesario.

Madrid, 17 de agosto de 1698.

La Condesa de Berlips al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Sus Majestades están bien, gracias a Dios. Las fontanelas han aprovechado al Rey, disminuyendo la destilación por ojos

y narices, y permitiéndole hablar con mayor claridad. Los médicos eran pesimistas y no creían posible que resistiese el mes de agosto, pero Dios pudo más que ellos, aunque no dejó de hacer daño el vaticinio, porque a él y a los malintencionados que lo propalaban se debe el asedio que ha puesto Francia por mar y por tierra, la acumulación de cincuenta mil hombres en la frontera catalana y la presencia de barcos suyos en todos los puertos. Para los cortesanos el Embajador francés es un oráculo y su mujer una Santa Teresa, cuando todo ello procede exclusivamente del miedo.

El Conde de Harrach, padre, se marcha muy disgustado porque sus peticiones fueron combatidas por el Embajador francés y no prevalecieron. Son los dos extremos; el uno quiere que se haga mucho, y el otro que no se haga nada. Pero como la Monarquía española propende siempre a esto último, lleva el francés las de ganar. Se ha prometido tomar disposiciones para hacer levas y armamentos, pero no lo creerá mientras no lo vea. Poco importa si el Rey vive, porque nadie le heredará sino cuando muera.

Ni la Reina ni ella olvidan las gestiones con los Embajadores franceses sobre el pleito consabido.

Bruselas, 22 de agosto de 1698.

Extracto del Diario de Prielmayer. (En alemán.)

St. A. K. schw. 343/18/11.

Trabajó toda la mañana con el Elector despachando el correo de España, ocupándose principalmente del asunto de la sucesión y la actitud de Monterrey y Oropesa.

Barcelona, 28 de agosto de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Fernando Buenaventura de Harrach. (En alemán.)

W. Harr. A. Caja 251.

Han hecho un viaje de inspección y viene muy mal impresionado, porque no le será posible mantenerse si no se le ayuda con mil pistolas de oro al mes, por lo menos.

Las palabras del Rey son siempre buenas, pero hay que conocer la gente que le rodea, y es muy posible que las promesas a que alude sean un engaño más para que se vaya tranquilo. Todo depende de que las potencias marítimas consientan o no en ayudar a España.

Madrid, 26 de agosto de 1698.

Harcourt a Luis XIV.

Aff. Etr.

Le adjunta una memoria que le ha entregado el Cardenal Córdoba, por la cual verá que es deseo de S. M. Católica dé las órdenes oportunas para que no surjan incidentes con ocasión de los saludos entre los navíos de entrambas naciones.

Las instrucciones que él recibió le mandan sostener la preeminencia francesa, de modo que entre pabellones iguales sean siempre los españoles quienes saluden primero. También le autorizan para negociar con España la adopción de un reglamento internacional sobre la materia, siempre que el principio antedicho figure como primera cláusula de él. Cabalmente en eso estriba la dificultad. Para que los españoles lo aceptasen sería necesario que se hubiese pactado en un concierto de paces, de manera solemne, o que se pudiese alegar la posesión inmemorial, y no basta al efecto el precedente de Papachín, qua fué aislado, y sólo se produjo por haber tenido que ceder ante la fuerza.

No quiere ponerse a discutir sin nuevas órdenes, porque teme que un asunto tan vidrioso y tan fácilmente aplazable resulte incompatible con la política de suavidad ahora preconizada, hasta el punto de que quizá lo suscitarán quienes tienen gran empeño en agriar las relaciones entre ambas Monarquías. Espera que Su Majestad difiera el estudio de la memoria española, como con otras suyas hace el Consejo de Estado, por lo menos hasta que llegue el nuevo Embajador de España, quien podrá ir así provisto de las instrucciones de su Rey. La dilación no será corta, porque no hay síntoma ninguno de que haya de marchar pronto el tal Embajador.

Otra memoria le ha entregado Su Eminencia sobre Rademacker y la Señoría de Roussy, que tampoco puede tener otro

objeto sino el de encizañar, y que convendría asimismo diferir o entregar a comisarios designados especialmente para el caso. Hace varios días que Oropesa no asiste al Consejo ni va a Palacio, y se dice que muy bien pudiera suceder que quisiera marcharse de la Corte, o por lo menos fingirlo.

Parece ser que la demora de Harrach procede del deseo de aguardar la llegada de un correo del Emperador; lo positivo es que sigue muy disgustado. El Príncipe de Darmstadt ha estado enfermo y no es probable que vaya a Madrid porque ha caído mucho en el ánimo de la Reina, dominada como siempre por el Almirante. El Rey está bueno, según dicen todos, pero tiene la misma cara y una gran debilidad en las piernas.

Adjunto un papel que circula mucho por la Corte, y se atribuye a persona principal (1).

Madrid, 28 de agosto de 1698.

Bernardo Bravo a Prielmayer.

A. H. N. Estado. Leg. 2907.

"La salud del Rey va cobrando mayores fuerzas cada día. Espero de la Divina Providencia que se hallará engañada la ambición de franceses, aunque no deja de serles de sumo gasto el lisonjearse con pronósticos fabricados a medida de su deseo, manteniendo en pie sus ejércitos, y en parte nos podríamos alegrar de que aquella potencia se mantuviese mucho tiempo en esa misma forma, costeando sus armamentos con ideas de futuros contingentes, porque por este medio no dejaría de apurarse, mientras los aliados, que por las reformas se han aliviado del peso de la guerra, van recobrando fuerzas y ganando tiempo; porque para decir la verdad están muy exhaustos, de suerte que no será de extrañar que el Rey de Inglaterra y los aliados eviten con cuidado las ocasiones de dar motivo a nuevo rompimiento, como sería el declararse desde ahora a favor de S. A. E. y formar armamentos anticipados, sin la precisión de algún accidente inevitable. Por cuya razón creo que el Rey británico procurará darnos

(1) Es el titulado *Representación del estado de esta Monarquía y medios de que pende su reparo.*

lugar a nosotros y al Emperador y aun a la Francia, cuyo ánimo no habrá dejado de sondear sobre el punto de la sucesión, por medio de Milord Portland durante su Embajada en París, siendo yo de parecer que, después de Dios, nadie sabe mejor que el Rey de Inglaterra el paradero de la sucesión y de la Monarquía de España, de la cual es verosímil que así ingleses como holandeses querrán agarrar algunos pedazos, particularmente en las Indias, que corren gran riesgo de repartirse entre ellos y la Francia, y aun quizá antes de fallecer el Rey Católico, porque los uno y los otros ya han empezado a apoderarse de algunas islas y pasos; los ingleses con nombre de bocaneros, que son piratas de su nación en aquellos mares, y los franceses con nombre de tributeros, que asimismo son piratas que se abrigan en las costas de Santo Domingo, donde la Francia posee algún terreno de que se valió Mons. de Pontis en el último saco de Cartagena, y ahora se están fortificando en una isla que está situada a poca distancia de Puertobelo, donde las flotas y los galeones van a cargar la plata que traen a España. Desde aquel punto, que sólo dista ocho leguas de Puertobelo, podrá la Francia acometer o poner en contribución el comercio de Indias; y si aquí se quejaren al Embajador de Francia dirá que son piratas y que si se quisiere enviará el Rey Cristianísimo escuadras para castigarlos y reducirlos a la razón, de que resultarían aún peores consecuencias. Los ingleses alegarán la misma excusa. Demás de que hay un género de guerra civil entre el Gobierno de Cartagena y los de la Presidencia, llegaron a las manos, y por remate de desgracia los galeones tuvieron orden de hacerse a la vela para volver a las Indias, hacia donde partieron efectivamente sin haber hecho ninguna cargazón de mercancías, que es un golpe mortal para el comercio de España; porque si los galeones se van vacíos, ¿cómo podrán volver cargados?; pues los indios traían sus barras o su moneda por los géneros que se les llevan de España; si faltare lo uno faltará lo otro; mayormente sabiendo que los galeones no llevan este año la décima parte de azogues, del que necesitan para la separación de los metales. Esto agotará al manantial de la poca plata que todavía venía a España. Porque como ya he apuntado en una de mis

antecedentes, los réditos de la Corona se reducen a poco; de esto poco está empeñada la mitad, y con la otra mitad se ha de acudir a una infinidad de necesidades. Sólo quedaba la apelación de flota y galeones, que tal vez traían socorros extraordinarios, que no están comprendidos en los ocho millones de la dotación de la causa pública; si este socorro faltare y por otra parte saliere la plata del Reino, os dejo considerar la pobreza a que España quedará reducida, de donde también se puede inferir el poco caudal que S. A. E. podrá hacer sobre estas asistencias para en adelante, particularmente en tiempo de paz, y también podréis inferir con cuánta ansia y cuán secretamente se ha sacado de galeones, sin que quede la menor esperanza de conseguir un real para esas pobres provincias, ni para S. A. E., no obstante las esperanzas con que siempre le irán entreteniendo, como lo reconoceréis por la respuesta que se dió al último oficio que pasé, de que remito la adjunta copia; y habiendo yo querido penetrar qué esfuerzo y qué disposiciones se hacían para Flandes y para S. A. E., me dijo el Marqués de Mancera que pues el Rey le había mandado me dijese que se hacían esfuerzos, no se podía dejar de creer que era así, pero que habiendo el Marqués nacido caballero antes que Ministro, confesaba ingenuamente que no sabía ni descubría nada acerca de esos esfuerzos, remitiéndome al Secretario del Despacho para informarme con más individualidad. Este, después de haberme hecho una larga lamentación sobre la partida de la capitana de galeones, que naufragó, como se sabe, aunque se salvó cargazón con la plata, que dicho Secretario valuó en 300.000 pesos, que se esperaban con galeones, que esta cantidad llegaría en breve con la que llaman flotilla, y que entonces se haría todo lo posible para asistir a S. A. E.; yo le insté y apreté, como también al Conde de Adanero, pero todo remata en darme razón y ponderarme la buena intención del Rey y de sus Ministros, y darme a entender que no se puede sacar sustancia de donde no la hay. La misma respuesta se me dará cuando arribe la flotilla, cuyo producto se repartirá y se consumirá antes de su llegada; de suerte que no hay que hacer cuenta sino de los medios de Flandes y de Baviera, y este desengaño os lo he dado y os lo repito

por ahora y para en adelante, pues todo lo demás serán paseos e ideas en balde.

Entregué a la Berlips la carta de S. A. E. y la informé de las circunstancias de la materia. Me había ofrecido sobre esto otra conferencia, pero no se lo permitieron sus grandes ocupaciones, con que la remitimos hasta después de partido el correo.

Entre tanto la Berlips me envió a decir ayer que la Reina manifiesta que quiere entrar de veras en este negocio; y que siendo esto así, tiene buenas esperanzas del suceso. Según he podido reconocer, la Reina y la Berlips escribirán sobre ello en derechura a S. A. E. y vos podréis inferir de sus expresiones si se explican categóricamente. Me haréis gusto de enviarme copias de las cartas de la Reina, dándoos muchas gracias por las que me habéis comunicado en estos últimos correos. Según mi juicio, ellas son de grandísima energía, y es muy verosímil que en ello hay igualmente arte y exceso, pero también es probable que no es todo afectación, y que si las cosas continuasen algún tiempo sobre el pie de la Corte de Viena, habría motivo para lisonjearnos de que nos hablan de veras. Un corazón ofendido con ingratitud se arroja a grandes excesos; pero la natural inconstancia y la fuerza de la costumbre también dan motivos para temer la mudanza, a que no conviene exponerse con ligereza; lo mejor es jugar seguro y buscar un medio, no huyendo tanto del precipicio que se caiga en otro riesgo mayor, cuando son igualmente peligrosos los extremos, como sucede en este caso. Juzgo que se puede ir entreteniendo para evitar los inconvenientes de la desesperación, y que valiéndome del beneficio del tiempo, éste nos descifrará nuestras dudas, interpretará con claridad los enigmas y será el crisol que aparte la verdad del engaño. Por esta razón, y para mantener a S. A. E. con sosiego en ese Gobierno, voy nadando entre dos aguas, como también para contraminar el terreno que va ganando el Embajador de Francia hasta dentro del cuerpo de la plaza y el que antecedentemente ha ganado el Embajador cesáreo, porque es quererse engañar el que pensare que esto se hará de por sí, sin afán, sin maña y sin ningún riesgo; lo que hubiese sobre esto lo sabréis en breve por otra vía. Entre tanto debo prevenir que S. A. E. después de haber hecho sobre

esto la confianza que debe al Rey de Inglaterra para reconocer su ánimo, bien puede abstenerse de hablarle más en ello, porque si el británico pudiese sospechar que la Reina persiste en su batería, tratará con más reserva, temiendo que S. A. E. o alguno de su parte se rindan a los acometimientos de la Reina, y que por este motivo llegue el secreto del Rey de Inglaterra a noticia del Emperador que, en mi entender, es lo que más teme, y S. A. E. no tendrá poco que hacer para empeñar al Británico cara a cara a declararse categóricamente antes de tiempo. Tengo para esto mis razones y en esto anteveo muchos embarazos y dificultades. Soy de vuestro parecer; las buenas palabras, particularmente cuando no se llega al hecho, que no pasan a las individualidades y que éstas no son inmediatas, ni positivas; las buenas palabras, digo, no me satisfacen; es menester penetrar hasta lo más hondo y esto es lo que debe hacer S. A. E. cuando estuviere con el Rey de Inglaterra. Si no se aprovechare la ocasión, poco caso haré de todo lo demás; será asirse de las ramas y matarse en balde, sin saber por qué. Por otra parte, no es menos engaño creer que las cosas pueden hacerse sin que cuesten cuidado, trabajo y aplicación; ¿qué cosecha recogería el labrador si dejase de sembrar y de cultivar la tierra? Los aspectos favorables de los astros le prometerán en balde abundancia; sus trojes quedaran vacías si con profundos surcos no obligase a la tierra a estar de inteligencia con el cielo para llenarle de bienes. Los Dioses todo lo venden al precio del sudor; esto os lo digo al oído; bien veis adónde se encamina lo de la aplicación. Juzgo que somos bastantemente apasionados del personaje a quien esto puede tocar, para que una vez en el año podamos desabrocharnos en confianza con toda reserva. Yo quisiera, ya que estoy sudando gotas de sangre, no verme reducido por la tibieza ajena al desconsuelo de haber trabajado en balde; de cualquier modo, haré lo que debo; si alguno quisiere descuidarse en sus propios intereses, no se admire si los viere malogrados. No ignoráis que es menester fiar de la Providencia, como si no hubiera medios humanos; pero también sabéis que se deben aplicar los medios humanos, como si no hubiera Divina Providencia. Basta, y acabo temiendo que el ardor de mi celo caliente la pluma y que pase de raya."

Bruselas, 28 de agosto de 1698.

Tratado de alianza entre los altipotentes Estados Generales de las Provincias Unidas de una parte y S. A. E. de otra, sobre la conservación de los Países Bajos españoles, después del fallecimiento de S. M. Católica, hecho en Bruselas en 28 de agosto de 1698. Traducido del latín al francés y de este idioma al español (1).

A. H. N. Estado. Leg. 2761.

Como por causa de la esterilidad que hubo en la Reina de España difunta, y hay hoy en la reinante, esposa de S. M. Católica Carlos II, por la gracia de Dios Rey de España y de las Indias, se hallan los negocios de España en una situación que después de la muerte de S. M. Católica se deben temer revoluciones muy peligrosas sobre la sucesión de sus Reinos (que Dios quiera prevenir concediendo a S. M. fecunda posteridad), los Estados Generales de las Provincias Unidas, de una parte, y el Serenísimo Señor Príncipe Electoral Maximiliano Manuel, de otra; considerando las revoluciones y desgracias que nacerán de la controversia en orden a la sucesión de España, no obstante de que está arreglada y decidida, cual parece estarlo por la Paz de Pirineos; como puede ser que algunas Potencias la revoquen en duda, han tenido por conveniente y necesario, y esto por un impulso equitable, y a que les mueve el amor del bien público, entrar en una alianza y confederación particular, que no tiene únicamente más mira que la conservación de los Países Bajos españoles, a cuyo fin se ha convenido por una y otra parte en los artículos siguientes:

Los altipotentes Señores Estados Generales de las Provincias Unidas se obligan y prometen que en caso que el Rey de España de hoy llegase a faltar sin posteridad legítima, y especialmente sin hijos, que todas las Provincias de los Países Bajos españoles en el estado que se hallan presentemente y en conformidad del Tratado de Rijswick, quedarán debajo de su protección y garantía a favor de Su Alteza Serenísima el Príncipe Electoral de Baviera, prometiendo que defenderán las dichas Provincias por

(1) Véase Legrelle, *La diplomatie...*, II, págs. 498, 501 y Apéndice 10.

el Serenísimo Príncipe Electoral de Baviera contra todos los que pudieran pretender o quisieran ocuparlos, sea por estar abiertos, o por otros medios o cualesquiera pretextos y color que sean, y como la conservación de los referidos Estados y Provincias, que los Señores Estados Generales consideran como barrera y antemural de su República, les importa mucho, no pretenden satisfacción alguna por esta protección, así en lo presente como para lo futuro, más que la inviolable observancia de todos los puntos que por una y otra parte se han convenido:

1.º La protección a que los Señores Estados Generales se obligan a favor del Serenísimo Príncipe Electoral de Baviera durará y continuará hasta que se hubieren terminado y estuvieren arregladas con la universal satisfacción de toda Europa y del bien público, todas las diferencias que pudieran promoverse sobre la sucesión de España.

2.º Cuando el Serenísimo Príncipe Electoral de Baviera (a quien pertenece la sucesión de España por el derecho que le comunica su nacimiento, con preferencia a todos los demás que pudieren pretender, fundado en la Paz de Pirineos, que le decide a su favor) se hallare en quieta posesión de los Reinos, Estados y Provincias pertenecientes al Rey y a la Corona de España, y que por consecuencia no necesitará más de la protección de los dichos Señores Estados Generales, están éstos obligados a retirar todas sus tropas que estén de guarnición en las villas, fuertes, castillos, castellanías y villajes del referido País Bajo, sin dilación alguna y de buena fe.

3.º Esta salida de las tropas holandesas se hará precisamente tres meses después que de la parte de S. A. Serenísima el Príncipe Electoral de Baviera, se hiciese a los Señores Estados Generales instancia o requerimiento para ello.

4.º Cumplidos los tres meses mencionados saldrán las tropas de los dichos Señores Estados Generales del dicho País Bajo español, observando la mejor orden y disciplina, sin hacer daño alguno, así en las plazas como en los lugares y *Plat Pays* por donde pasaren.

5.º Que aunque tengan alguna pretensión, de cualquier suerte que sea, así de hipotecas viejas como de nuevas, u otras

que se pudieren hallar o formar, no por esto se suspenderá la salida de las tropas y evacuación de los Países Bajos españoles.

6.° Los altipotentes Señores Estados Generales, como sólo desean con mucho ahinco gozar de una paz perpetua y mantener estrecha correspondencia con todas las Potencias vecinas, y deseando con especialidad la conservación de su Estado soberano, adquirido con tan buen derecho, y mirando los Países Bajos españoles como barrera que los sirve de defensa, declaran expresamente por este artículo que su intención no es mezclarse tanto en las diferencias sobre la sucesión de España, que quieran decidirla en todo o en parte, remitiendo esto a la disposición divina, de quien esperan tal expediente que evite toda efusión de sangre cristiana.

7.° S. A. E. de Baviera, en reconocimiento de la generosa protección de que se han querido encargar los Señores Estados Generales a favor del Serenísimo Príncipe Electoral de Baviera, su hijo, promete, tanto por sí como por dicho señor Príncipe Electoral, de ceder (luego que haya fallecido S. M. Católica) a los Señores Estados Generales, para siempre, el fuerte de la María sobre la Escalda, con todos sus anejos y especialmente el derecho de paga y gabela, mediante que éste no se pueda alterar ni aumentar, y que las mercaderías y víveres para la Corte de Bruselas estarán exentos de pagar derecho alguno.

8.° No se podrá permitir que se transporten mercaderías de fábricas extranjeras de Ostende, Nieuport, Brujas ni otro puerto de mar, a Amberes, y mucho menos ahondar la Escalda entre Gante, Terramunda y Amberes, para que puedan pasar embarcaciones mayores a las que presentemente navegan y para embarazar cualquier contravención de lo capitulado al principio de este artículo, a saber: el transporte de las mercaderías de fábrica extranjera, los Estados Generales podrán establecer y mandar fabricar una casa que sirva de aduana al margen de la Escalda, entre Gante y Terramunda, adonde se habrán de visitar todas las embarcaciones grandes y pequeñas que pasaren de Gante a Terramunda, y podrán tener un Contralor en Gante, del cual habrán de traer los maestres o dueños de las embarcaciones una certificación o carta de seguridad de las mercancías que trans-

portaren, para hacerla reconocer por los diputados holandeses nombrados para la referida visita.

9.º Esta visita de las embarcaciones que vienen de Gante a Terramunda se hará siempre en presencia de los dos Comisarios diputados por la Corte de Bruselas a este fin, y cuando se hallaren algunos géneros de contrabando en las embarcaciones, los a cuyo cargo estuviere la Aduana podrán detenerlas y a sus maestres, y darán parte a la Corte de Bruselas, que deberá confiscar durante el término de ocho días los géneros que fueren de contrabando, a favor de la Aduana holandesa, y condenará al conductor de ellos a una pena arbitraria por haber violado el derecho de visitar que los Señores Estados han adquirido en virtud de este Tratado.

10.º S. A. E. asignará a los diputados holandeses para la visita expresada un lugar o parte cómoda entre Gante y Terramunda, sobre la Escalda, para la fábrica de una casa con una huerta, que los Señores Estados harán a su propia costa, con condiciones de que en ella no se podrá ejercer la religión protestante; y se haga igualmente la misma prohibición y defensa a los Estados Generales o a sus súbditos, de establecerse o comprar tierras, casas ni otras cosas semejantes en la parte que se les señalare, ni en su contorno. Y para mayor seguridad de los Diputados de Holanda, S. A. E. quiere y promete por sí y en nombre de su hijo, dar una guardía de 15 mosqueteros, con su sargento, de sus propias tropas, a los Diputados de sus Altipotencias, para la referida visita, a fin de que les asistan en el cumplimiento de sus empleos y les sirvan fielmente, de día y de noche, en todos los casos que fuere menester, así para embarazar que los conductores de las embarcaciones contravengan a lo estipulado, como para defenderlos de cualquier insulto que les quisieren hacer la gente ordinaria, ladrones y vagamundos.

11.º Permítese a los Diputados de los Estados Generales para hacer la referida visita de los navíos que vinieren de Gante a Terramunda, que puedan hacer un foso de agua, de dos brazos de ancho, alrededor de la casa donde vivieren. Pero se prohibe y defiende expresamente el que se haga otra semejante o mayor.

12.º Como se ha convenido por el artículo 9.º que la visita

de las embarcaciones que vinieren de Gante a Terramunda no se haga nunca sin participación de los dos Comisarios, Diputados de la Corte de Bruselas, los cuales estarán obligados a hallarse prontos a este fin, así de día como de noche, tampoco podrán los Diputados de los Estados Generales detener las embarcaciones ni mercaderías sin participación ni consentimiento de los referidos Comisarios, Diputados de la Corte de Bruselas. Pero de esto no se sigue que éstos puedan negar su consentimiento en caso que efectivamente hallaren contrabando en las embarcaciones.

13.º Al contrario, los referidos Comisarios de la Corte de Bruselas estarán obligados a prometer solemnemente y con juramento, la puntual e inviolable observancia de la Instrucción que se les diese, de que se habrá de dar copia a los Señores Estados Generales.

14.º S. A. E. de Baviera promete, por sí y en nombre de su hijo el Serenísimo Príncipe Electoral, de retractar la licencia dada nuevamente por S. M. Católica a sus vasallos de los Países Bajos para la formación de la nueva Compañía de las Indias orientales en los referidos Países Bajos españoles, y se obliga a que jamás se volverá a conceder otra licncia o permiso semejante.

15.º El trueque de las ratificaciones de este Tratado se hará por ambas partes dentro de diez y seis días, que se deben contar desde hoy; y se tendrá secreto todo lo capitulado por una y otra parte el tiempo que fuere posible.—Hecho y concluído en Bruselas a...” (L. L.) Dickweldt. (S. S.). Prielmayer.

Madrid, 28 de agosto de 1698.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Solsona.

A. I.

“Vuestra carta de 29 de julio me deja bien enterada de todo cuanto ha pasado en esa Corte; así tocante a los festejos al Zar de Moscovia, como a los intereses domésticos del Señor Emperador mi hermano, cuya puntualidad os estimo siempre mucho, sin añadir más nada sobre el casamiento del Rey de Romanos después de haberme explicado hartas veces.

Al Príncipe Antonio de Liechtenstein diréis de mi parte le

he respondido muy agradecida del retrato de mi querido Archiduque Carlos y a medida de lo que estimo el original, extrañando no hubiese recibido mi carta. El Rey mi Señor cada día se halla mejor con sus fuentes, con que, si bien no faltan cuidados de afuera, estamos muy contentos, y presto haremos una jornadilla para asegurar del todo tan importantísima salud..."

Madrid, 28 de agosto de 1698.

El Conde Fernando Buenaventura de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. S. A. Span. Corr. Fasz. 82.

Contesta por el correo Fabián a las cartas que éste trajo. Tiene que recordar cómo no pudo ver al Rey por su enfermedad y que el 6 de julio se le notificó que se entendiese con Oropesa y el Almirante. Planteó ante ellos el asunto de la sucesión y le contestaron que tenían orden de S. M. de escucharle benévolamente y que estaban persuadidos en la conveniencia de perpetuar la dinastía de la Casa de Austria; pero que no se podía desconocer el gran poderío de Francia, ni el hecho de que la Monarquía española estuviese formada por reinos y provincias de los cuales algunos, como Aragón, Valencia y Cataluña, tenían fueros, o sea leyes peculiares. Que en Castilla y en los territorios de su Corona no se podía resolver un asunto de esa magnitud sin convocar previamente las Cortes y que se tropezaría de seguro con el Elector de Baviera, porque la renuncia que hubiese podido excluír a esta rama no era formal ni estaba confirmada, siendo ésta la causa de que algunos Ministros, Grandes, Señores y gentes del pueblo fuesen partidarios suyos. Oropesa le preguntó si existía concierto sobre este punto entre el Emperador y el Elector y opinó que caso de no existir debería S. A. pedir licencia al Rey para llevarlo a efecto.

Respecto de los 10.000 soldados imperiales se le dijo que era comprensible no se pudiesen enviar en seguida por estar pendiente la guerra con el turco; pero que España necesitaba armarse definitivamente y no disponía de recursos bastantes para ello. No se dejaría de la mano este asunto, pero se necesitaba tiempo.

En lo tocante a la renovación de la alianza se le contestó que se enviarían instrucciones y poderes al Embajador en Viena.

Sobre el punto del Gobierno de Milán recordó Oropesa que cuando en 1685 se trató de proveer el de Flandes en el Elector de Baviera, envió Luis XIV precipitadamente a Madrid al Marqués de Feuquières para notificar que consideraría el nombramiento como una ruptura de la paz.

A todos estos extremos contestó él lo siguiente: Que la variedad de legislaciones no podía ser un obstáculo, porque si Francia se apoderase de Cataluña y Aragón no respetaría sus fueros; y que, a su juicio, no era posible convocar Cortes pero se podría obtener de otro modo el consentimiento nacional.

Que en el ánimo de S. M. Cesárea estaba, en efecto, concertarse con el Elector bávaro sobre el negocio de la sucesión, puesto que se le había encargado a él averiguar si S. M. Católica tenía en ello algún inconveniente, ya que el Emperador no quería en modo alguno contrariar su voluntad. Que no era menester entrar en la individualidad de si la renuncia de la rama bávara reunía o no las formalidades precisas, porque en todo caso se la habrá de equiparar a la rama francesa. Si ninguna de entrambas se pudo hacer, era notorio el mejor derecho de Francia, es decir, del Delfín y de su primogénito el Duque de Borgoña, puesto que lógicamente tampoco éste podría traspasarlo a alguno de sus hermanos menores; y reunidas así en una sola persona las dos naciones, pasaría España a ser una provincia de Francia.

Oropesa le interrumpió diciéndole que no se trataba de declarar nula cualquier renuncia, sino de ponderar las diferencias entre la francesa y la bávara, que eran grandes; pues sobre que las antiguas leyes españolas prohibieron siempre la unión de las dos Coronas en un solo Monarca, la renuncia de la Infanta María Teresa se había pactado entre las dos Majestades, Católica y Cristianísima y había sido ratificada por las Cortes, mientras que las del Elector de Baviera se había hecho por él en convenio con el Emperador, sin conocimiento del Rey ni de los reinos españoles.

Replicó él entonces que era uso constante formular tales renuncias *in domo paterno,* razón por la cual el Elector la había

hecho en Viena, notificándose en seguida al Rey de España, junta con las demás capitulaciones matrimoniales y la petición de su consentimiento para la boda de la Archiduquesa Maria Antonia; y que S. M. Católica había aprobado todo, con la sola salvedad de que no era oportuna la publicación de la renuncia. Si esta solemnidad se estimaba necesaria, era tiempo todavía para que el Rey la confirmase ahora por sí, o la hiciese confirmar por los reinos juntos en Cortes. Añadió que este asunto no se debía suponer estrictamente jurídico, sino político, y que más que los derechos alegables en las sucesiones, importaba la potencia para hacerlos efectivos.

Era evidente que Baviera no podría nunca por sí sola hacer respetar esos derechos y tendría necesidad del auxilio de Francia o del de las potencias marítimas. Francia era otro litigante y si ayudase a Baviera sería provisionalmente, con ánimo de despojarla luego. Las potencias marítimas marchaban de acuerdo con el Emperador, porque sólo en él y no en el bávaro veían garantizada su seguridad.

Al segundo extremo contestó que todo la referente a los armamentos se había de supeditar a la conservación de España en la Casa de Austria y que conseguido esto se reunirían fácilmente tropas y recursos bastantes.

Respecto del punto tercero, encareció la necesidad de renovar cuanto antes la alianza.

Al cuarto, en fin, contestó que si Francia protestaba, como era muy verosímil, por el nombramiento del Archiduque Carlos para Gobernador de Milán, se debería requerir el apoyo del Emperador y las potencias marítimas, muy interesados todos en que cesase la indefensión del Milanesado, donde no había tropas ni fortalezas.

Hallándose en esta negociación fué recibido por el Rey el 27 de julio, y S. M., más amable que de costumbre durante toda la audiencia, le dijo textualmente, entre otras cosas, lo que sigue: "Habiendo mi tío puesto en vos la confianza, enviándome su carta en cifra y la copia descifrada en vuestra mano, quiero usar de la misma confianza con vos entregándoos la carta que le escribo en cifras y la copia descifrada para vuestra dirección."

"Sé muy bien que perdiéndose mi tío me pierdo yo y perdiéndome yo se pierde mi tío, tan mismos y recíprocos son nuestros intereses, y sabe Dios que deseo hacer todo lo posible para continuar la sucesión en nuestra Casa, y de esto podéis asegurar a mi tío." Le entregó además un pliego cerrado.

Cuando, ya en su alojamiento, leyó la copia descifrada de la carta del Rey, advirtió que, no obstante el gran afecto que revelaba, eran sus términos harto oscuros y vagos. Así, pues, se apresuró a ir a ver a la Reina aquella misma noche y luego de haberla dado cumplidas gracias en nombre del Emperador y en el suyo propio por haber conseguido la contestación, la rogó le explicase más cuál era el verdadero espíritu del Rey, así en el asunto del envío de las tropas imperiales, como en el del armamento y sobre todo en el de la sucesión, porque ninguno de los tres aparecía suficientemente claro en la regia respuesta.

La Reina le contestó que también ella había notado la vaguedad, y que le aconsejaba volviese a ver al Rey para pedirle aclaraciones, asegurándole que en los dos primeros puntos obtendría cabal satisfacción, porque, según la había comunicado su marido, estaban ya dadas las órdenes oportunas, aunque siempre recelaba ella que no se obedeciesen con la debida diligencia.

En vista de esto visitó de nuevo a S. M. el 7 de agosto, y se le contestó que se entendiera con Oropesa y el Almirante. Sin pérdida de tiempo fué a verlos a sus casas y les habló tan sólo del envío de tropas y de los armamentos. Oropesa le dijo que era indispensable comenzar por lo segundo, porque si el Emperador mandaba fuerzas, antes de que España estuviese en condiciones de defenderse, se adelantaría Francia a invadirla. Añadió que el Consejo de Estado consultaba poner en pie de guerra en Cataluña 20.000 infantes y 5.000 caballos, amén de los 10.000 alemanes que habían de venir, y que se hiciesen también armamentos navales.

El Almirante le repitió lo mismo, añadiendo que estas prevenciones se podrán concluír en un plazo de cuatro a ocho meses, según el dinero que hubiese disponible, y que se aceptaba su indicación de traer tropas de Italia con pretexto de enviarlas a Ceuta. Personalmente había propuesto trasladar dos regimientos del

Milanesado a Cataluña, reemplazarlos allí con imperiales y concertar con las potencias marítimas el transporte de los 10.000 alemanes en la próxima primavera. Le contestó que quizá no se pudiese esperar hasta entonces.

El 21 de agosto fué llamado por el Secretario del Despacho Universal a su covachuela, y se le notificó en nombre de Su Majestad que se había resuelto aceptar el ofrecimiento de los 10.000 hombres y que se los haría venir en cuanto estuviesen mejor guarnecidas las fronteras; que las prevenciones para lograr esto estaban ya en curso y que mientras tanto convenía ir negociando el transporte. El pidió entonces que todo esto se le dijese por escrito para poder remitirlo al Emperador y expresó el recelo de que se prestase oídos al Embajador de Francia, quien estaba forcejeando para entorpecer ese plan. Le contestó el Secretario que no era posible caminar más de prisa, por falta de dinero; que una junta especial trabajaba sin descanso para dejar libre de cargas la renta de Cruzada con el propósito de dedicarla íntegra a los armamentos navales y que no le podía dar por escrito esta contestación sin licencia de S. M.

El 23 de agosto se le ha enviado una nota, cuyo contenido le confirmó la Reina en audiencia del 26, es decir, de la antevíspera. Se le asegura que han comenzado ya las levas y que está reunida la mayor parte de los recursos necesarios. No está seguro, ni mucho menos, de que esto que se le dice sea verdad.

Fabián va por la vía del Mediterráneo y de Italia.

Idem.

El mismo al mismo. (En español.)

Ibid.

Además del despacho que le envía por Fabián, le escribe también por el correo ordinario. No se puede confiar en las promesas que se le hacen, ni aun para la renovación de la alianza, porque Oropesa es muy débil y el Rey muy irresoluto.

Tiene que añadir a los anteriores otro mal indicio de la Berlips y es que habiendo dado hora por dos veces a su hijo para que fuese a visitarla, se excusó de recibirle con frívolos pretextos, y cuando al cabo lo hizo, no fué sino después de obligarle a

esperar, porque tenía la visita del Marqués de Harcourt. Ultimamente le han cantado a Oropesa unas coplas muy desvergonzadas en que se le tacha a él y al Almirante de vendidos a Francia, y a la Reina de tonta, porque la engañan. Oropesa envió a tres Alcaldes de Corte, con un alguacil, para prender a los cantores; pero el público que los acompañaba era tan numeroso que no lo pudieron lograr.

Le remite las cartas de la Reina de Portugal que le ha entregado con ese fin su Enviado en Madrid.

El mes de septiembre tiene fama de funesto para los Reyes españoles, porque en él murieron los tres Felipes, II, III y IV, hasta el punto de que este último dijo en octubre de 1664 que estaba seguro de vivir un año más, como así aconteció. Por eso se teme mucho al mes próximo.

El Rey tiene, sin embargo, mejor aspecto, y el día de San Bartolomé se le vió en la capilla con alegre semblante. El doctor Cristián Geleen le ha dicho que por ahora no hay temor ninguno y que puede vivir así muchos años. Los médicos le han autorizado para que se reúna con la Reina; pero parece ser que lo demorará hasta octubre. También han deliberado sobre el clima que convendría mejor a los Reyes, y vacilaban entre Toledo, Talavera y Guadalajara, sin ponerse de acuerdo. La idea de sacar al Rey de Madrid procede principalmente de los que quieren separarle de la Reina; pero no será cosa fácil porque tiene ella mucho ascendiente.

Siguen los franceses amenazando desde la frontera y Estrées llevó a Cádiz 12 barcos, con los cuales son ya 30 los allí reunidos.

El Almirante retiene el puesto de Caballerizo mayor, además del de General de la mar, con 12.000 ducados de plata, con lo cual reúne muy cerca de 17.000 pesos. No se ha ajustado con Cifuentes.

Están trabajando los Toisones la Reina, la Berlips y el padre Gabriel, y según la primera se conseguirán.

El Conde de Schlieben, agente del Rey Jacobo de Inglaterra, se marchó en vista de que la Reina no queria recibirle, atribuyéndose esta negativa a la Berlips y al padre Gabriel.

Lamenta no haber estado en Viena durante la visita del Zar de Rusia.

En lo referente a los caballos, no hay en la caballeriza del Rey ninguno que merezca ser enviado a la de S. M. Cesárea. La Reina quiere regalar algunos al Elector Palatino, pero el Marqués de Ariberti tiene órdenes de verlos antes y no aceptarlos si no son mejores que los últimos que le envió.

Prosigue la música gatera contra Oropesa y el Almirante. Se teme que sea el comienzo de algún motín que derribe a entrambos.

De Ceuta hay buenas noticias.

Acaba de recibir aviso de la Reina para que detenga a Fabián hasta el sábado o el domingo.

Cuenta marcharse dentro de quince días y le dirá de palabra muchas cosas que no puede escribir.

Postdata del 29. Como tampoco salió la víspera el correo de Flandes, puede comunicarle que el Rey ha tenido aquella mañana varias cámaras y después un desmayo, aunque mejora, según parece. Fabián saldrá el domingo.

La víspera por la noche se acordó reformar el Regimiento de la Guardia y dejarle reducido a unos cuantos destacamentos de caballería, con planta a la española en vez de la alemana, que se alojarán en los cantones próximos a Madrid. El Rey ha pedido a la Reina que lo consienta y ella ha tenido que aceptarlo.

Madrid, 29 de agosto de 1698.

Harcourt al Marqués de Torcy. (En francés.)

Aff. Etr.

El Rey ha tenido aquella mañana, hacia las diez, un gran desarreglo, que le ha mortificado mucho. Los médicos resolvieron que se retrasase la comida hasta la una de la tarde, y después le sobrevino un desmayo semejante al que padeció por San Juan, permaneciendo más de una hora sin sentido y como muerto. Sólo volvió en sí cuando le hubieron oprimido fuertemente las extremidades, como la otra vez. Dicen que ya está mejor.

Son las seis y va a Palacio, proponiéndose escribirle después lo que averigüe. Como es frecuente que salgan de Madrid correos

sin que él lo sepa y podría suceder que alguno llevase noticias de gran interés con anterioridad al que él despache, convendría circular órdenes a todos los puntos de entrada en Francia desde España para que no se faciliten caballos de posta a quien no sea portador de un pasaporte visado por él, ya que ni en Madrid ni en Viena está autorizado el libre envío de correos. Si aprueba la idea, ha de enviarle algunos pasaportes en blanco para llenarlos y visarlos en cada caso.

Madrid, 29 de agosto de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

No ignora el Elector las desazones que le ha costado a la Reina el Regimiento de la Guardia, de que era coronel el Príncipe de Darmstadt y teniente coronel el Conde de Urs. Parecían terminadas cuando se le relegó a Toledo; pero no ha sido así, porque la víspera por la tarde se le reformó y la mayor parte de los capitanes quedan desmontados con el propósito de destinarlos a otro regimiento que se enviará a Cataluña o a Ceuta.

Si parasen en esto las impertinencias se podría dar por bien empleado, pero son más temibles los pasquines y coplas injuriosas, como las que se cantaron últimamente en la misma plaza de Palacio con acompañamiento de gente que disponía hasta de armas de fuego. Lo grave es que la autoridad no se atreve a descubrir siquiera a los culpables. La decidida protección de la Berlips al Almirante coloca a la Reina frente a toda la Corte, con una despreocupación que le asusta, porque no es cosa baladí. Repetidamente ha expuesto sus temores a la Condesa y al padre Gabriel y lo haría a la misma Reina si hallase oportunidad. Sostener al Almirante le cuesta a la Reina tanto trabajo y tanto riesgo como podría costarle sacar adelante los intereses del Emperador y de la Casa de Austria. Se propone visitar nuevamente al Confesor e insistir sobre el peligro personal que está corriendo la Reina; porque ya ni aun el Rey se ve libre de la hostilidad popular.

Quizá piense S. A. que hace mal en afligirle con estas noti-

cias, puesto que tampoco se le hace caso; pero no cumpliría con su deber si no le previniese que la situación se presenta difícil.

Mientras escribía lo que antecede vino la noticia del desmayo del Rey. Corrió al Alcázar y estuvo allí hasta las once, aunque antes de su llegada había recuperado ya el sentido S. M. Queda durmiendo a ratos, interrumpidos por vómitos de bilis, pero no ha tenido fiebre ni estado en peligro. Ojalá pudiera decir otro tanto de la Reina, aunque no respecto de la salud. Aprovechó la ocasión para hablar dos horas seguidas con la Berlips, de dientes afuera. Quizá esta nueva alarma sirva de lección.

Weinheim, 29 de agosto de 1698.

El Elector Palatino a Ariberti. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Comprende que tendrá desabrimientos, pero habrá de soportarlos porque no es posible cambiar con frecuencia de Enviado. Ha de pedir a la Reina de su parte que le dispense de hacer una entrada pública demasiado fastuosa, que sería contraproducente, porque el vulgo imaginaría que lo sufragaba ella. Claro es que no podrá excusar la ceremonia puesto que el protocolo la exige para adquirir caracter oficial. Es lógico y debido que haya diferencias entre los Embajadores y los Enviados; pretender otra cosa sería ridículo. Supone que el Consejo de Estado no le pondrá dificultades por ser vasallo de la Corona, pero si surgiesen ha de acudir a la Reina para que las allane.

Lamenta el poco éxito de la misión de Harrach.

No conviene fiarse de las amabilidades del Elector de Baviera ni de su Ministro, Bertier; debe aparentar absoluta confianza, pero dejarle hablar a él solo.

No es exacto que el Canciller Wiser volviese a Francia; el litigio con los Orleans está pendiente de lo que se resuelva en Francfort. En vista de la buena disposición de Harcourt enviará por el próximo correo una nota de las infracciones del texto de Rijswijck que se están cometiendo en Germersheim. Puede aprovechar el tiempo mientras tanto en la gestión de los demás asuntos importantes, con auxilio del padre Gabriel, a quien se

propone enviar el paño para el hábito. Comunique a la Reina que el gasto de las tropas en Luxemburgo asciende a 30.000 escudos, carga que será ruinosa si no la alivia España.

Parece ser que hay en Sevilla cañones en depósito que harían mucha falta en Luxemburgo, y debe gestionar que se envíen cien piezas con destino a los fuertes de la capital.

No tiene tiempo de escribir a la Reina por este correo, pero le encarga que la dé gracias por sus buenos oficios cerca de Harcourt.

Le enviará al ayudante.

Madrid, 29 de agosto de 1698.

Pedro González a Prielmayer.

A. H. N. Estado. Leg. 2907.

"Habiendo dado cuenta consecutivamente de cuanto ha ido ocurriendo en esta Corte, de ello mismo se podrá inferir que todo lo que fuese sucediendo será correspondiente, no habiendo otra cosa en la confusión y desorden con que todo se dirige, ni el que se mejore nuestra constitución, encaminándose a largas jornadas al precipicio, pues careciendo una Monarquía como ésta de Ministerio regular, mal podrán verse aciertos en las resoluciones, cuando sólo es el móvil la pasión, la ambición y la malicia, siendo esto en tanto grado que no se habla sino con desesperación, deseando sobrevengan lances pesados y terribles, como se ha visto que habiéndose dado algunas noches músicas y cantables alrededor de la casa del Conde de Oropesa, cantándole coplas satíricas por causa de que se ha encarecido el pan, de tres meses a esta parte, más de la mitad de lo que valía cuando él volvió a Madrid; no contentos los inventores de esto, han hecho lo mismo en la plaza de Palacio, donde dicen se desvergonzaron en extremo, dejando fijado un pasquín en las paredes, por remate de tan fiero atrevimiento, lo que ha dado motivo a muchos cuentos, andando todo esto de tan mala forma que se puede recelar no prorrumpa en un abierto y potente motín, sin que se vea la menor apariencia de que se trate de obviar tantos escándalos por medio de disposiciones saludables, ni para lo que toca a las cosas domésticas ni para las de afuera, dejándolo todo expuesto a fatales contingencias, habien-

do señales de que se vaya fraguando una máquina, que si se llega a perfeccionar ha de dar fiero estallido, por lo cual se entiende que están muy asustados y temerosos, así los de Palacio como los demás del partido aborrecido, no atreviéndome yo, aunque he traslucido algo, a participarlo aquí, hasta que tenga más certidumbre, y entre tanto lo que puedo decir es que el Conde viejo de Harrach, no obstante que pidió la audiencia de despedida del Rey, como le avisé en mi precedente, lo suspendió hasta el miércoles, que avisó al conductor de Embajadores la solicitase, habiendo hecho en este intermedio los mayores esfuerzos que ha podido para que se le diese alguna respuesta categórica a sus proposiciones tocante a la alianza y que se admitiesen las tropas imperiales ofrecidas; pero todos han salido vanos, y partirá bien mortificado y desengañado, porque aquí no se quiere mover ni dar el menor paso que disguste a Francia, excluyéndole también del intento de poner en Milán al Archiduque Carlos, cuya pretensión han vuelto a excitar, procurando asistir de una manera u otra por tener pie con que apoyar sus designios si llegase la ocasión; y como esto se quedase así, mediante que el Rey acabase de recobrar todo su primer vigor, para lo cual ya va ganando mucha tierra, afirmándose que es tan conocida la mejoría de algunos días a esta parte que todos debemos consolarnos, sería lo que podíamos desear, pues en la vida de este Monarca consiste, en mi entender, el que se afiance la exaltación del Príncipe Electoral; pero como el Gobierno presente está tan odiado y malquisto, se debe aprehender que no nos perjudique, según el Cardenal Portocarrero lo expresó a mi amigo en una conferencia muy larga que tuvo ayer con él, lamentándose de la desunión y desconfianza que hay entre los Ministros y Grandes y que a no mudarse de método, como era su principal conato, estábamos vendidos y sujetos al arbitrio de la Francia, manifestando este Prelado que todo lo que los imperiales divulgaran a su favor son invenciones sin más fundamento que el de lisonjearse han de hacer negocio, particularmente en que los crean ingleses y holandeses, de que tienen ganado mucho por acá, para atraerlos a su devoción, siendo así que lo que se da por más cierto es que aquellas Potencias no entrarán fácilmente en el empeño de la

liga a que inducen los imperiales, sin muchas señales de su solidez y permanencia, hallándose la Francia en tal postura que todos lo contemplan, y si ha hecho la alianza con Suecia, como corre la voz, contrapesará bastantemente todas las que se ajustasen a su daño, sin embargo de que se prometa mucho del pasaje del Rey Guillermo en Holanda, cuyos efectos se verán presto, y habiendo comunicado todo lo referido a Bertier me remito a lo que con más extensión y conocimiento dará cuenta a S. A.—Dios, etc."

"Estando para cerrar ésta me dicen que al Rey le ha sobrevenido hoy un accidente, el cual se procura tener oculto. Como es tarde, no sé si tendré lugar de averiguarlo. Dios nos asista, porque hace temblar cualquier cosa que toque a este particular de la salud de S. M.

El accidente del Rey fué cierto, hoy viernes, entre una y dos, después de comido; dicen que ha sido ligero; según pasare la noche se podrá formar juicio.

El Regimiento de la Guardia, que estaba en Toledo, se ha mandado reformar, porque el Cardenal Portocarrero ha apretado y se ha salido con ello; lo que hace esperar seguirán otras resoluciones, que como sean buenas y el Rey quede libre, puede ser que este teatro tome mejor semblante."

Madrid, 29 de agosto de 1698.

La Condesa de Berlips al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. 59/14.

El Rey sigue mejorando, porque la destilación es menor, la hinchazón desaparece y le vuelven los colores; pasado septiembre no habrá nada que temer y podrá vivir largos años y hasta alcanzar sucesión, cosa tan necesaria para su Monarquía y para la querida patria alemana.

Harrach se marchó como vino, sin haber conseguido nada, no obstante la experiencia de su Embajada anterior, porque entonces trató con los padres y ahora con los hijos y nietos, que ya no piensan lo mismo, ni con ellos hay modo de entenderse pues no se sabe quién manda. El fracaso tiene poca importancia si vive el Rey; pero si muriese, la Casa de Austria no podría espe-

rar nada sino de la fuerza de sus armas. Ni se declarará heredero, ni se admitirán las tropas imperiales, porque España está prácticamente asediada por mar y por tierra y la culpa de ello la tienen acaso los médicos, cuyo pronóstico fué que el Rey no pasaría la canícula. Más de 6.000 franceses desempeñan aquí oficios de artesanos. El Embajador tiene en su casa dos generales, cuatro coroneles y ocho capitanes, sin contar oficiales subalternos, con el pretexto de que forman parte de su servidumbre; y los 40.000 hombres apercibidos en la frontera navarra invadirían el país entero, antes de que pudiesen llegar los ejércitos imperiales.

La gente no aborrece ya a los franceses como antaño porque las innumerables personas que viven de pensiones del Tesoro creen tenerlas más seguras si son ellos los que prevalecen. Así se da el caso de que la Embajadora de Francia pase en Madrid por un oráculo, y se la festeje y acompañe, mientras no se hace caso ninguno de la alemana. Cuando se habla con personas de calidad, confiesan en privado que todo esto no es amor a Francia, porque en el fondo preferirían al Emperador o al Elector de Baviera, pero que ni uno ni otro son capaces de defenderlos, como lo es Francia, cuya victoria aquí les libertaría de la guerra aunque ardiese en el resto de Europa. No quieren comprender que esa tranquilidad interior duraría muy poco y que a la larga arrebataría Francia a España todo su antiguo esplendor.

Es indispensable pensar en la suerte que habrá de correr la Reina si sobreviniese la temida desgracia, con el país indefenso, porque, no obstante lo esclarecido de su linaje, no tiene fortuna personal. Frecuentemente no hay en su bolsillo ni 500 doblones; para alfileres se la da al año 12.000 escudos y el resto de sus rentas queda en manos del Camarero Mayor, del Semanero o del Tesorero para sufragar los gastos de su Casa, esto es, la mesa real, las raciones del millar de criados que la sirven, sus vestidos y las mercedes y regalos de costumbre. No la quedan libres sino 1.000 ducados y tiene que acudir al Rey si se hace más de un vestido al año; en cambio lo que ahorra lo ha de devolver también al Tesoro Real. La Reina no aceptó nunca dinero de los Virreyes, porque las sumas que ellos entregaban se

destinaron al Rey, quien tampoco dispone de rentas para cubrir holgadamente sus gastos; los regalos de esos Virreyes son poca cosa, y ahí paran todos sus recursos, porque no dispone ni de uń vaso de plata, ni podría contar con mil doblones en caso de apuro. Si fallece el Rey abintestato la situación de la Reina sería desesperada y por eso es necesario que prevenga S. A. lo que haya de hacerse, porque llegada la ocasión no será ya tiempo. Los españoles son tan malos que no se podría fiar de ninguno ni pedirle auxilio. Ni siquiera cuenta ya con el Regimiento de la Guarda, que en trance peligroso la habría protegido, porque le echaron de Madrid primero y le reformaron después.

Nadie visita al Embajador cesáreo y en cambio al francés van a verle, incluso de tapadillo a altas horas de la noche. Mientras tanto no ganan para sustos y acaban de tener uno terrible, a consecuencia de una indigestión del Rey producida por unos cacahuetes que no estaban buenos. Afortunadamente se limpió con vómitos y ya en el día de la fecha comió según costumbre.

Dusseldorf, 30 de agosto de 1698.

El Elector Palatino a la Condesa de Berlips. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Le intranquilizan las noticias de la salud del Rey. Espera que no olvide sus asuntos. Podría conseguir también para Luxemburgo los doscientos a cuatrocientos cañones que se hallan en los navíos arrumbados en Cádiz y no sirven para nada, siendo tan fácil transportarlos a Ostende por la vía marítima.

Viena, 31 de septiembre de 1698.

El Rey de Romanos al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 45/13.

Está ya ajustado su matrimonio con la Princesa de Hanover, pero la publicación se demorará hasta que llegue de España el correo Fabián. Le suplica que escriba a la Reina para que se le despache pronto y pueda él lograr lo que tanto desea.

Madrid, 3 de septiembre de 1698.

X a X.

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

"El Rey Nuestro Señor en la noche del domingo tuvo la novedad de algo de desconcierto, que le duró hasta la tarde de ayer, que fué Dios servido se alejase enteramente, y el lunes después de comer le dió el accidente que en otras ocasiones le ha sobrevenido, y éste dicen es alferecía simple; pero ha querido la Majestad Divina que no le ha repetido y habiéndole cesado el desconcierto, particularmente desde ayer tarde acá, está muy recobrado y en disposición de que dicen se vestirá con brevedad. Bien puede considerarse, respecto de ser la hora de entre una y dos esta novedad, el ahogo que causaría a todos y con más razón el de oírse públicamente que era originado de uno que había tenido S. M. con la Reina, por haberse reformado el regimiento que está en Toledo, a consulta del Consejo de Estado, por experimentar el consumo de caudal tan grande que había con él, porque enteramente gastaba la consignación de los 300.000 ducados que gozaba la Reina madre, que Dios haya, y sólo ha quedado en forma de tronco, con un Comisario general, el cual no está nombrado, y como si estuvieran alojados en otra parte; habiendo quedado los sueldos de Coronel y Tenientes y otros muchos que había, con que el Príncipe de Darmstadt, el Conde de Urs y otros muchos han perdido este beneficio, y aun se dice que el Virreinato de Cataluña le durará poco, pues asegura que importa 150.000 doblones lo que se ha jugado, demás del vicio que suelen tener los de su nación.

Dícese que se ha de formar una Junta, así para separar al Rey de la Reina, que es lo que aseguran todos le hace más daño, como para el Gobierno, y que habrá otras muchas novedades, que si fuere así se irán participando.

El tiempo es admirable, pues ha llovido y llueve muy bien, de calidad que todos dicen que no se ha visto otoño como él, y bien es menester para las muchas viruelas que hay, enfermedades y muertes repentinas, pues sólo anteayer hubo tres, que fueron el Contralor del Rey don Bernabé de Ochoa, quien estando poniendo una resolución del dinero, se quedó sin podérsele apretar una

mano, dentro de Palacio; un archero de la platería y un comediante. Dios nos favorezca y mire con ojos de misericordia, como puede, sobre el punto de la sucesión. Se ha mandado a don Juan Lucas Cortés, del Consejo de Castilla, escriba declarando el derecho de los pretensores; modo admirable y de gran oposición a las fuerzas de que estamos rodeados.

El pan se ha bajado con motivo de las aguas y lo mismo ha sucedido en la cebada, paja y otras cosas que tenían precio excesivo."

Si fecha (1).

Ariberti al Elector Palatino (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Tampoco esta vez tiene nada bueno que referir y menos esperanza de realizar su deseo de marchar cuanto antes. Ha estado ocho días en cama con un pie hinchado, como lo tuvo cuatros años atrás, y recibió con ese motivo la visita de Grandes y Ministros. Aunque arrastrando la pierna, puede ya salir de casa. Está visto que el clima de Madrid no le prueba.

Ha habido un nuevo incidente con el Embajador cesáreo. Parece ser que el de Francia se alojó en Palacio algunos días antes de su entrada pública, como se estila hacer cuando los diplomáticos lo piden, pues también a los escandinavos se concedió. Generalmente no lo solicitan para ahorrarse las propinas a los criados de Palacio, que ascienden a unas cien doblas. Harrach, que no lo había pedido cuando vino, quiso obtenerlo antes de su marcha y se le contestó que la costumbre se practicaba únicamente con los recién llegados, no con los que se iban, y que desde luego se haría así con el primer Embajador que enviase S. M. Cesárea. Le molestó la respuesta y mandó aviso al introductor de Embajadores que si no se había señalado día para audiencia de despedida no se señalase, y si estaba ya fijada, se le excusase de asistir.

Hay que reconocer que el Embajador de Francia gasta el dinero a manos llenas para atraerse simpatías y disimular el mal efecto de los armamentos franceses. La escuadra de d'Estrées, que

(1) Debió de ser escrita en los primeros días de septiembre, a juzgar por su contenido.

está en Cádiz, parece ser que irá a Tolón, para tener pretexto de navegar durante un mes a lo largo de las costas españolas.

La voz del pueblo sigue temiendo mucho al fatídico mes de septiembre; pero persona bien informada le ha dicho que el Rey está mejor y que cuanto llueva se volverá a juntar con la Reina. También deben de creerlo así en la Corte, porque sube el crédito de la Berlips y del padre Gabriel, aunque aumentan también los celos entre ambos. Claro es que se juntan para impedir que se acerque a la Reina nadie más; pero es muy divertido ver cómo luchan entre sí. El les inciensa por igual y se ríe mucho.

Ha oído que se concedió una merced al Duque Moles, persona muy adicta a S. A. y excelente caballero que la Reina debería hacer nombrar Embajador en París, para tener allí un servidor fiel y capaz. De todos modos convendrá vigilar la rivalidad entre los dos favoritos de la Reina, porque podría llegar a ser peligrosa. Del tercero (el Almirante) no habla, pues supone que es quien intercepta las cartas. Ha recibido por conducto de la Berlips dos, que tienen fecha 3 de agosto y que formaban parte del paquete de la Reina.

Pide en la primera que S. M. trate amablemente al Embajador de Francia, y no es necesario hacerla esta recomendación, porque la practica con gran habilidad e incluso ha conseguido disipar las quejas de la Embajadora alemana a fuerza de repartir equitativamente sus favores, aunque la Harrach, que estaba acostumbrada al monopolio, siga descontenta y se lamente privadamente, en su casa y en la de su suegro, de las atenciones que se tienen con la Harcourt.

Lejos de reprenderla S. A. debe escribirla loándola y ofreciéndose a ella para asistirla incluso con dinero, si llegara a hacerla falta, para que su conducta contraste con la de los dos Harrach El la ha hecho saber, por conducto de sus dos criaturas, que es la hermana favorita del Elector, con lo cual está muy satisfecha.

En una audiencia que tuvo recientemente, en que S. M. se le mostró afabilísima, halló oportunidad para sugerir cuán menester había el Príncipe Carlos Felipe de que la Reina de España y la Emperatriz asegurasen de algún modo su situación, no sólo por

tratarse de un hermano de entrambas, sino porque bien recientemente había mostrado el gran cariño que profesaba a doña Mariana. Prometió éste escribir sobre el asunto a la Emperatriz en el próximo correo y no dijo palabra referente a la cesión de Neoburgo.

Está ya preparado el envío a S. A., que es tan voluminoso que no puede confiarlo al correo; van dentro el bálsamo y el ámbar.

Esta y tantas otras pruebas más, acreditan cuánto le sigue queriendo su hermana; pero se atreve a aconsejarle que procure evitar en su correspondencia todo lo que pueda parecer reproche, porque a la Reina le duelen mucho, juzgándolos siempre inmerecidos. No en carta a ella, pero sí a la Berlips, debe de haber escrito S. A. algo que produjo mucha pena a S. M. cuando lo leyó. La Berlips le ha prometido enseñarle la carta para que conozca el motivo. Si se atreve a hacer esta indicación no es porque opine que el Elector ha de abstenerse de aconsejar a su hermana, sino porque cree más eficaz que se entienda directamente con él, comprometiéndose a hacer llegar a la Reina, oportuna y discretamente, cuanto desee S. A. que ella oiga. Además debe enviarla regalos con frecuencia.

En el lugar de S. M. se jactaría él de no prestar oídos a sus inferiores; pero hay que aceptar a las gentes como son; por eso le ruega que pruebe este sistema durante seis meses y si resulta equivocado descargue su enojo en él. También la Berlips coincide con él en que este es el único camino para conseguir algo de la Reina.

Como la audiencia pública se retrasa por el estado del Rey, ha comenzado a entregar las cartas que traía para Ministros y diplomáticos. Los Embajadores cultivan su trato y él procura mantenerse equidistante de todos, aunque no está seguro de lograrlo durante mucho tiempo, porque no se siente con gran vocación para este oficio que ahora desempeña. Antes de intentarlo tenía mejor idea de sí mismo; lo que no ha perdido es la voluntad de cumplir lo mejor posible. Mientras se normaliza su situación se valdrá de la Berlips.

Le hace mucha falta un secretario, porque no encuentra ninguno de quien se pueda fiar. La única ventaja de su alojamiento

es que le resulta más grato que las pestilentes calles de Madrid, y apenas sale de casa.

La Reina pregunta incesantemente cuándo llegarán las vacas.

Al Príncipe de Darmstadt se le han enviado 2.600 doblas, que no le servirán de gran alivio.

El Embajador de Francia hará su entrada pública el próximo sábado, y el lunes tendrá el Conde de Harrach su audiencia de despedida, que ha vuelto a solicitar. Pocos días después entrará públicamente su hijo.

La Reina ha regalado al Marqués de Harcourt un hermoso alfiler dando esto ocasión a no pocos comentarios.

Le envía un papel sobre el asunto de la sucesión, que termina preconizando al heredero francés. No le traduce por falta de secretario, pero S. A. tiene a su lado al Conde de Bene, que es un intérprete inmejorable.

Tuvo el viernes larga conversación con el Nuncio, que es buen servidor de S. A. y podrá serle útil cuando se trate con Roma el asunto del Palatinado.

Se está acabando el vino de la Reina. Podría S. A. enviar cuatro toneles para ella, y otros dos para la Berlips y el padre Gabriel, a quien sólo con el anuncio se le alegran los ojos.

Bertier sigue dándole muy buenas palabras acerca de la excelente disposición del Elector de Baviera. También la Reina le prometió influír con el Rey para la mejor defensa del Luxemburgo. De los demás negocios no le puede hablar todavía, porque, según la Berlips, no es momento oportuno.

La opinión más general en España es que el sucesor de Carlos II será el Príncipe Electoral bávaro; pero en Flandes creen que lo será el francés, porque solo así estarán defendidos. Algún día descubrirá a S. A. quien fué el verdadero causante de que no le dieran a él, sino al bávaro, el Gobierno de los Países Bajos españoles; desde luego no fué la Reina, pero no quiere revelárselo todavía por no encizañar (1).

Se esfuerza en convencer a la Reina de que no es verdad que el Elector la haya perdido afecto, que la es tanto más necesario cuanto que no lo halla en los Emperadores. S. A. puede ayu-

(1) Alude evidentemente al Emperador.

darle en esta tarea enviando a menudo, no regalos deslumbrantes, pero sí muchas chucherías, porque también en España los *petits cadeaux entretiennent l'amitié*. Como ve, no le pide imposibles, e ignora si obra cuerdamente en hablar tan claro; pero le da grima ver que aparezcan desunidos dos hermanos que en el fondo se quieren entrañablemente. Espera que S. A. no se lo tome a mal. En cuanto a la Berlips y al padre Gabriel, los hará suyos más que con sacrificios pecuniarios, con algunas atenciones.

Le remite la carta de la Reina recomendando a Raimondi al Príncipe de Vaudemont.

Entre los regalos que le envía S. M. piensa incluír algunos grabados de Jordán, que en España valen mucho. No los ha visto aún, pero si no le gustasen procurará que se cambien por otra cosa.

Tampoco ha tenido ocasión de ver el cuadro que pretende el Gran Duque de Toscana, pero duda que lo pueda conseguir porque está adornando, desde hace mucho tiempo, un gran lienzo de pared de una amplia cuadra, y llevárselo parecería un robo. Le ha propuesto, por conducto de su Enviado en Madrid, que haga pintar a Jordán otro del mismo tamaño que ese del Veronés, para que lo vea el Rey cuando esté concluído. Si le halla entonces de buen humor es posible que se consiga reemplazar uno por otro, y en el peor de los casos se quedaría el Gran Duque con el cuadro de Jordán.

Se le olvidó referir en su última carta que el Enviado de Toscana tiene orden de ayudarle en todo. Acaso convenga que S. A. dé las gracias al Gran Duque.

Madrid, 11 septiembre 1698.

El mismo al mismo. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Era su propósito aguardar las cartas de S. A. para escribirle de nuevo, pero tiene que comunicarle algo de tanto interés que quizá hubiera debido enviar un correo expreso, no sólo para que lo supiese pronto sino para que pudiese enviarle las oportunas instrucciones, que son tan urgentes.

No hace todavía dos horas que recibió aviso de que acudiese a una determinada iglesia, y habiéndolo hecho, encontró allí a persona que debe de ser de la intimidad del Almirante. He aquí lo que le dijo: El estado de España, el del Rey y el ánimo del país han convencido al Almirante de la certeza del triunfo de Francia, y la devoción que profesa a la Reina le mueve a desear que se reconcilie con el Rey Cristianísimo, que si no es un enemigo la mira por lo menos con gran indiferencia. Como no es posible perder tiempo, ha buscado la persona más adecuada para servir de intermediario con el Embajador francés y ha creído que nadie como él (Ariberti) podría llevar esta gestión. La Reina sabe todo esto, pero no la Berlips, de quien no se fía el Almirante, ni aun el padre Gabriel, de quien se fía algo más.

Contestó que no se le ocultaba la trascendencia que podría tener cualquier paso que en este sentido diera y que no estaba dispuesto a iniciarlos sin instrucciones de su señor; que el camino más derecho habría sido que la Reina se lo comunicase directamente, sin perjuicio de hablar él después con el Almirante; que en las condiciones en que el asunto se planteaba, le era indispensable aguardar las órdenes de S. A.

Cree haber acertado obrando así, porque es menester averiguar si en efecto está conforme la Reina, si lo está el Elector, y aun si la pesrsona que le habló venía, en efecto, de parte del Almirante. Obedecerá lo que se le mande, y si la Reina le habla no la ocultará que ha escrito a S. A. Pero le ruega por Dios que conteste pronto.

Madrid, 11 de septiembre de 1698.

El mismo al mismo. (En italiano.)

Ibid.

Esta carta no alcanzará al correo; pero, en realidad, no tiene nada que contestar porque no ha llegado aún la carta de S. A. que esperaba en contestación a su despacho del 17 de julio. Ignora si es culpa del correo o retraso en escribir por haber salido ya S. A. para el viaje que proyectaba. Tampoco del Residente Columbano tiene noticias.

El Rey ha reanudado las audiencias y sale a diario, lo cual

no impide que haya gentes, y aun algún médico, que pronostiquen su próximo fin. Sabe de buen origen que tiene todavía el pulso muy intermitente. Pero produce espanto advertir la despreocupación general.

En postdata. La Reina impacientísima por el retraso de las vacas; esperaba ocasión para enviar el bálsamo y ha aprovechado el regreso a Flandes de un tal Falconier.

Madrid, 12 de septiembre de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 59/14.

No pudo darle cuenta por el correo anterior del accidente ocurrido al Rey el 29 de agosto, porque estaba él mismo en cama a consecuencia de súbita y violenta enfermedad; pero de seguro sabrá por la Reina lo ocurrido, y aun a riesgo de repetir lo que no ignora, pasa a darle cuenta detallada del caso.

Al sentarse el Rey a la mesa el día mencionado se notó inapetente y con propensión a las náuseas por causa de algun vapor maligno o ventosidad que se le había subido a la cabeza. Se acostó sin probar bocado y tuvo por tres veces consecutivas un breve desmayo, lo bastante intenso, a causa de su débil complexión, para hacerle perder el uso de la palabra, el movimiento y el sentido. Añade el médico que le asistía que tuvo luego convulsiones de brazos y piernas y torcedura de ojos y boca. Creen todos que se trata de una especie de epilepsia, que no sería muy grave si no fuese unida al desfallecimiento del corazón y del pulso, al sudor y frialdad de las extremidades, porque el síncope en persona de su edad es harto más alarmante y peligroso que el mal caduco cuando se presenta a menudo sin causa que lo justifique.

Hay que confesar que este ataque produjo en la Corte indescriptible consternación, causada principalmente por la actitud de los médicos, que en aquel caso como en otros anteriores, comenzaron por desesperar, sin disimularlo a los de afuera, muchos de los cuales, afectos a Francia, lo divulgaron por todo Madrid; entre estos amigos de Francia los hay que temen el poder del Rey Cristianísimo, y otros que culpan a los alemanes que aquí viven de perturbar la marcha de los negocios, tal como

los consultan los Consejos, para medro de sus particulares intereses, y suponen que este daño se agravaría hasta lo intolerable caso de ocupar el trono un Príncipe de su nación. El propio Conde de Harrach confiesa que el Emperador tiene en España muy poco partido.

Este Conde se despidió la víspera de Sus Majestades para regresar a Viena y el populacho tuvo la insolencia de mostrarle su sentir cantando el *De profundis* a la puerta del Alcázar y yendo luego a entonar el *Te Deum* ante la residencia del Embajador francés. Este, satisfechísimo en el fondo, aunque muy contrariado en la apariencia, los dió las gracias, rogándoles que se marcharan para que no se pudiese creer que deseaban la muerte de su Rey, a quien Dios concedería de seguro largos años de vida.

En realidad, está ya bueno y hace la vida de antes, preocupándose los médicos del medio de evitar nuevas recaídas, pero es lastima que algunos de ellos sean tan rutinarios que no se convenzan de que S. M. necesita el vino tanto como el pan.

Fácilmente comprenderá S. A. la consternación de la Reina, que contempla la vacilante salud del Rey, rodeada de general animadversión. Pero su heroica magnanimidad la hace dominarse con una discreción inefable.

Madrid, 12 de septiembre de 1698.

Bernardo Bravo a Prielmayer.

A. H. N. Estado. Leg. 2907.

"He recibido vuestras dos cartas de 22 del pasado, y las que remitisteis, que entregué a las personas a quienes venían encaminadas, acompañándolas con las insinuaciones e interpretaciones conformes a su contenido. Espero que reconoceréis por las respuestas el cuidado con que he procurado apoyar las intenciones de vuestra Corte. Ojalá se me informase siempre con igual claridad del ánimo de S. A. E., porque en cuanto a la ejecución, por dificultosa que sea, me parecerá de rosas y flores; y si suelo encontrar espinas, éstas las más veces nacen solamente de las dudas e incertidumbres que causa la distancia que nos separa. Las

ocasiones precipitadas hacen peligrosas las experiencias. Nada me amedrenta que este tan terrible como verdadero aforismo, que no os toca menos que a mí, pues juzgo de que también vosotros estáis bastantemente mortificados e inquietos experimentando la maldita flema de Pedro Hernández. Este refrán me parece que se puede aplicar al Rey Guillermo, pues estamos pendientes de sus tardías determinaciones, no dándonos poco en que pensar los desvios de que se vale para diferir el darnos a entender con segura realidad que las esperanzas que fundamos sobre su asistencia son, en efecto, algo más que sueño e ideas imaginarias.

Tengo muy presente la que dió a Scarlati diciéndole que le hablaría cuando hubiese llegado a El Haya; considero las dilaciones que interpone para abocarse con S. A. y la confianza con que los Embajadores del Emperador procuran persuadir en esta Corte que el Rey de Inglaterra y los holandeses están a su favor, esforzándose sobre este supuesto para alcanzar del Rey Católico una declaración por el Archiduque Carlos o por su hermano mayor, habiendo, finalmente, dejado a la elección de este Monarca el que sea uno de los dos para la sucesión de España. Todo lo cual me confirma más en la sospecha que os insinué antecedentemente de que, no obstante todas las buenas palabras del británico, reiteradas con diversas expresiones, y las que milord Albermale hizo a Scarlati, quieren dar largas y declararse lo más tarde que pudieren, así para ir reparando sus fuerzas y juntar dinero antes de volverse a empeñar en una nueva guerra, como para dar tiempo a S. M. Católica de declararse, ahora sea por el Emperador o por el señor Príncipe Electoral, para con más seguridad arrimarse al partido de cualquiera de los dos que el Rey de España y este Gobierno llamasen, dando entretanto largas a las negociaciones de estos dos pretendientes, y aun a las del Embajador de Francia en la Corte, para que viéndose S. M. Católica apretado por la Francia, se hable al británico, haciéndole de algún modo árbitro de esta importante contestación, por cuyo medio puede el Rey de Inglaterra prometerse mayor gloria y mayor utilidad que declarándose de suyo y dejando descontento al Emperador o a S. A. E., como sucedería si se declarase por cualquie-

ra de los dos; siendo su ánimo contemplar con ambos y tenerlos unidos contra la Francia, para que ni el uno ni el otro tenga inteligencia con ella, pues se ha experimentado que todas las fuerzas juntas de los aliados apenas han podido resistir a aquella potencia en la última guerra y serán muy necesarias en la que se causase por la sucesión, que no podrá dejar de ser muy larga. Pero si el Rey Católico y las Cortes se declarasen de suyo a favor de uno de los pretendientes, entonces podría el británico con los holandeses y sus adherentes juntarse con el partido del que se hubiese elegido, sin que el otro tuviese motivo de legítima queja, en consideración del bien público de la Europa y de la dificultad que se ofrecería si se hubiese de pelear al mismo tiempo con los franceses y por otra parte con los españoles para reducirlos a sujetarse a un Príncipe cuya dominación no sería de su agrado, y contra quien ya se hubieran declarado. Demás de que el Rey de Inglaterra, informado de las discusiones intestinas de esta Corte y de las facciones que se forman a favor y en contra de los diferentes partidos, tocante a la sucesión, puede creer que aumentándose más estas desuniones paren en algún público desorden, de que resulten para el británico coyunturas favorables a sus conveniencias y para hacerse necesario; porque no se debe dudar que así aquel Príncipe como los holandeses llevan dos fines en este gran negocio: el uno, de hacerse árbitros; el otro, de aprovecharse de la ocasión, que no se ofrece cada día, de agarrar algún pedazo, particularmente de las Indias, sobre cuyo puesto bien pueden secretamente estar de inteligencia con la Francia para partir entre ellos aquella gran porción, sin que nadie se lo pueda embarazar; y para llegarlo a efectuar, ¿quién nos asegurará que aquellas potencias no hayan convenido ya en el reparto de la sucesión y que Portland no haya ajustado o por lo menos tomado el pulso a la Corte de Francia sobre este punto? Asimismo, si ingleses y holandeses no se declararen ni a favor del Emperador ni de S. A. E., tampoco parece que S. M. Católica se atreva a declararse, viéndose asediado por mar y tierra de las fuerzas de Francia, en riesgo de perderse si a su declaración no precediere la garantía y la seguridad de las fuerzas y asistencias del Rey de Inglaterra y de los holandeses a favor del que fuese

elegido; y ¿qué haremos si el británico y los holandeses aguardaren por su parte a que primero se declarase España? Sin embargo, este es el verdadero estado en que nos hallamos y lo que debemos tener presente; y entretanto está la Francia en disposición de aprovecharse de las contingencias que pueden sobrevenir; con que el Rey está perfectamente recobrado después del último accidente, y ha salido ya algunas veces al paseo, habiendo también dado ayer audiencia de despedida al Conde de Harrach, viejo, y para el lunes que viene ha señalado la primera pública al Embajador de Francia, que tiene de tal modo contraminada esta Corte que no hay quien la conozca; la mayor parte del Consejo de Estado parece que ya se inclina hacia aquel lado, y aun entre ellos se cuenta al Cardenal; es verdad que hay un partido por el Príncipe Electoral, que sería muy considerable si viese que ingleses y holandeses se pusieran en estado de apoyarle, enviando desde ahora alguna escuadra a las costas de España, pero ¿qué forma habrá para inducirlos a tomar esta resolución?, que sin ella se va poco a poco entibiando el fervor de los afectos; y como acá se descarta la pretensión del Emperador, la Francia va ganando terreno, y ya por miedo, por dinero o por caricias lo arrastrará finalmente todo a su partido, mientras el Rey de España y el de Inglaterra estuviesen suspensos, sin determinarse ninguno de los dos a propalar primero su ánimo, tratando el británico igualmente al Emperador y a S. A. E. y entreteniéndolos con buenas esperanzas. Sin embargo, no hay otro partido seguro para S. A. E. que el de valerse del apoyo de ingleses y holandeses, o sea por el todo o por la parte, cultivando al mismo tiempo la buena voluntad de S. M. Católica, sin descuidarse con la Reina, arraigándose cuanto más pudiere en los Países Bajos, atrayendo con agasajo a los españoles, y procurando descubrir radicalmente hasta dónde se puede hacer cuenta de la amistad del Rey de Inglaterra, y qué medidas quiere aquel Príncipe que tome S. A. E. en orden a la sucesión. Este es el blanco a que debe encaminarse toda la destreza y la política de S. A. E., que también debe estar muy prevenido de todo, antes de abocarse con el británico, prometiendo un secreto inviolable y ofreciendo enviarme orden expresa para que yo no dé paso que no sea en conformidad de

las influencias de Schönberg, que será el único a quien se confíe el secreto del británico.

Además, es preciso deliberar qué partido podrá hacer S. A. E. a ingleses y holandeses para empeñarlos en sus intereses, aventajados los de aquellas potencias, y exhortados a prevenirse antes que llegue el golpe, si no quisieran ver triunfar la Francia. En cuanto al Emperador, poco importa que repita ofrecimientos ni instancias, pues aquí se obstinan en no querer al Archiduque Carlos ni a su hermano mayor; y cuanto más terreno pierde la Corte de Viena tanto más lo va ganando la Francia. Pero si quisiese el Rey de Inglaterra podría haber forma de traer acá de un modo o de otro al Príncipe Electoral. La Reina ofrece en orden a esto hacer maravillas y milagros. El Almirante promete separadamente por su parte contribuír a este fin, pero cada uno quiere ante todo descubrir el ánimo de S. A. E., sus fuerzas y sus amigos, y sobre todo quiere cada uno descubrir y hallar sus propias conveniencias, que es punto sumamente delicado y peligroso, y por otra parte, no haciéndose nada, la Francia toma el vuelo superior y se llegará tarde.

Con expreso responderé a la carta de S. A. E. del 22. Tocante a Oropesa, que está convaleciendo de una calentura, por cuya razón no he podido verle, sería bien escribirle sobre su convalecencia, y a todos los Consejeros de Estado sobre la del Rey. Este consejo es de un amigo de la Berlips para que facilite el ajuste de Schönenberg. Este será un gran paso para los intereses de S. A. E. Otro amigo de S. A. E. le suplica repare de quién hace confianza y sepulte en el más profundo secreto sus noticias, porque todo vuelve acá. El Abad Palavicini me ha escrito, pero yo no hablaré a Leganés sin orden expresa de S. A. E. ni es este negocio para la presente constitución. Aquí corren papeles y discursos de pueblo en orden a admitir al hijo segundo del Delfín, que es lo que desea la mayor parte de Madrid, suponiendo que por este medio quedará la Monarquía en el estado en que está, sin ninguna incorporación con la Francia. No puedo formar mal juicio de Bedmar por su consulta; hasta ahora no se ha visto este negocio en Estado, donde temo las influencias del partido de Francia para dejar desamparado a Flandes como a

Cataluña. Si aquí se deja probaré el tratado hecho con holandeses por las municiones; serán de gran consuelo los ofrecimientos que S. A. E. de Colonia ha hecho al Príncipe de T'Serclaes. He hecho lo que debo con motivo de la carta de S. A. E. para la Reina, tocante a los 600.000 pesos; la Reina se empeñará de veras para este fin, sin olvidar la pretensión del Conde de Arco, que según la voz común tendrá un ilustre colega, diciéndole que se pedirá el Toisón para el hermano segundo del Duque de Borgoña."

Weinheim 12 de septiembre de 1698.

El Elector Palatino a Ariberti. (En italiano).

St. A. K. bl. 83/7.

Con lo que le cuenta no le sorprende la popularidad del Embajador francés ni las antipatías que se captan los alemanes, con grave daño para el Emperador. La avaricia es un vicio funesto en una nación tan pródiga como España.

No parece que sea muy oportuno el momento para mantener el pleito sucesorio estando la Reina tan poco decidida, y vale más esperar a otra ocasión. Celebra la cordialidad de relaciones entre la Reina y los Embajadores de Francia, ya que la mejoría del Rey hace innecesario declararse más por la Casa de Austria. También él tiene que mantener relaciones con todos los litigantes; de modo que no debe hacer pública su opinión en el pleito sucesorio, limitándose a averiguar las de los demás.

Esa misma convalecencia del Rey permite también demorar las prevenciones que se hayan de hacer para asegurar la persona de la Reina, porque anticiparlas podría producir pésimo efecto, así en el ánimo real como en el de los Ministros y el pueblo.

Le encarga que averigüe a qué causa obedece la frecuencia de los correos entre Madrid y Lisboa.

Ha de dar gracias a Harcourt, en su nombre, rogándole que continúe prestándole sus buenos oficios, que hasta ahora no dieron el resultado apetecido. Según el texto de Rijswijck, no está obligado a pagar sino en un plazo de seis meses después que se

le devuelvan todos los papeles de Estado. Esta condición no se ha cumplido y la Duquesa de Orleans le exige el pago inmediato.

Las vacas destinadas a la Reina se embarcarán en Ostende y también están en camino los coches que se compraron en París. Irá el vino. Ha contestado cuerdamente en el asunto de las perlas y se fía de él para la elección de los caballos.

Bruselas, 22 de septiembre de 1698.

Extracto del Diario de Prielmayer. (En alemán.)

St. A. K. schw. 343/18/11.

Se ha recibido carta del Elector de Colonia, trasmitiendo lo que le refiere el Barón Maurice desde París sobre el asunto de la sucesión de España. La ha enviado a Marimont, donde se halla Su Alteza el Elector de Baviera.

Madrid, 26 de septiembre de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

No ha ocurrido nada nuevo desde la anterior si no es que la Reina tiene estropeado el estómago por la irregularidad de la vida que lleva. El Rey le habló del asunto encargándole que la pusiera a régimen. Le contestó que el único modo de que comiese y durmiese normalmente era que volviese a hacer vida común con él. Prevé que sobre esto habrá consulta de médicos.

Llegó de Indias la flotilla que trajo más dinero que la grande. El Embajador de Francia ha hecho su entrada pública con diez carrozas, veinte lacayos y seis pajes, vestidos de oro y grana. Tuvo que dar un rodeo porque la multitud había invadido las calles del itinerario habitual.

Harrach está para salir. Su carroza de gala es hermosísima y tiene cinco coches más, por lo menos, diez y ocho lacayos y ocho pajes ricamente vestidos a la española. No asistió a la entrada del francés, aunque estuvieron el Nuncio y el de Venecia.

Se han reducido a la mitad las franquicias de los Enviados, que eran 2.400 escudos al año, porque la mayor parte de ellos no se

ocupaban sino de vivir bien. Parece ser que Ariberti no piensa quedarse mucho tiempo en Madrid. Lo comprende, porque sólo por obediencia lleva él diez años en esta Corte.

Madrid, 26 de septiembre de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Está muy sorprendido por no tener contestación a ninguna de las diez cartas que escribió desde su llegada a Madrid, remitiéndolas por conducto de Columbano, que está en Bruselas o de Bellavo que se halla en Lieja. Los negocios no marchan por falta de instrucciones y sería el colmo de su desgracia hacer incurrido en la del Elector, pero no cree que por estar S. A. descontento con él se castigue a sí mismo.

Llegará de un día a otro el Archimandrita y, según se le ha hecho decir, nadie está más indicado que él para representar en Madrid al Elector Palatino. Por su parte no tiene inconveniente ninguno en cederle el puesto, ya que no puede competir en influencia con un hijo de la Berlips. No le conoce, y se limita a trasmitir lo que llegó hasta él, confiando en que S. A. comprenderá que no puede excusarlo.

Llegó felizmente la flota de Nueva España, pero lo que trae no basta para cubrir todas las necesidades presentes.

Había olvidado trasmitirle el encargo de la Reina para que reconvenga al Príncipe de Darmstadt (1) por tener junto a sí personas como el abate Ballerini. Dice S. M. que la conducta del Príncipe es deplorable. Le está queriendo procurar un alto cargo eclesiástico, pero su desordenado comportamiento puede ser un gran obstáculo para su carrera.

Madrid, 26 de septiembre de 1698.

Bernardo Bravo a Prielmayer. (2).

A. H. N. Estado. Leg. 2554.

"No me es posible responder a la carta de S. A. E. por falta

(1) Se refiere al Príncipe Alejandro, hermano de Jorge, virrey de Cataluña.

(2) Véase *Revista de España,* t. 125, págs. 462-465.

de tiempo. Acabo de volver a casa de mil diligencias que he hecho, relativas al contenido de dicha carta, que me ocuparon sin darme la menor tregua, después del arribo del dicho correo de Flandes. Por más que mi aplicación procure sondear el vado, no hallo dónde sentar el pie, habiendo más hondura de la que se pensó.

El que supo insinuar a S. A. E. que era cosa fácil e infalible, tenía el incensario en la mano y no conoce o no se acuerda del terreno de esta Corte, donde nada de esta calidad ha podido arraigarse durante este reinado, ni se arraigará probablemente si no es a tiempo de la última extremidad. Me deshago viendo que no me queda lugar de poderos informar de todas las particularidades.

Me será posible despachar para este efecto un expreso como lo haré cuanto antes. Entretanto no puedo dejar de advertir que importa el que S. A. E. recoja con toda maña el arcano que por desgracia ha confiado a Berjeick, acerca de tratar con la Reina, lo que ha echado a perder todo el negocio, porque ni la Reina ni la Berlips no quieren por ningún modo que ese Ministro entre en este negociado, no fiándose de él; y él para introducirse por la ventana, ya que no puede por la puerta, escribió en cifra al Almirante descubriéndole todo el misterio, ofreciendo emplearse en esto a satisfacción de la Reina y aunque suponga que esta carta la haya escrito Berjeick de acuerdo con S. A. E., no por eso deja de dar motivo a la Reina para inferir el poco fundemento que se puede hacer del secretario de S. A. E. y de desacreditarle para la dirección de grandes negociaciones. Mi mayor curiosidad consiste en el deseo de saber con certeza quién de los dos, S. A. E. o Berjeick, fué el primero que propuso el escribir al Almirante. Sospecho que el Almirante haya movido a Berjeick a tratar sobre esto con S. A. E. Sea lo que fuere, todo el proyecto de la Reina ha mudado con este motivo de semblante. La Reina y la Berlips temen al Emperador, y no quieren que intervengan tantos cocineros para hacer un mal guisado. La Berlips no quiere oír lo que yo tenía orden de decirla; pude con gran dificultad sosegarla; pero finalmente conseguí el que se contentase con la palabra que la di de que S. A. E. excluiría absolutamente a Berjeick de esta negociación; para que la Ber-

lips vuelva a entrar en ella es menester que el capuchino y el Almirante intervengan en la manipulación y que para este fin me envíe S. A. E. el poder necesario que se hace mención en la carta de la Reina, que tiene esta señal, †, la cual reservé mucho tiempo para enviarla con expreso cuando la materia hubiese tomado más cuerpo. Arora es menester volver al A. B. C. y fingir que yo partí de carrera en dar ligeramente crédito a la Berlips, que ahora habla en otro tono, ganada de nuevo por los Embajadores cesáreos, y que soy de sentir que no puedo ya fiarme de ella; que tampoco quiere S. A. E. tratar con personas inconstantes y mudables ni exponerse al riesgo de perder la buena voluntad del Rey, en que funda únicamente todas sus esperanzas. El Almirante no responderá a Berjeick con este correo, y con el que viene escribirá en términos de Ministro, que no serán ni carne ni pescado. Esto es lo que hoy quedé con la Berlips, que halla el negocio bien escabroso, respecto de la pretendida inclusión del capuchino, por saberse que siempre ha sido sumamente afecto al Emperador. Berjeick no está tan bien puesto aquí como se piensa en esa Corte. Ahora es preciso resolverse a deslumbrarle de esta negociación o a despedirle del todo, porque no se tratará nada siendo él sabidor. S. A. E. verá la carta de la Reina de la fecha de hoy. Siempre me dan buenas esperanzas de los 600.000 ducados y del ajuste de Schönberg, a que me aplico como el punto más importante de todos. S. A. puede vender esta fineza al Rey de Inglaterra y a los holandeses; y si Dios quiere que esto se componga por medio de la Reina o de otro modo, espero que las cosas se pondrán de mejor semblante, no pudiendo ser peor el que hoy tienen; aunque confieso que se hubiese empeorado si yo no hubiese dado pasos a tiempo, siendo uno de los frutos de mi desvelo el suceso del punto de las municiones, que no me costó pocas diligencias, porque la Corte de Francia da grandes influencias a la de Madrid; pero si el Rey de Inglaterra está en favor de S. A. E., siempre me mantengo con buenas esperanzas.

El Embajador cesáreo hace todo lo posible para que aquí se admita la renunciación de la señora Electriz (que Dios haya) y para conseguir el que se permita al Emperador que trate con Su

Alteza tocante a la sucesión, y que S. A. E. envíe para este efecto Ministro a Viena. Yo voy contraminando esta pretensión, y espero que el Conde de Harrach, viejo, no llevará consigo ninguna de estas ventajas. Lo que temo es que, cansándose la Francia de esperar y aguantar tan grandes gastos, pida al cabo una resolución con las armas en la mano. Importa al Rey de Inglaterra atender a esto; y S. A. E. debe valerse de todos los medios imaginables para empeñar al británico en su partido, privativamente al Emperador. Será dificultoso que el Rey Católico se reduzca a tomar resolución definitiva mientras la Francia estuviese a la puerta y que se ignorase el ánimo del Rey de Inglaterra, ni tampoco se explicará el de Inglaterra mientras no fuese sabidor de la intención de S. M. Católica.

He recibido el retrato, pero todo echado a perder, por haberse quebrado la caja en la valija. Conviene enviar otro, y aun otros muchos, si se pudiese.

Volveré a las instancias para las asistencias con motivo de haber arribado la flotilla, pero sucederá lo mismo que antes.

Os vuelvo a remitir las letras de crédito de Mr. Bombarda, que cuando me las enviasteis eran de 40.000 ducados y os restituyo 29.000, de suerte que son 11.000 ducados de que me he valido, con cuya suma y algo más se ha movido toda la gran máquina durante el tiempo de cerca de tres años. Sería bien que se me enviasen otras letras, porque a la hora de ahora me hallo solo con 43 pesos. En virtud de orden me fué preciso enviar cerca de 9.000 el correo pasado, de que estoy muy arrepentido. Os suplico me patrocinéis para que S. A. E. se sirva aprobar los gastos de mi entrada, que hubiera excusado de buena gana si me hubiese sido posible. Os remito la adjunta de Schönberg, que es todo muestro. El Rey goza salud y se recobra más cada día."

Madrid, 28 de septiembre de 1698.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Como su padre se ha despedido ya oficialmente de los Reyes y lo está haciendo de los Ministros, para marchar a fines de se-

mana, comienza él a actuar de Embajador con este despacho, primero de la serie, que se propone integrar de este modo: enviará por cada correo tres cartas, una autógrafa, sobre los asuntos más delicados y secretos: otra en alemán, de mano de su Secretario, donde se hablará de los demás negocios públicos, y la tercera en español con las novedades de la Corte y demás noticias interesantes. Lo hará así, salvo contraorden de S. M. Cesárea.

El Rey sigue bien y toma a diario polvos de margravón, tratamiento que continuará durante dos semanas más. La propia Reina, en la audiencia que le concedió la antevíspera, se mostró muy poco esperanzada de que se realicen las promesas de los Ministros acerca de los armamentos nacionales y traída de tropas alemanas. Encareció él los daños que de esa informalidad podrían dimanar e insinuó que reconciliado el Almirante con el Rey y asistido como siempre del favor de ella, bastaba su voluntad para lograrlo. Replicó S. M. que el Almirante no omitía de tiempo atrás nada que estuviese en su mano, pero que quien tenía el encargo de buscar los medios necesarios, y en verdad se aplicaba a ello, era el Conde de Oropesa.

Por su parte no cree que se logre mejoría ninguna mientras no se remude la planta del Gobierno español. Prácticamente es Primer Ministro el Almirante, puesto que dispone de todos los nombramientos, tiene a su devoción a los Presidentes de Indias y Hacienda y maneja a su gusto las rentas reales, aunque sea para su provecho o el de sus partidarios. Se le ha entregado además una parte del Regimiento de la Guarda, confiriéndole el mando sobre ella sin sujeción al Consejo de Guerra, lo cual, por cierto, origina toda clase de comentarios y algunos peligrosos, porque se supone que lo va a completar con mil caballos y otros tantos infantes, para disponer a su antojo de toda esa fuerza. Es creencia general que ha subido demasiado alto para no caer pronto, y a esto ayudan cuanto pueden sus enemigos, que son muchos y muy encarnizados. Pero hasta ahora nada han conseguido en el ánimo de la Reina, tan absolutamente suyo, que por causa de él se entibiaron las relaciones que mantenía con los Embajadores alemanes.

Leganés, que sigue mostrándose ferviente austriaco y procla-

ma en alta voz su resolución de sacrificar a sus ideas vida y hacienda, estuvo a verle la antevíspera y le comunicó en secreto que Portocarrero, Monterrey, Benavente, el Duque de Escalona, el Conde de Santisteban y el Marqués de Valero, para no citar sino los Ministros principales, estaban convencidos, como muchos otros más, de que el nombramiento del Príncipe de Darmstadt para Cataluña, la formación del Regimiento de la Guardia, la designación de Vaudemont para Gobernador de Milán y cuanto se ha hecho últimamente, tiene la aprobación expresa de Su Majestad Cesárea, incondicionalmente identificado con la Reina, a quien pretende imponer, en cambio, el envío de los 10.000 hombres y la propiedad del Gobierno del Milanesado para el Archiduque Carlos. Se apresuró, claro es, a desmentir semejante especie, afirmando que ni su padre ni él supieron palabra de aquellas resoluciones hasta que se hicieron públicas, y que el Emperador ni enviaría tropas ningunas sin voluntad manifiesta del Rey Católico, ni insistiría en el nombramiento del Archiduque si no se estimaba conveniente. Leganés le indicó entonces la conveniencia de que su padre pusiese todo esto en claro con el Cardenal, antes de su partida, y le convenciese de que no estaba conforme con la política del Almirante. Pretendió también que, una vez encargado él de la Embajada, pidiese audiencia para comunicar al Rey su resolución de no tratar con el Almirante, por considerarle enmigo de la Casa de Austria, como lo comprobaba el hecho de estar impidiendo contra todos el relevo del Obispo de Solsona en la Embajada de Viena, y por atribuírle la mayor culpa en la ruina de la Monarquía, que se proponía evidentemente vender a Francia. Añadió Leganés que si él tomaba esa iniciativa del Cardenal y sus partidarios le secundarían, representando al Rey la verdad de la situación y pidiendo el castigo y destierro del Almirante, la Berlips y el padre Gabriel, para que se pudiese renovar la planta del Gobierno en la forma que España y la Casa de Austria habían menester, para que no se consumase su total perdición.

Le contestó que estaba en el fondo totalmente de acuerdo con él, pero que no podía hacer nada sin orden expresa del Emperador, porque no se le ocultaba, de seguro, el efecto que en la

Reina había de producir el paso que le estaba proponiendo, y ni aun era indefectible su eficacia, pues si se obstinaba ella en proteger al Almirante, la frialdad que ahora muestra hacia la causa austriaca se trocaría acaso en animadversión.

Leganés explicó entonces que nunca pensó llevar adelante su plan sin la aprobación de S. M. Cesárea, pero que estaba seguro de obtenerla si se informaba con exactitud al Emperador de cuanto estaba ocurriendo, cosa que se proponía hacer personalmente, escribiéndolo a Viena, sin perjuicio de que lo hicieran también él y su padre.

Aguarda, pues, las instrucciones necesarias; pero aunque opina como Leganés que el actual Gobierno español conduce a la Monarquía a su ruina, juzga no ya difícil, sino imposible, alejar de Sus Majestades al Almirante, la Berlips y el Confesor, tanto más cuanto que es asimismo parte del plan trazado por el Cardenal separar al Rey de la Reina durante algún tiempo, hasta que se hagan los dichos destierros, se reforme el Gobierno, se convoquen Cortes y se ajuste la sucesión. Cree que ni Su Eminencia ni nadie se atreverán a proponer al Rey tal cosa, cuando está más cariñoso que nunca con la Reina. De todos modos es asunto en que se ha de proceder con pies de plomo.

Se ha hecho Maestre de Campo al Conde de Urs, que fué Teniente coronel del Regimiento de la Guarda y es criatura del Almirante, con 500 pesos mensuales de sueldo, situados sobre la renta del tabaco. Don Diego Monroy pretende el regimiento imperial de Dragones que está en Milán, y salió por la posta hacia allá con cartas de recomendación de la Reina, el Almirante y el padre Gabriel para el Príncipe de Vaudemont; de manera que si no está dado ya, es seguro que lo obtenga. Se ha cumplido, pues, con él mejor de lo que se podía esperar.

La revocación del Obispo de Solsona fué consultada con el Consejo de Estado, donde la informarán favorablemente, porque todos los Consejeros están contra él a causa de habérsele nombrado sin el consentimiento de ellos. Pero no será fácil encontrar sucesor capaz, porque los que lo serían no aceptan. Según Leganés, Santisteban, Uceda, Villagarcía y él mismo irían con gusto a Viena si se modificase el Gobierno; pero mientras siga como

está no saldrá por ningún motivo de la Corte. Así, pues, la destitución del Obispo serviría tan sólo para que el Almirante colocase a alguno de sus partidarios, y se ganase poco con el cambio. Los más indicados son el Marqués de Sentmenat, que vino de Lisboa y pretende la Embajada en París, y el Duque Moles; el primero es un catalán bastante sensato, pero de corto linaje, malas costumbres, casado y con muchos hijos, y criatura del Almirante, como lo es también Moles, persona de vasta cultura, aunque de mediana familia y napolitano. No sabe de nadie que reúna todas las condiciones apetecidas. Si llega el caso procurará impedir que se nombre a alguno de esos dos.

Weimheim, 29 de septiembre de 1698.

El Elector Palatino a Ariberti. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Le agradece la sinceridad con que le habla de la actitud de la Reina, que desoye los consejos que como buen hermano se cree obligado a darla. Por eso mismo se guardará muy de bien de escribirla hablándole de los peligros que la rodean. Sobre tomarlo ella a mal, podría muy bien suceder que el odio del pueblo se trocase en simpatía de la noche a la mañana. Sólo él, que está proximo, podrá adoptar en cada caso las resoluciones a que haya lugar, debiendo persuadir siempre a S. M. de que cuenta con el afecto incondicional de su hermano, para quien sus intereses personales se anteponen a todos los demás, incluso los del Rey.

Vale más aprovechar el conducto de la Berlips y el padre Gabriel para actuar sobre la Reina, puesto que la influencia de ambos es decisiva y serán más fáciles de convencer. Los celos que los separan deben fomentarse para facilitar la tarea de utilizarlos en pro de la causa palatina.

Espera conocer el efecto de sus recomendaciones en favor de Carlos Felipe y de Moles; y quiere saber qué clase de persona es el abate Van Eyck. Ha dado orden a su ayudante para que esté dispuesto a salir hacia Madrid, en cuanto él regrese del viaje que está haciendo.

En postdata. No recuerda haber escrito cosa que pueda mo-

lestar a la Reina y le agradecerá que copie el párrafo de la carta a que se refirió la Berlips. En lo sucesivo se limitará a enviarla cumplidos y los regalos que según la indicación de él puedan agradarla. Discúlpele con ella por no poder escribirla con este correo. Lo mejor sería que no se fiase tanto de quienes la rodean y sí de su hermano, cuyos consejos la habrían preservado ya de no pocos laberintos.

---

29 de septiembre de 1698.

El mismo a la Condesa de Berlips. (En alemán.)

St. A. K. bl. 59/14.

Es evidente que ante la posible recaída del Rey urge tener previsto el plan de lo que más convenga a la Reina, caso de sobrevenir una desgracia. Se ofrece incondicionalmente; pero no puede ni quiere reemplazar a la clara inteligencia de la interesada, que de seguro acertará con lo mejor.

Es lamentable el fracaso de la misión del Conde de Harrach; pero, según cuentan, se ha de atribuír en no pequeña parte a sus propias equivocaciones. Nada de esto importa si el Rey sigue bueno y la Reina conserva el ascendiente sobre él, como es de esperar lo consiga, gracias, sobre todo, a los consejos que la Condesa la da.

Viena, 30 de septiembre de 1698.

Kinsky al Emperador. (En latín.)

W. S. A. Span. Corr. Fasz. 82.

Poco consoladoras son las noticias que comunica el Conde de Harrach en su carta de 14 de agosto.

El Rey sigue imaginándose con poder suficiente para gobernar por sí; la Reina persevera en el amor del Rey, y el Almirante en la confidencia de la Reina.

El Rey es incapaz de consejo propio o ajeno para esperar que las cosas cambien a mejor estado; obra más por impresión que por reflexión.

No quiere al Almirante, ni confía en el; pero no impide que la Reina hable y obre por inspiración de este favorito.

Propone como única medida capaz de favorecer a la causa imperial que el Cardenal Portocarrero se una al Rey en contra de la Reina, del Almirante y de la Berlips. Tal remedio podría intentarse, con la circunspección y cautela debidas, por el Conde de Harrach. Es indispensable emplear todos los medios posibles para reducir a la Reina al buen camino. Si esto no se logra, cualquier otro intento será vano.

---

30 de septiembre de 1698.

El mismo al mismo. (En latín.)

Ibid.

Las noticias poco consoladoras que comunicó el Conde de Harrach en su carta de 14 de agosto no sólo han sido confirmadas por otras de 28 de agosto, sino que las cosas han ido de mal en peor en muchas de sus partes.

Prosiguen la forma confusa del Gobierno español, la insensatez del Rey, el afecto inconstante de la Reina hacia él, aparentemente inclinada a la causa de Francia; los ministros, disidentes y atentos a sus cosas privadas más bien que a los cuidados del bien público; la Berlips, ingrata y corrompida, que en unión del Almirante goza del favor de la Reina, y, por último, la constitución enfermiza del Rey. En tales circunstancias y bajo tales consultores, poco hay que esperar del afecto del Rey hacia la causa austriaca.

Que Dios ilumine a ingleses y holandeses; porque si Francia prevalece, y en ella recae la sucesión de España, las potencias europeas se verían en constante amenaza.

Descendiendo a particularidades, recuerda lo que en otra ocasión ha propuesto: la sustitución del Obispo legado por el Marqués de Leganés, porque éste aprovecharía tanto a la causa del Emperador como el otro la perjudicaría.

Francfort, 2 de octubre 1698.

Boyneburg al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En alemán.)

W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

El Elector Palatino ha hecho una visita a la ciudad con ocasión de la feria de otoño. Permaneció allí varios días y salió la

antevispera con la Electriz y el Obispo de Augusta, hacia Darmstadt para regresar a Weinheim, donde no podrá permanecer en cuanto llegue el invierno, y tendrá que regresar a Dusseldorf.

Es ya positivo que el Barón de Berlips se casa con la hija del Barón de Stadion. A él y a su hermano les ha visto frecuentemente en sociedad, pero no llegó a hablar con ellos.

Barcelona, 4 de octubre de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

Ha rogado a su padre que, una vez en Viena, no se olvide de los pobres regimientos alemanes de Cataluña, que llevan siete meses sin cobrar su sueldo.

Madrid, 6 de octubre de 1698.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Solsona.

A. I.

"Por muy servida y gustosa me doy de la continuación de vuestras noticias participadas en dos cartas de 30 de agosto y 7 del pasado, que trajo el correo extraordinario despachado con el motivo del resuelto casamiento del Rey de Romanos, mi sobrino, y aprobándoos cuanto en orden al mismo habéis ejecutado, conforme a lo que os mandé. Sólo tengo que añadir y preveniros que mis respuestas a las cartas del señor Emperador y Emperatriz sobre aquel asunto van arregladas a los términos que vuestra prudencia me propone.

Por conclusión os aseguro que la salud del Rey mi señor cada día se va fortaleciendo, y que no desistiré de instar en la satisfacción de lo que alcanzáis, para que salgáis mejor del mucho empeño a que obligarán las cercanas bodas."

Madrid, 9 de octubre de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Ha recibido juntas cuatro cartas de S. A., que le han servido de gran consuelo. Mientras permanezca en el Palatinado el con-

ducto más seguro para enviar la correspondencia será el de su agente en París, Heiss, porque el correo español tiene inconvenientes. Cuando regrese a Dusseldorf será lo mejor buscar en Ruremunda persona de confianza para evitar el rodeo de Bruselas. Entonces le escribirá con más garantías que habiendo de pasar sus cartas por París. Apenas se halle S. A. otra vez en la región renana enviará la correspondencia a Columbano o al Prepósito de los correos de Ruremunda.

El Rey ha mejorado, aunque el tiempo de octubre no suele ser favorable. Sigue con escrupulosa obediencia las prescripciones de los médicos, que abusan de su poder, porque saben que Su Majestad no come, ni bebe, ni duerme sin su permiso.

La Reina se ha purgado y sangrado dos veces. Toma leche de burra, tratamiento que quizá tendrá que suspender cuando venga el frío. Su aspecto es excelente y sin duda se medicinó por precaución.

Insiste en que podrá serle poco útil en Madrid, y no porque la Reina le sea hostil, sino porque no le da mejor trato que a los demás, lo cual le evita, por otra parte, las envidias que caso contrario podría despertar. El Elector Palatino es para ella, no un hermano, sino un Príncipe del Imperio como los demás.

Con ocasión de su entrada pública, que hubiera querido poder excusar, se enteró bien del tratamiento que tiene que dar a cada cual, y se ajustará estrictamente a los preceptos del protocolo.

Ha hablado con el Embajador de Francia, quien le rogó que no tratase todavía del asunto de los Orleans con la Reina. Le entregó una nota detallada de las indicaciones que le encargó Su Alteza y prometió remitirla a Torcy para que dé cuenta de ella al Rey Cristianísimo. Según Harcourt, no debe asustarse S. A. por las amenazas de los Orleans, sino resistir el pago, porque no se atraverán a condenarle. El, por su parte, prepara a los Ministros españoles para que pongan el grito en el cielo si se infringen los artículos del tratado de Rijswijck, pero no está seguro de que sea esto lo más conveniente, y si S. A. tiene aún en París algún Representante, convendría que se ponga de acuerdo con él acerca de las minas que han de colocar y el momento más oportuno para su explosión.

Sigue su consejo procurando congraciarse con todos los diplomáticos residentes en Madrid hasta que celebre su entrada pública. Hará luego las visitas a los Cardenales y Ministros que tienen precedencia sobre los Embajadores; luego verá a éstos y tratará después de obtener alguna preeminencia como Enviado Palatino. Cumplirá las órdenes de S. A. recomendando a la Reina que no se reforme la infantería que manda en Milán el Conde de Leiningen. No parece que se piensa en ello, pues se habla más bien de aumentar aquella guarnición; pero si hubiese alguna alarma avisaría con tiempo.

El Conde de Harrach ha declarado en la antecámara del Rey, ante la mucha gente que allí había, que no se irá de Madrid hasta que haya conseguido vencer las resistencias que se oponen a la revocación del Obispo de Solsona. Añadió que haría el viaje por Francia, y preguntándole él si no prefería la ruta del Palatinado, contestó que estaba resuelto a pasar por Estrasburgo.

El Conde, su hijo, hizo la víspera su entrada pública, de cuya magnificencia quedó muy satisfecho, sin saber que los españoles la motejan de modesta. Son éstos, realmente, muy difíciles de contentar, y no es que a él le preocupe, porque le bastará con que la suya le parezca bien a S. A.

Gestionará el envío de los cañones de Sevilla y el abono de alguna indemnización por las tropas de Luxemburgo, aun cuando le parece imposible conseguir dinero en la Corte española. En cuanto haga su entrada hablará con los Consejeros de Estado; pero necesita un secretario y algún anticipo, por ejemplo de 2.000 escudos, que se compromete a devolver en tres o cuatro meses.

En postdata. El retraso de las vacas contraría mucho a la Reina. Los coches que S. A. ha encargado en París para ella la agradarán mucho también, pero no podrá usar de ellos si no se envían con caballos apropósito, porque ya ocurrió esto con los que regaló el Elector de Baviera. Escribirá a Heiss que no envíe ninguna carroza hasta recibir las órdenes de S. A. en lo referente al tiro.

El presbítero católico Oxenstiern le habla mucho de la gran protección que le dispensa S. A. y le pide dinero. No se lo da por-

que no está seguro de que lo necesite de veras y además porque no dispone de fondos suficientes para ello.

No ha llegado aún el hijo de la Berlips, pero sí el sobrino del Elector de Maguncia.

(Acompaña a esta carta copia (en francés) de la nota entregada al Marqués de Harcourt el 8 de octubre. Se dice en ella que Mr. de Philipeaux, por orden de S. M. Cristianísima reclama al Elector Palatino los 50.000 florines que supone exigibles desde la ratificación de la paz, no obstante que el artículo 8.º del tratado fija para esta obligación el plazo de seis meses desde que se le hayan devuelto los documentos que se le confiscaron y la bailía de Germersheim, cosa que no ha ocurrido aún.)

Madrid, 9 de octubre de 1698.

Mariana de Neoburgo al Elector Palatino. (En alemán.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Espera impaciente los regalos anunciados y sabe por Ariberti cuáles son sus deseos. No puede escribir más porque tiene que atender a la correspondencia que llevará Harrach, que parte al día siguiente.

Madrid, 10 de octubre de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 46/14 d.

Aunque el Rey sigue bien, no se habla de que vuelva a hacer vida común con la Reina, porque nadie se atreve a suscitar el tema y asumir la responsabilidad de la recaída que ello podría producir. Imita él este silencio, aun cuando no está conforme, y se resigna pensando que la Reina, en su heroica virtud, prefiere su sacrificio a arriesgar la salud del Rey.

No ha llegado aún el capitán Gutah con las vacas. El Conde de Harrach partió la víspera hacia Viena por la carretera de Francia; va disgustadísimo del cambio que ha advertido en España. Su hijo hizo el 8 de octubre una entrada pública más brillante que la del Embajador francés: sacó ocho heiduques, vestidos a la húngara, que causaron mucha impresión.

Los rumores que esparcen los mal intencionados son tan absurdos que a veces hacen reír. Se dice, por ejemplo, que los franceses han tranquilizado a la Reina prometiéndola que si se muere el Rey la casarán con el Delfín. Estas calumnias están, sin embargo, enderezadas a destruír la armonía conyugal entre Sus Majestades.

Madrid, 10 de octubre de 1698.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Apenas marchó su padre fué a ponerse a los pies de Sus Majestades como Embajador titular, y les habló de lo necesario que era para su servicio sustituír en la Embajada de Viena al Obispo de Solsona (cuya gestión allí estaba resultando contraproducente) por un hombre honrado.

El Rey no contestó sino "Veremos"; pero la Reina le indicó que sería difícil conseguirlo por no existir razones suficientes. Replicó él entonces que las había sobradas tratándose de un Obispo que es más agente de Su Santidad que del Rey Católico, puesto que comunica a Roma todos los negocios secretos y no envia a Madrid sino los pasquines y sátiras que circulan contra el Gobierno imperial. Objetó la Reina que esto era más fácil de decir que de probar y contestó él que lo primero era notorio en Roma y lo segundo aquí. Su opinión personal es que no se le quitará, mientras lo sostenga el Almirante.

En la propia audiencia volvió a suplicar a la Reina que tratase de reorganizar el Gobierno español sobre mejores bases, para que se cumpliese a lo menos lo que por conducto de su padre se había prometido al Emperador. No negó S. M. el mal estado de los negocios, pero dijo no poder hacer nada, porque Oropesa y el Almirante no marchan de acuerdo, y aun cuando se les reemplazara por otros superiores a ellos y bien avenidos, tampoco estos Ministros lograrían impedir que el Rey pensase cada mañana una cosa distinta y escuchase al último que le habla.

Insiste, pues, en su opinión de siempre: sólo un cambio radical de Gobierno puede salvar a España. Hay alguna vislumbre

de que se intenta. Leganés, siempre tan adicto y celoso por el bien público, está gestionando una inteligencia entre Oropesa y el Cardenal y ha conseguido que se avengan a tener una entrevista. Su Eminencia se mostró dispuesto a celebrarla siempre y cuando que Oropesa aceptase en principio las líneas generales de este plan: 1.º Por medio de los médicos y a título de prescripción facultativa, se trasladará el Rey solo al Escorial, sin noticia anterior de la Reina, que, enterada, se bastaría para impedirlo. 2.º Una vez allá se le hará comprender la responsabilidad en que incurre dejando que vaya a la ruina su Monarquía, con grave peligro incluso para su propia persona. 3.º Se obtendrán de él los decretos de destierro del Almirante, la Berlips, el padre Gabriel y los demás secuaces de esta camarilla, y las órdenes para que los extranjeros sean llevados a la costa y embarcados sin dilación en una galera con rumbo a Italia, de modo que S. M. no se vuelva a juntar con la Reina mientras no haya desaparecido el riesgo de volver a las andadas. 4.º Modificada así la política, buscará el Consejo de Estado los medios indispensables para reforzar los armamentos sin gravamen para el Tesoro real ni para los contribuyentes.

Parece ser que Oropesa ha aceptado en principio este plan y que se está en celebrar la entrevista. La mayor dificultad consiste en decidir quién ha de hablar al Rey. Por eso cree el Cardenal que debe ser él (Harrach). No se lo ha dicho directamente, aun cuando le ponderó con grandes lamentaciones lo confuso de la situación y se le mostró muy agradecido a la confianza del Emperador; pero, según Leganés, quiere Su Eminencia que la iniciativa parta de S. M. Cesárea, y que sea el Embajador quien, invocando estas órdenes, notifique al Rey la negativa a seguir tratos con el Almirante, que es obstáculo invencible para el bien de España y de la Casa de Austria.

Ha contestado prometiendo escribir a Viena, como lo hace, pero diciéndose resuelto a no intervenir en esta máquina mientras no conozca la resolución de S. M. Cesárea.

Reconoce que el paso puede resultar contraproducente; pero, por otra parte, no es lícito esperar que la Reina tenga en él más confianza de la que tuvo con su padre. Cuando la propuso ir a

ponerse a sus pies cada vez que reciba correo de Viena, le contestó S. M. que no fuese a verla sino después de despachado el correo.

Schwetzingen, 11 de octubre de 1698.

El Elector Palatino a Ariberti. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Ha recibido su interesante carta del 2 de septiembre. No le oculta que le agradaría que consiguiese el Almirante ajustar con Francia la seguridad de la Reina, y le autoriza para servir de intermediario en este asunto. Es él delicado y peligroso; pero aunque no parezca inminente el fallecimiento del Rey, si llegare a producirse de modo repentino no habría tiempo para que pudiese aconsejar a su hermana, ni para que ella le consultase. Toca, pues, a Ariberti actuar en representación suya y comunicárselo así a la Reina, explicándola que no ha dado paso ninguno hasta tener esta instrucción que ahora recibe y acomodándose a las que ella le dé para los tratos con el Almirante y con el Embajador francés.

En postdata. Discúlpele por no haber podido tampoco escribir a la Reina con este correo y hágala comprender que no tiene dinero sobrante para gastarlo sin necesidad en la entrada pública, cuando están sin reparar sus palacios y sitios de recreo.

Madrid, 18 de octubre de 1698.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Ha hablado con la Berlips sobre el creciente auge del partido francés, reconociendo ella que había muy pocas esperanzas para la Casa de Austria, y como la objetase él que la Reina y su hechura el Almirante podían enmendarlo, contestó la Condesa que su señora hacía cuando estaba en su mano; pero que el Rey no la escuchaba y que el Almirante tampoco se atrevía a tratar con S. M. asuntos sobre los cuales no se le pedía opinión.

Idem.

El mismo al mismo. (En alemán.)

Idem.

Después de entregada la carta anterior y antes de que se despache el correo, quiere añadir que, segun le ha dicho Leganés, se han hecho ya insinuaciones al Rey para la realización del plan que ya conoce. No tardó en llegar a la Reina el rumor de la jornada al Escorial y pidió confirmación a su marido, contestándola el Rey que pensaba, en efecto, trasladarse allá, y que ella, mientras tanto, debía ir a Aranjuez. La Reina protestó contra el viaje a sitio tan malsano, pero se declaró resuelta a acompañarle por no separarse de él. Aumenta cada día el partido hostil al Almirante, pero él sigue manteniéndose neutral hasta que reciba instrucciones.

Fontainebleau, 19 de octubre de 1698.

Luis XIV a Harcourt. (En francés.)

Aff. Etr.

Ha recibido su carta de 3 y 4 del corriente. No es verosímil que el Almirante, tan indentificado con la Reina como lo está, haya hecho a espaldas suyas la gestión de que le habla. Por parecerle todo ello muy sospechoso se inclinaría a no seguir semejante negociación, aun cuando no estuviese resuelto lo que ya conoce. Cuanto más medita este plan, más adecuado se le representa para conseguir dentro de la paz las sólidas ventajas a que Francia tiene derecho. Ha obrado, pues, acertadamente contestando como lo hizo al Almirante y a la Reina; porque no es de temer que ellos se descubran más y le obliguen a mayor precisión, que en todo caso debe excusar por ahora.

No por estar acordado el plan deja de ser necesaria durante algún tiempo su presencia en Madrid, porque si ha de permanecer secreto para el Emperador, el hecho de retirarle inopinadamente de su Embajada podría infundir sospechas en Viena. Si se resuelve a contar también con S. M. Cesárea, aun cuando éste no acepte y aun descubra lo que sepa al Rey Católico, no cree que la divulgación de la noticia en Madrid haga olvidar a

los españoles el respeto que le deben. Opina, por el contrario, que el miedo a la guerra no sólo le preservará de cualquier atentado, sino que hará además que no se escuche al Emperador. España está indefensa y las fuerzas imperiales, que no son grandes, se hallan demasiado lejos para protegerla. Con Inglaterra y Holanda no podrá contar, puesto que se hallarán comprometidas en los términos que conoce para combatir a quienquiera que se oponga a lo pactado. Así, pues, España se habrá de resignar, antes de lanzarse a una lucha de la que no puede salir bien.

Pero como no siempre los movimientos populares se ajustan a la prudencia, ni su exaltación toma en cuenta los resultados que pueden producir, será bien que adopte las prevenciones necesarias para no exponerse inútilmente, y vaya disponiendo los ánimos de modo que no sorprenda a nadie su partida. Puede utilizar para ello el pretexto del mal estado de sus negocios particulares y divulgar que ha pedido licencia para ausentarse por algún tiempo, y que mientras la obtiene envía a la Marquesa su mujer para que cuide de ellos. Podrá así hacerla marchar en cuanto se divise alguna amenaza y él mismo facilitará su salida por la posta, caso necesario. Ha de repetir que tan sólo se ausenta temporalmente y dejará en Madrid una parte de su servidumbre, porque le sustituirá un Enviado, quien bastará para impedir que se violen las inmunidades diplomáticas consagradas por el Derecho de gentes. A este propósito desea le indique cuál le parece más idóneo, si el señor de Blécourt o el de Iberville (1).

No tiene aún noticia cierta de haberse ultimado el plan, pero lo da por hecho.

Weinheim, 21 de octubre de 1698.

El Elector Palatino a Ariberti. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

De ningún modo le conviene el Archimandrita para Enviado suyo en Madrid.

---

(1) Véase en Hippeau, op. cit., t. II, pág. 249, la carta del mismo al mismo, fecha 12 de octubre de 1698.

Debe hacer comprender a la Reina y a la Berlips que sería de pésimo efecto un cambio tan rápido.

Lo ocurrido con el abate Ballerini es que el Príncipe de Darmstadt le ha enviado a Viena sin darle cuenta a él de que iba a hacerlo, para pedir el auxilio del Emperador contra el Príncipe Giustiniani. Pero lejos de perjudicarle al Príncipe la compañía del abate, es persona que le da buenos consejos y no comprende cómo puede haber desfachatados que le calumnien. Advierta además que, en todo caso, no es incumbencia suya hacer reconvenciones al Príncipe.

No han aprovechado los buenos oficios de la Reina y de Harcourt, porque se le sigue exigiendo el pago del primer plazo de la indemnización, contra el texto convenido.

Madrid, 23 de octubre de 1698.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Af. Etr.

Tiene pocas noticias que comunicar. El Rey está mejor; los dos últimos días ha comido en el campo y regresado muy tarde. Se pasea a pie y ha hecho alguna cacería de conejos. Tiene los labios más encarnados, aunque sigue pálido e hinchado; pero no toma ya medicinas y dicen que está menos melancólico.

De la flota se ha tomado para el Rey 520.000 escudos, pero con la protesta de los comerciantes, que se opusieron cuanto les fué posible.

Parece ser que la Reina y el Almirante se han reconciliado con Oropesa, ante el temor de que se marchara de la Corte, como fingió querer hacerlo.

Madrid, 24 de octubre de 1698.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Solsona.

A. I.

"...El correo pasado eché menos vuestra carta y puntualidad en notificarme los sucesos de por allá; pero en éste, con las de 23 de septiembre satisfacéis cumplidamente a todo; y extraño no poco que allí se disimule la escandalosa desatención del Embaja-

dor Cesáreo de Roma hacia mi primo el Príncipe de Hasia, con afrenta pública de la Augustísima Casa y de la Palatina.

He vuelto a hablar a S. M. sobre vuestras tan justas quejas e instancias en orden a que os paguen los gastos extraordinarios, y no cejaré hasta que se consiga, como se me ha prometido.

Con el bellísimo otoño que hemos tenido aquí y el cotidiano ejercicio, se halla el Rey mi señor siempre más robusto, contra lo que publicaron y esperaron nuestros émulos. Bendita sea la gran misericordia de Dios..."

Madrid, 24 de octubre de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Vuelve a estar sin noticias y advierte que el conducto de Heiss no es adecuado, porque si se retrasa una carta se pierden quince días. No cree que el silencio obedezca a haber incurrido en la desgracia de S. A., pero si fuera así le ruega que le reemplace cuanto antes.

Harcourt le ha asegurado que envía la memoria, añadiendo reflexiones tan abrumadoras que no dejarán de hacer impresión. Seguramente no se atreverán los franceses a llevar adelante sus amenazas cuando es tan clara la infracción del texto de la paz, y aun le parece muy posible que tampoco lo hicieran cargados de razón.

A la Reina se la manejaría mejor si quienes están junto a ella fuesen personas capaces de percibir ciertos matices y aconsejarla con más tino. Sabrá S. A. que durante los últimos sucesos se mostró francamente francesa, hasta el punto de que los Embajadores Cesáreos la acusaron de estar vendida a Francia y tan irrevocablemente que Harcourt no se molestaba siquiera en prodigarla mimos. Pero es ya opinión común que se ha pasado otra vez a la causa austriaca, y aun el propio Harrach lo cree así. Tampoco ahora escatima las manifestaciones externas y de seguro estará satisfecho el Emperador. Por su parte le gustaría verla más palatina y más española.

Las normas características de esta Corte son la credulidad y la mala intención.

Ha hablado con varios Consejeros de Estado, convenciéndolos de que no era justo dejar que el Elector sufragase todos los gastos de las tropas que tiene en Luxemburgo, y que se le debería ayudar abonando por cuenta de España el pan, mientras permanezcan allí, y seis mesadas de sueldo. Cuando lo tuvo arreglado entregó la memoria a la Reina para que se atribuya el buen éxito.

Los cañones de Sevilla no son de bronce, sino de hierro y no sirven. Si S. A. lo desea se le enviará alguno para que se convenza de que el precio del transporte vale más.

No se ha podido evitar la entrada pública, ante el insistente deseo de la Reina, y necesita las remesas de que le habló. Mientras no llegue el Secretario no podrá escribir en cifra. El que traiga las vacas le llevará los caballos, que procurará sean de buena remonta.

El Rey sale todos los días de caza y dos o tres por semana no vuelve hasta la tarde, a lo cual convida lo apacible de la temperatura. Si la gente madrileña estuviese a la altura del clima de la Corte, sería una delicia vivir en ella.

El Cardenal Córdoba pretende la Embajada de Roma contra la voluntad del Rey y del Consejo de Estado, apremiando a la Reina, que tampoco está conforme, y abominando del Almirante, a quien atribuye la culpa de no haberlo podido conseguir. Además, no se contenta con ese puesto, si se le niegan otras pretensiones.

Harrach sigue gestionando el relevo del Obispo de Solsona, pero el Consejo de Estado pide que se digan concretamente las causas por las que dejó de ser persona grata. Hasta ahora no ha contestado Harrach.

Oropesa convalece, más espiritual que físicamente, pero no tiene probabilidad de recobrar su ascendiente, por lo cual se insiste en que se quiere marchar.

No bastan los 502.000 escudos de oro que se tomaron de la última flota; el Rey pide más y el asunto da mucho que hablar.

Don Diego de Mendoza, el Enviado de Portugal, le pregunta incesantemente por qué se han enfriado las relaciones de Su Alteza con su cuñado. El le contesta que el Elector estima mu-

cho a su hermana y al Rey de Portugal, pero no suelta las prendas que el otro desea.

La ocasión es propicia para que Moles obtenga la Secretaría del Despacho Universal, porque el poseedor de este cargo no goza de gran predicamento. Habló del asunto con la Reina, pero no la encontró muy favorable. El conducto de la Berlips no es adecuado porque está mal con el Almirante y uno de ambos combatirá la candidatura si la patrocina el otro. También el padre Gabriel marcha mal con la Berlips, aunque la obligada convivencia que les impone el servicio de la Reina impida la ruptura declarada. Procura estar bien con los dos.

El Archimandrita llegará de un día a otro, después de haberse detenido algunas semanas en París. Su madre sigue deseando para él la representación del Elector en Madrid. Otro pretendiente a este cargo es el Barón de Hochkirchen, que le ha escrito diciéndoselo y anunciándole su llegada. Procurará dejar los asuntos de modo que su sucesor, sea el que fuere, según lo que resuelva S. A., no tenga sino seguir el camino que quede trazado.

Al Rey le agradaría más un tronco bonito que no una carroza.

Ha comprado para su uso tres caballos de caza, jóvenes y de buena estampa. Uno de ellos le convendría a S. A. Está muy bien formado, tiene boca suave y paso cómodo. Le domará hasta que sea posible disparar montado en él. Tiene cinco años, y es de buena sangre, pero de poca alzada.

Francfort, 2 de noviembre de 1698.

Boyneburg al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En alemán.)
W. S. A. Span. Varia. Fasz. 59.

Han llegado ya los árbitros en el litigio del Elector Palatino con los Orleans. El alemán, Consejero imperial Binder, recibió la víspera la primera visita del francés, Mr. d'Obrecht, quien le anunció el inmediato envío de un escrito de S. M. Cristianísima sobre la cláusula religiosa y el artículo 4.°

El Ministro francés en Maguncia Mr. d'Iberville, sigue afirmando que su señor tiene la seguridad de prevalecer en el asunto de la sucesión de España.

El Elector Palatino saldrá de Weinheim al día siguiente; acompañará a la Electriz hasta Maguncia y seguirá solo por la posta hacia Viena.

Madrid, 6 de noviembre de 1698.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

Ha recibido sus dos cartas fechadas en Fontainebleau el 12 y 19 de octubre.

No ha vuelto a hablar con el Almirante; pero el padre Cienfuegos preguntó a su capellán si no tenía él ya alguna respuesta. El capellán le contestó que no sabía nada, pero que le había oído decir que no podía comunicar nada nuevo al Almirante. También el Marqués de Ariberti ha cesado de hablarle del asunto con la frecuencia que antes. Así, pues, por este lado le será más fácil cortar los tratos que con el Cardenal, cuya buena disposición persiste, como le decía en la suya del 29 de octubre (1). Como suponía S. M. y le indicaba en su carta, la Reina y el Almirante, después de haberle tanteado hasta ver el provecho que podrían obtener de su actitud, se han decidido a secundar la causa bávara, con la ambición de conseguir para ella algún gobierno vitalicio, como parece lo tuvieron otras Princesas. Esto es lo que les importa y no el camino por donde lo puedan lograr. Pero tanto la una como el otro propenden a creer realidad cuanto desean, y como sus consejeros son la Berlips y el capuchino, se adivina fácilmente el resultado.

Celebra que S. M. haya hallado oportunas sus observaciones sobre las consecuencias que podría acarrear la revelación pública del secreto consabido. No tiene nada de extraño que su presencia en Madrid le permita apreciar bien la realidad. No obstante la postración de la Monarquía española, sería temerario suponer imposible su restablecimiento, porque se alcanzaría sin más que un poco de orden, cosa que está en manos de los mismos naturales. Las rentas del Rey siguien siendo cuantiosísimas, y bastaría corregir el despilfarro para poder cubrir todas las verdaderas

(1) Véase Hippeauti, *op. cit.*, t. I, pág. 252.

necesidades. El Rey de Francia sabe mejor que nadie que mientras haya dinero todo tiene compostura y que en trances críticos cesan, temporalmente al menos, las discordias intestinas. Por eso son acertadísimas las órdenes que ha dado a Tallard.

Procurará ajustarse a las que él recibe y esparcirá sin darle mucha importancia el rumor de que el mal estado de sus negocios particulares, a causa de la guerra última, le obligan a volver a Francia por algún tiempo, dejando aquí parte de su casa y familia. De este modo justificará la marcha de su mujer y la suya propia.

Como no está permitido en España aprovechar para el viaje la silla de postas y por sus achaques no puede él hacerlo a caballo, lo preparará de manera que se pueda trasladar a Bayona, parte del camino en carroza y parte en mula, y esperará allí tranquilamente las órdenes de S. M.

No cree que los españoles se atrevan a cometer un atentado contra el Derecho de gentes; pero como lo nota muy juiciosamente el Rey, no siempre las masas populares se guían por la prudencia ni miden las consecuencias de sus arrebatos, y ante la debilidad de la justicia española conviene estar prevenidos, porque la inclinación hacia Francia, que es aquí tan extremada como lo fué antaño la antipatía, se funda principalmente en la esperanza de conseguir la tranquilidad bajo el gobierno de un Príncipe francés, y cuando ella se desvanezca con la simultánea desmembración de la Monarquía, es posible que se desencadenen las iras contra los que aparezcan como fautores de ese plan, espontáneamente acaso y de seguro por instigación de los alemanes, de la Reina y aun de los personajes que se han comprometido mostrándose afectos a la causa francesa. Pero ello no ha de impedir que se detenga en Madrid cuanto sea necesario para el buen servicio de S. M.

Mr. de Blecourt le parece persona muy idónea para reemplazarle; es hombre culto, sensato, reputado como tal e iniciado en el conocimiento del país, a quien acabará de instruír durante el tiempo de que dispone. Además ha hecho muchos progresos en el uso del habla española

Le aseguran que Oropesa y el Almirante comienzan a man-

tener entre sí guerra declarada, como era de esperar conociendo los caracteres tan contrapuestos de entrambos. La Duquesa de Medina, mujer del Almirante, está gravísima y ha recibido los últimos sacramentos; su muerte le permitirá consagrarse de lleno a la política.

La salud del Rey sigue fortaleciéndose, según ha podido comprobar aquella misma mañana con ocasión del besamanos por el cumpleaños. Aun los que le creen sin remedio reconocen que está mejor que antes y los médicos que le habían desahuciado no salen de su asombro, porque no ha seguido régimen ninguno. Los bien avenidos con el desorden se congratulan de esta mejoría, que no agrada tanto a las víctimas de la situación.

Madrid, 7 de noviembre de 1698.

El mismo a Torcy. (En francés.)

Aff. Etr.

Como el correo no salió la víspera ni saldrá hasta la noche o quizá al día siguiente, le aprovecha para darle cuenta de algo interesante.

La víspera por la tarde estuvo a verle un comerciante genovés, que le dijo haber recibido cartas de Holanda en que uno de sus corresponsales asegura haberse firmado un Tratado entre el Rey Cristianísimo y los Estados Generales para el caso de morir sin sucesión el Rey de España. Aquella misma mañana ha recibido la visita de dos comerciantes holandeses que le han repetido lo propio, rogándole les comunique los artículos. Ha contestado que cuando vea ese convenio lo creerá, pero que no sabiendo él palabra no puede prestar crédito a tales rumores.

Se lo comunica al solo fin de que esté advertido de la divulgación que comienza a tener el secreto, aun cuando no carece de órdenes precisas de S. M. en previsión de las consecuencias que ello puede traer.

Ha visto aquella mañana al Marqués de los Balbases, quien le ha comunicado que el Rey Católico ha hecho asegurar al Pontífice que si se inquieta a la Santa Sede la defenderá con todas sus fuerzas y que ha dado orden al Cardenal Giudice

para que lo haga saber así a todos los Príncipes de Italia y al Príncipe de Vaudemont para que esté prevenido.

Según Balbases, se trata de "une querelle d'allemand", que el Emperador mueve contra el Papa porque, advertido por Harrach de que no tiene esperanza ninguna en España, quiere asegurarse un pretexto para entrar en Italia, hasta el punto de que, según escriben de Milán, se va a deshacer la boda del Rey de Romanos con la Princesa de Hanover, a fin de casarle con la Guastala y tener allí un centro de operaciones indispensables si los españoles niegan el paso por el Milanesado.

Madrid, 7 de noviembre de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St A. K. bl. 86/27 b.

Los Reyes siguien bien y han celebrado con gran pompa el cumpleaños; pero no se juzga conveniente todavía la cohabitación de Sus Majestades, aun cuando no ve motivo ninguno para persistir en semejante divorcio. Acaba de saber que tres médicos de la Real Cámara, evidentemente sobornados por algún personaje de la Corte, tuvieron la audacia de notificar al Cardenal Primado y al Presidente de Castilla que el Rey no podía pasar del mes de octubre. Ni aun después de comprobada la supercheria se les aplicará el enérgico castigo que merecen, y la Reina tendrá que disimular su justo enojo.

El abogado Rosseau desea la misma recompensa que se dió al padre Colluyoy, y realmente la merece porque ha traído el vino a costa de S. A., mientras que el padre trajo además, a costa del Rey, el que le enviaba el Elector de Baviera. Convendría que S. A. lo pidiese a la Reina.

Madrid, 7 de noviembre de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

El correo no puede esperar por la inminencia del mal tiempo y le escribe sin haber recibido carta suya.

Hubiese preferido no hablarle del doctor Schweizer; pero

tiene que interceder para que se le permita terminar sus días en Roca Guiglelma. La Reina querría conseguirlo por conducto del Virrey, pero no podrá, y agradecerá de seguro mucho que lo haga S. A.

Ha entregado a la Reina el memorial sobre el Luxemburgo, que estaría despachado a no ser por las vacaciones que impusieron los cumpleaños del Rey, de la Reina y la Electriz viuda, ocasión en España de festejos que interrumpen todos los negocios públicos.

El Rey no deja de preguntar a la Reina, y ésta a él, cuándo llegan las vacas. Su Majestad está, además, contrariada porque se la acaba el vino.

Ya no puede diferir por más tiempo su entrada pública, porque el Rey dice que no quiere volver a verle vestido a la francesa, pero la ceremonia le dejará la bolsa exhausta y habrá que rellenarla. Ha escrito ya a este fin a Bilioti, de Amsterdam para que le gire por conducto del Barón de Ber 2.000 escudos, pues con esto y lo que le envíen de su casa podrá pasar decorosamente el invierno. Las franquicias ascienden tan sólo a 300 doblas anuales y no se empiezan a cobrar sino después de la entrada pública. Le contraría mucho pedir dinero porque no tiene costumbre de hacerlo, pero ha de representar a S. A. en Madrid como es debido.

El Rey sigue bien a pesar del mal tiempo. Pocos días atrás le vió pasear a pie sobre la arena del río, hallándole tan firme que se sorprendió. Parece ser que insiste mucho con la Reina para que vuelva a dormir con él, asegurando que sin ella no logra entrar en calor en toda la noche. La Reina no accede, aunque no le quita las esperanzas; pero se supone que al cabo ganará el Rey su pleito. No crea S. A. que este asunto tan privado puede permanecer secreto, porque no es posible que se junten los Reyes sin que lo sepan por lo menos veinte personas, a causa del protocolo palatino. De modo que se hace en seguida público.

Hay grandes discusiones entre el Rey, el Cardenal y Oropesa. Los que presumen de bien enterados las atribuyen a los remordimientos de S. M. por la situación en que dejaría a la Reina si faltase, y a su propósito de legarla no sólo una renta consi-

derable sino el cargo vitalicio de Regente del Reino. Ofrece este plan muchas dificultades, pero se obviarían en parte proclamando heredero al Príncipe Electoral bávaro, porque el Elector, su padre, ha ofrecido a la Reina respetarla como Regente durante la menoridad de su hijo, con el auxilio del Cardenal de Toledo, como Presidente del Consejo de Estado. Pero Su Eminencia, que es también partidario del Príncipe Electoral, no está en buenas relaciones con la Reina y ella trata de ganárselo, porque de lo contrario se frustrarían sus propósitos.

Lo más probable es que Monterrey y el Confesor del Rey, hechura suya, influyan decisivamente en el ánimo docilísimo del Cardenal, impidiendo reconciliarse con la Reina, de quien es el Conde declarado enemigo. Mientras tanto conserva ella el máximo ascendiente, y aunque no salen hace tiempo las hornadas de mercedes que por su intervención se otorgaban antes frecuentemente para atraerla partidarios, sigue adueñada del ánimo de su marido. Cuando quiere él resistir sus imposiciones, finge dolor de cabeza u otra indisposición análoga, porque ha advertido que sólo así se abstiene ella de insistir y extrema sus mimos y cuidados. Pero la Reina ha descubierto la superchería y hace poco sorprendió a S. M. bromeando en la antecámara con los gentileshombres, después de haberse separado de ella para recluírse en su cámara con pretexto de una gran jaqueca. Ahora, si se finge el Rey enfermo sin estarlo, se da ella por ofendida y dura más su enojo que la falsa dolencia de S. M., de modo que no cesa de ganar terreno.

La Reina ha tenido que guardar cama dos días por un enfriamiento, pero se levantó después y pudo asistir a la comida por el cumpleaños.

Ha recibido por conducto de Heiss dos cartas de S. A.; y si han de venir juntas como los frailes, no vale la pena de que den ese rodeo, siendo preferible la vía ordinaria.

Persiste la Reina en que haga su entrada como los demás Enviados. Después de la audiencia con S. M. ha de visitar a los Embajadores en el mismo coche de la real caballeriza, seguido de los dos suyos, que llevan tiro de cuatro mulas. Las demás visitas las podrá hacer cuando quiera, aunque también en coche.

Tuvo la víspera larga audiencia con la Reina, en que la dió cuenta del contenido de las cartas de S. A. quejándose ella de no haberlas recibido en los dos últimos correos. Sería bueno que esto no ocurriese porque importa mucho tratarla con afecto e infundirla ánimos. No atribuya S. A. estos consejos a petulancia suya sino a la convicción de que si ella no intercede no se conseguirá absolutamente nada.

Mientras tanto se aplica a hacer oficio de perro del hortelano, que ni come los berros ni los deja comer a su amo. Llegó a Madrid un polaco, agente del Príncipe Jacobo, con muchas cartas de recomendación de la Corte imperial para conseguir que se otorgase al cuñado de la Reina un Gobierno importante o cuantiosa pensión, y notificó a S. M. por conducto del padre Gabriel que si no se complacía a su señor, tenía éste el propósito de separarse de la Princesa su mujer. Él entonces se apresuró a insinuar a S. M., por mediación de la Berlips, que, caso de poder proteger a alguno de sus hermanos, debería preferir al Príncipe Carlos Felipe, que es quien más lo necesita. De este modo consiguió que no se dilapidase inútilmente la influencia de S. M.

Del asunto con el Embajador de Francia no se habla ya, porque en Viena ha cesado la hostilidad contra el Almirante, que fomentó y exageró el Caballerizo Mayor mientras duró su Embajada. Los celos entre la Berlips y el padre Gabriel van en aumento. El Rey, francamente bueno; y los mil hombres del regimiento alemán que están en Cataluña se pueden hacer venir rápidamente. Todo esto junto ha devuelto la tranquilidad a la Corte y sólo se piensa en conseguir un buen codicilo para la Reina, como apéndice del testamento en que se reconoce heredero al Príncipe Electoral bávaro. Así, pues, cuando ve al Embajador de Francia, hace como si se le hubiese olvidado ya el negocio consabido.

Para la renovación de la alianza se envían poderes al Obispo de Solsona; pero es posible que Francia tome pretexto de ella para fingirse amenazada, y resulte contraproducente un tratado cuyo objeto es cabalmente asegurar la paz. No es lícito dormirse, aunque el Rey esté mejor y los partidarios de Francia disminuyan, porque esta Potencia sigue inspirando mucho miedo. Su

Alteza ha hecho bien en no licenciar las tropas, puesto que nadie desarma.

Harcourt le preguntó la víspera de cuántas fuerzas disponía el Elector Palatino y él le contestó que la orden de movilización pondría rápidamente en pie de guerra 6.000 infantes y 4.000 caballos, bien armados y montados. Replicó el Marqués que bastaban para intentar algo que valiese la pena. Le preguntó a seguida si el único motivo de que la Electriz no acompañase a Viena a su marido era el conflicto de etiqueta con la Archiduquesa. No supo qué contestarle, porque la primera noticia que tuvo del caso fué otra pregunta análoga que le hizo la Reina.

Hablando días atrás con un gentilhombre de Cámara, muy favorecido del Rey, se le escapó aludir al excelente bajo de capilla de S. A. y a los frecuentes viajes que hace. El gentilhombre lo comunicó al Rey, y Leganés y el Duque de Sessa afirmaron que era el mejor bajo de Italia; S. M. se apresuró a encargarle que escribiese para que le enviasen a Madrid, donde se halla ahora también el famoso Matteucci, muy aplaudido por Sus Majestades. Desde entonces pregunta el Rey todos los días si ha llegado ya, como si se tratase de una jornada al Escorial. También la Reina le habló de esto en la última audiencia. Se lo trasmite, pues, a S. A. para que resuelva lo que tenga a bien.

Ha insistido en la recomendación de Moles, que sigue cesante. La Reina le contestó que de momento no tenía puesto para él. La insinuó si no se proveería pronto la Embajada de Viena en otro titular, para complacer al Embajador, y contestó S. M. que no era verosímil, porque S. M. Cesárea había mantenido en Madrid a Lobkowitz durante nueve años, no obstante las quejas del Rey Católico y la propia voluntad del interesado, que deseaba su relevo. Hay quien cree que el Obispo de Solsona se marcharía si se le diese la mitra de Lérida, que renta diez mil escudos más que la suya.

Parece ser que el Nuncio en Viena se ha encargado de ajustar las últimas diferencias habidas entre el Emperador y el Pontífice.

Si no lo viese palpablemente no podría imaginar que llegara a los extremos que llega la ingratitud de los españoles, no sólo

por el caso del Cardenal de Toledo sino también por el de Córdoba, quien, debiendo cuanto es a la Reina, arremete ahora contra el Almirante porque no le dan la Embajada en Viena que se le antojó, cuando sabe de sobra que no tiene ningún derecho y que no puede herir al Almirante sin molestar a la Reina.

Sale a caballo todos los días, aun los de mal tiempo, porque prefiere la compañía de ese noble animal a la de los españoles.

Llegaron a Cádiz trece navíos de guerra al mando de Lord Elmer y zarpó, en cambio, la escuadra de d'Estrées, que en parte va a Tolón y en parte a Brest, para ser desarmada, según dicen.

Ha llegado la flotilla; y de lo que trajo para el Rey se dejaron de tomar los 520.000 escudos que se expropiaron a la flota, con lo cual se han tranquilizado ya los comerciantes. Parece ser que esta solución se debe a las moniciones del Confesor del Rey.

Sigue opinando que su puesto diplomático es menos deseable que el mando de un escuadrón, y echando de menos a su secretario.

Madrid, 9 de noviembre de 1698.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

Aunque no tiene noticias que comunicar, aprovecha para el envío de esta carta la ida de su hermano (1), a quien no retiene más tiempo por no abusar de la licencia que le dió S. M. para separarse de su regimiento.

Ha asistido aquella mañana a la capilla de Palacio y ha encontrado al Rey menos débil y con los labios encarnados; pero su hermano, que tuvo el honor de ser recibido en audiencia por S. M. Católica, le informará más detalladamente.

El Cardenal Portocarrero le avisó que retrasaba su visita hasta que tuviese algo importante que comunicarle y esto le hace creer que no ha salido todavía la declaración de heredero a favor del Príncipe Electoral bávaro. Confía en que el retraso dé tiempo para que lleguen las instrucciones de S. M.

---

(1) Mr. de Sezanne, uno de los oficiales que vinieron con Harcourt en previsión del próximo fallecimiento de Carlos II. Según el Diario de Dangeau (libro VI, pág. 466), Sezanne salió de Madrid el 10 de noviembre de 1698.

Ha recibido la visita de muchas personas de calidad que vinieron a despedir a su hermano, quien se ha comportado en Madrid de manera que le satisface plenamente, como no puede menos de decirlo a S. M.

Barcelona, 11 de noviembre de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja 215.

La discordia entre los Ministros españoles no puede acabar bien. Por eso insistió tanto cuando estuvo en Madrid para que se declarase al Almirante Primer Ministro, a fin de que recayese sobre él la responsabilidad que ahora se diluye entre todos. Ya no queda otro recurso que la fuerza, pero no se ha de apelar a él hasta que esté maduro. Es indispensable hacer paces con el turco y entenderse con las potencias marítimas, además de prevenir con tiempo alojamiento y cuarteles para las tropas, cosa fácil si se dispone de dinero, pero que no se debe omitir, porque cuando llegue el conflicto se causarán molestias a los pueblos.

Madrid, 11 de noviembre de 1698.

Testamento del Rey Don Carlos II (1).

A. H. N. Estado. Leg. 2451.

Cláusula de declaración de sucesor y heredero de la Corona de España.

"Declaro por mi legítimo sucesor en todos mis Reinos, Estados y Señorios al Príncipe Electoral Joseph Maximiliano, hijo único de la Archiduquesa María Antonia, mi sobrina, y del Elector Duque de Baviera, hija también única que fué de la Emperatriz Margarita, mi hermana, que casó con el Emperador mi tío, primera llamada a la sucesión de todos mis Reinos por el testamento del Rey mi señor y mi padre, por las leyes de ellos; supuesta, como dicho es, la exclusión de la Reina de Francia mi hermana; por lo cual el dicho Príncipe Electoral Joseph Maxi-

(1) Por su gran extensión, y haber sido ya repetidamente impreso, sólo se transcribe aquí la cláusula fundamental.

miliano como único heredero de este derecho, varón más propincuo a mí y de la más inmediata línea, es mi legítimo sucesor en todos ellos, así los pertenecientes a la Corona de Castilla, como de la de Aragón y Navarra y todos los que tengo dentro y fuera de España, señaladamente en cuanto a la Corona de Castilla, en los de Castilla, León, Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Granada, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Argeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, Indias y Tierra Firme del Mar Océano, del del Norte y del del Sur, de las Filipinas y otras cualesquiera Islas y Tierras descubiertas y que se descubrieren de aquí adelante, y todo lo demás en cualquiera manera tocante a la Corona de Castilla; y por lo que toca a la de Aragón en mis Reinos y Estados de Aragón, Valencia, Cataluña, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Menorca, Cerdeña y todos los otros Señoríos y derechos, como quiera que sean pertenecientes a la Corona Real de Aragón, y también en el reino de Navarra y a cualesquier otros Estados pertenecientes a la Corona Real de él, y asimismo en mi Estado de Milán, Ducados de Brabante, Limburgo, Luxemburgo, Geldres, Flandes y todas las demás Provincias, Estados, Dominios y Señoríos que me pertenezcan y puedan pertenecer en los Países Bajos, derechos y demás acciones que por la sucesión de ellos en Mí ha recaído; y quiero que, luego que Dios me llevare de esta presente vida, el dicho Príncipe Electoral Joseph Maximiliano se llame y sea Rey, como *ipso facto* lo será de todos ellos, no obstante cualesquiera renuncias y actos que se hayan hecho en contrario, por carecer de las justas razones, fundamentos y solemnidades que en ellos debían intervenir, y mando a los Prelados, Grandes Duques, Marqueses, Condes y Ricos hombres, y a los Priores y Comendadores, Alcaides de las Casas Fuertes y llanas, Adelantados y Merinos, y a todos los Consejos, Justicias, Alcaides, Alguaciles, Regidores, Oficiales y hombres buenos de todas las Ciudades, Villas y Lugares, Tierras de mis Reinos y Señoríos, y a todos los Virreyes y Gobernadores, Castellanos, Alcaides, Capitanes, Guardas de las Fronteras de aquende y allende el Mar, y otros cualesquiera Ministros míos y Oficiales, así de la Gobernación de la Paz, como de los Ejércitos de la Gue-

rra, en Tiera y Mar; así en nuestros Estados y Reinos de la Corona de Castilla, Aragón y Navarra, Nápoles y Sicilia y Estados de Milán, Países Bajos y en otra cualquiera parte a Nos perteneciente, y a todos los nuestros vasallos, súbditos naturales de cualquier calidad y preeminencia que sean, donde quiera que habitaren y se hallaren, por fidelidad, lealtad, sujeción y homenaje que me hicieron y debieron hacer, que cada y cuando que pluguiere a Dios llamarme de esta vida, los que se hallen presentes y los ausentes, luego que a su noticia viniere, conforme a lo que las Leyes de estos dichos Reinos, Estados y Señoríos en tal caso disponen, y en este testamento está establecido, hayan, tengan y reciban al dicho Príncipe Electoral Joseph Maximiliano, en caso de faltar yo sin sucesión legítima, por su Rey y señor natural, propietario de los dichos mis Reinos, Estados y Señoríos, alcen pendones por él, haciendo los actos y solemnidades que en tales casos se suelen y acostumbran hacer, según el estilo, uso y costumbre de cada Reino y Provincia; presten, exhiban, hagan prestar y exhibir toda la fidelidad, lealtad y obediencia que como súbditos y vasallos son obligados a su Rey y señor natural, y mando a todos los Alcaides de las fortalezas, castillos y casas llanas y a sus lugartenientes de cualesquiera ciudades, villas y lugares y despoblados, que hagan pleito homenaje, según costumbre y fuero de España, Castilla, Aragón y Navarra, y todo lo que a ellos les toca, y en el Estado de Milán, y en los otros Estados y Señoríos según los estilos de la provincia y parte donde serán por ellos, al dicho Príncipe Electoral, y de los tener y guardar para su servicio, durante el tiempo que se les mande tener y después entregarlos a quien por él les fuere mandado de palabra o por escrito, lo cual todo lo que dicho es, cada una cosa y parte de ella, les mando que hagan y cumplan realmente y con efecto, so aquellas penas y casos feos en que caen e incurren los rebeldes e inobedientes a su Rey señor natural, que violan y quebrantan la lealtad, fe y pleito homenaje.—Y para en caso de faltar sin sucesión legítima el dicho Príncipe Electoral Joseph Maximiliano, mi sobrino, nombro y declaro por sucesor de todos mis Reinos, Estados y Señoríos al Emperador mi tio, y a todos sus sucesores y descendientes legítimos, varo-

nes y hembras, según sus grados, como hijo varón primero y legítimo de la Emperatriz María mi tía, hermana del Rey, mi señor y mi padre, cuya sucesión es llamada por su mismo testamento y leyes de estos Reinos, después de la línea de la Emperatriz Margarita, mi hermana, por la exclusión dada a la Reina de Francia doña Ana, mi tía y sus descendientes, en la misma conformidad y por las mismas razones que se expresaron en la de mi hermana la Reina de Francia, doña María Teresa; y en falta de todas las líneas declaro que la sucesión de todos mis Reinos, Estados y Señoríos pertenece a la línea de la Infanta doña Catalina, mi tía, Duquesa de Saboya y a todos sus descendientes varones y hembras, en la forma regular."

Madrid, noviembre de 1698 (1).

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

El día 2 tuvo audiencia con la Reina y volvio a insistir sobre los temas consabidos: el armamento español y la sustitución del Obispo de Solsona. S. M. contestó que repetidamente había logrado del Rey palabra de que se procedería a lo primero, pero que el Cardenal y sus secuaces seguían impidiéndolo; que el Almirante se había apartado de los negocios, a causa de desearlo así el Rey, y que Oropesa afirmaba no existir recursos para sufragar los gastos militares.

Replicó él que se allegarán fácilmente con la supresión de pensiones indebidas o exageradas, y la Reina confesó que Oropesa no era de fiar, porque tenía dos caras.

Respecto del otro asunto dijo S. M. que no se hallaban motivos para destituír al Embajador, no siendo exacto que hubiese enviado a Roma noticias de lo que ocurría en Viena. Replicó él que sin duda había hecho algo más, pues S. M. Cesárea no pediría su revocación si no estuviese fundada; a lo que objetó la Reina que también el Emperador había mantenido en Madrid a Lobkowitz no obstante el fundamento con que su marido reclamó

(1) No lleva fecha, pero se escribió evidentemente a raíz de haberse firmado el testamento del 11 de noviembre.

su relevo, y que ella no podía malquistarse con el Rey por un asunto de tan escasa monta.

Posteriormente, al tener noticias de haberse firmado el testamento, pidió otra audiencia a la Reina, sin conseguir que ni ella ni la Berlips le recibiesen. Vió entonces al padre Gabriel y le hizo presente la situación que se creaba a S. M. Cesárea por haber confiado en la Reina y puesto exclusivamente en sus manos la defensa de los intereses de la Casa de Austria. Le añadió que el testamento a favor del Príncipe Electoral, además de ir contra derecho y conciencia, infringía las promesas prodigadas a su padre de palabra y por escrito, y que necesitaba saber con certeza de labios de la Reina lo que hubiese ocurrido en el asunto, para cumplir con su deber.

Contestó el Confesor que ignoraba hasta la existencia de ese testamento porque la Reina no le había dicho nada sobre él. Sabía, sí, por el Almirante que el Consejo de Estado tuvo recientemente sesiones interesantes, pero que se trató en ellas de la situación de la Hacienda.

Replicó él que estaba seguro de lo que afirmaba y que si el Almirante no dió cuenta a la Reina de caso tan grave, era mal servidor, y si, como suponía, estaba enterada S. M., debió llamarle a tiempo para concertar con él la defensa de los intereses imperiales. Insinuó el Confesor que acaso la Reina hubiese preferido acudir directamente a S. M. Cesárea; y a esto opuso él que no actuaba movido de curiosidad sino por imperiosos motivos de su cargo, el cual debía ante todo al favor que la Reina tuvo a bien dispensarle; pero que si había tenido la desgracia de perder su confianza, era indispensable sustituírle por quien la mereciese, pues el oficio de Embajador la requería, porque para entregar las cartas de Viena bastaba un humilde agente de negocios.

El padre Gabriel indicó que quizá el motivo de tener secreto este asunto, si efectivamente había testamento, sería el temor de la Reina por la reciprocidad que pudiera exigir el Embajador de Francia; replicando él que no era justo equipararle al francés, porque la Reina, alemana de origen y no francesa, estaba unida con vínculos fraternales a los Emperadores, siendo lógico supo-

ner de ella, no sólo mayor confianza, sino la bastante para que le comunicase bajo fe de secreto, que él sabría guardar, cuanto supiese de las maquinaciones de Francia contra la Augustísima Casa.

Prosiguió la plática sobre los mismos temas y el Confesor acabó reconociendo que desde el intento anterior de declarar heredero al Príncipe Electoral era evidente no haberse desvanecido en el ánimo del Rey la convicción del mejor derecho de ese Príncipe, imbuída por su difunta madre y alimentada luego por algunos Ministros más o menos venales; y que si el testamento existía le parecía casi seguro que se hubiese hecho en ese sentido; pero que no creía probable que se hubiese olvidado el Rey de la Casa de Austria y que probablemente habría sabido concertar sus intereses con los bávaros, quizá por medio de un casamiento, aparte que su testamento no es irrevocable mientras viva el testador, y que el Rey goza ahora de buena salud, tal que aún es de esperar la sucesión directa.

Contestó él que la Monarquía española no se podía repartir como una herencia particular, lesionando los derechos de la Casa de Austria; que tampoco así se lograría la tranquilidad, porque era evidente que la perturbaría Francia, y que la buena salud del Rey daría poco consuelo si no se aprovechaba para regular su herencia política. Le rogó, en fin, que comunicase todo esto a la Reina, ya que no pudo hacerlo directamente, y el padre prometió hacerlo así.

Madrid, 22 de noviembre de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

Hace veintidós días que no recibe carta de S. A. y teme haberle disgustado.

La Reina le ha preguntado si era verdad que el Elector se disponía a ir a Trento para la boda del Rey de romanos y seguir luego a Viena donde pasaría el invierno. Le contestó, como es verdad, que no sabe nada porque no ha recibido aún ni siquiera las instrucciones para la entrada pública. También ella se lamenta de no tener cartas de su hermano.

El Rey sigue mejor, aunque todavía pálido. Ha de ayudarse con enemas un día sí y otro no; pero la fluxión nasal ha disminuído considerablemente. No se ha reunido aún con su mujer. Comprende que estas noticias no agradarán a S. A. ni tampoco la de que perdura la intranquilidad pública. No se resuelve el litigio entre el Emperador y el Pontífice, y la Corte imperial ha conseguido autorización para hacer pasar tropas a Italia por el cantón de Grisones, incluyéndose este artículo en el tratado de alianza que se elabora en Viena. La escuadra inglesa sigue en Cádiz, donde se dice permanecerá todo el invierno, y una holandesa va a ir a Portugal con artillería. El Rey Católico ha contestado ambiguamente a la petición de dejar paso por el Milanesado a las tropas imperiales; ni lo concede ni lo niega. Los armamentos portugueses, que se activan evidentemente a instancias de Madrid, están destinados a favorecer la causa bávara. Harcourt anuncia su próxima marcha y todos estos signos indican la inminencia de una guerra que probablemente se reñirá en Italia.

Un Consejero de Estado, amigo suyo, le preguntó si el Elector Palatino pondría sus tropas a disposición de S. M. Cesárea, y contestándole él que no creía verosímil dejase sus estados indefensos, replicó su interlocutor que sería fácil convenir la retirada de ellas de los ejércitos imperiales, caso de sobrevenir contingencias que así lo requiriesen. No sabe si acertó en lo que dijo y desearía instrucciones sobre el asunto. No sería político que S. A. apareciese entre los españoles como amigo de Francia, pero tampoco como incondicional del Emperador.

El Conde de Harrach incurre a diario en torpezas y faltas de tacto que disgustan a la Reina y al pueblo, pero suplica a Su Alteza que no lo diga en Viena, sobre todo a la Emperatriz, porque lo pagaría el Obispo de Solsona, a quien se da el mismo trato que Harrach recibe en Madrid.

Ha podido comprobar que el Consejo de Estado se ocupa efectivamente del relevo de ese Embajador en Viena, y la consulta está ya en manos de Oropesa. El candidato más favorable a la Reina y a la Casa Palatina, sería Moles. La antevíspera oyó al padre Gabriel grandes quejas por la conducta de Harrach,

con quien se ha vuelto a enemistar la Berlips, así como con la Embajadora.

Francia está ahora tranquila a causa del restablecimiento del Rey Católico; pero a la menor alarma volverá con mayor ímpetu a las andadas. Su aparente indiferencia hace que nadie se ocupe ya de Harcourt, hasta el punto de que se quiere marchar. Los que indican como posibles sucesores suyos no son personas de altura, y ello demuestra que el envío del Marqués obedeció a la convicción de estar próxima la muerte del Rey.

Este presidió recientemente una reunión del Consejo de Estado a la que faltaron Balbases, porque tenía mal las rodillas, y Monterrey porque se olvidó de la citación. Aunque se quiso mantener el más absoluto secreto, se sabe ya que el tema tratado fué la discrepancia entre el Emperador y el Pontífice y la conveniencia de dejar o no paso por Milán a las tropas imperiales. No hubo acuerdo; opinando algunos que Francia podría hacer de la concesión un *casus belli,* por eso no se resolvió nada.

Se sigue hablando del envío de fuerzas navales de las potencias marítimas a Portugal, y también esto puede provocar la guerra. Desde luego está España condenada a optar por someterse a Francia o por resignarse a ser invadida, porque no es posible que resista al Cristianísimo sin que sobrevenga la ruptura. El propio Harcourt se lo ha dicho así repetidamente, y aun la víspera, durante el paseo a caballo que dieron juntos. Insistió el francés en afirmar que erraba el Empeador si creía que sólo sus tropas podrían penetrar en Italia; y le preguntó también si el Elector se uniría o no a S. M. Cesárea, contestando él que las tropas palatinas le hacían demasiado falta en sus Estados para desprenderse de ellas. Harcourt añadió, entre otras cosas mal intencionadas, que le presagiaba disgustos, pues el Emperador disuadiría a S. A. de enviarle fondos. No le dió crédito porque comprende su intención.

La Reina, que ha estado en cama resfriada y se encuentra ya bien, le dijo ser imposible ajustar la subvención para el mantenimiento de las tropas palatinas en Luxemburgo, mientras no tuviese él caracter oficial por haber hecho su entrada pública. Se-

gún S. M., el Consejo de Estado no ha resuelto aún nada sobre el asunto.

Ha llegado el Archimandrita, que se hospeda en casa de Carpani hasta que se pueda trasladar a la que le preparó su madre, próxima al Alcázar. Para hacerse agradable a la Berlips le visita a diario y charla con él durante más de una hora. Lo hace así por servicio de S. A., pero no le oculta cuánto le desagradan estas obligaciones. Hace dos años que falta de su casa; el último correo le trajo la noticia de haber fallecido su administrador, en cuyo poder se hallaban todos sus papeles particulares. Su mujer no está allí y no sabe de nadie a quien encargar la gestión de sus negocios. Está, pues, perfectamente justificado su deseo de dejar el cargo diplomático que desempeña.

La Berlips ha vendido sus feudos de Nápoles en 280.000 escudos al contado, garantizando el Rey la posesión a los compradores. Goza cada día mayor favor cerca de la Reina. S. A. ganaría evidentemente si tuviese al Archimandrita como Enviado suyo, como parece que va a tener Polonia al otro hijo de la Berlips.

Sigue la Reina esperando las vacas y al abate Bellini, y él a su secretario para poder escribir en cifra. No lo reclama por pereza, pues en este país salvaje no hay más diversión que escribir, leer y montar a caballo. Tiene ahora otros de muy pocos años que prometen servir para la alta escuela por su vigor y docilidad. Cuando el Rey envíe a S. A. los que le regala, añadirá él algunos más que sirvan a S. A. para la caza.

Barcelona, 22 de noviembre de 1698.

El Landgrave de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

Sabe de buen origen que hay una inteligencia jurada ya, pero absolutamente secreta, entre Francia y las potencias marítimas, y ello demuestra la confianza que se puede tener en los supuestos aliados. Además, desde que Francia tuvo noticia de la paz imperial con los turcos, se niega a devolver Brisach, y ante la sospecha de que el Emperador gestiona la entrada de sus tropas

en Italia, ha dado las órdenes oportunas para cerrarle el paso, uniendo sus fuerzas a las del Duque de Saboya y apoderándose del Monferrato como base de operaciones.

El Cardenal Grimani, a quien sin duda conoce por haber sido el que gestionó la famosa neutralidad de Italia, abusando de la confianza del Emperador, con el fingido pretexto de temer a los venecianos, va a Viena como Embajador de la Santa Sede, pero enviado en realidad por los franceses para impedir que los imperiales entren en Italia. Lo más probable es que el Papa haya recibido aviso de París para que procure ganar tiempo, y envía a Grimani con el propósito que se deja adivinar. Convendría que en Viena estuviesen apercibidos.

Madrid, noviembre de 1698 (1).

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Obtuvo, por fin, la audiencia pedida a la Reina tantos días atrás, al siguiente de partir el correo ordinario para Viena. Hizo presente a S. M. el rumor llegado hasta él de haberse resuelto en el Consejo de Estado la sucesión a favor del Príncipe Electoral de Baviera, quien debería ponerse de acuerdo con el Emperador y el Rey de Portugal. Añadió que su afán de ser recibido antes de la marcha del correo obedecía tan sólo al propósito de informar exactamente a S. M. Cesárea; pero que estaba seguro de que la Reina, defensora siempre de los intereses austriacos, lo habría hecho directamente, con lo cual habrá rectificado el Emperador los errores en que por falta de información hubiese incurrido él al darle cuenta de lo que sabía por el rumor público, con notorio daño para su reputación diplomática. Le contestó Su Majestad que la noticia de haberse firmado el testamento era en absoluto infundada, y que en el Consejo de Estado se trató tan sólo de la situación de la Hacienda. Replicó él entonces que estaba seguro de lo contrario y muy sorprendido de que el Almirante, Oropesa y Aguilar, que asistieron a aquella sesión, no

(1) Tampoco está fechada, pero ha de ser de los últimos días del mes.

la hubiesen dado cuenta exacta de lo que en ella se trató. Insistió Su Majestad en negarlo porque lo había oído así de labios del propio Rey; añadió que no había visto al Almirante desde mucho tiempo atrás, porque estaba retraído en su casa y resuelto a no salir de ella, ni tampoco a los otros dos Consejeros después de la sesión a que él se refería.

Ante tan rotundas afirmaciones no vió él otro camino sino pedir la venia para solicitar audiencia del Rey o despachar en seguida un correo extraordinario con la noticia que le acababa de dar S. M. A entrambas cosas se opuso la Reina; a la primera porque, no obstante no haberse otorgado el testamento, podría ver el Rey en la pregunta que él le hiciese una molesta intromisión en el derecho libérrimo que le asistia para testar cuando y como le pluguiera; y a la segunda, porque la salida de un correo extraordinario movería ruido en la Corte e impulsaría al Embajador francés a pedir explicaciones sobre lo que se deliberó en el Consejo de Estado. Terminó afirmando que no era lícito transmitir al Emperador los rumores de la calle y que por eso no le había escrito en el último correo.

Hubo, pues, de contentarse con suplicar de nuevo a la Reina que no desatendiese las recomendaciones que le tenía hechas así en el asunto sucesorio como en el de los armamentos y el de la revocación del Obispo de Solsona, y que gestionase la designación rápida de un Comisario con quien pudiera él entenderse.

Contestó S. M. que defendería como hasta aquí los intereses austriacos; que el armamento estaba acordado, faltando sólo reunir los medios; que el Rey no hallaba motivo para sustiuír al Embajador en Viena, y que si no se le había designado ya Comisario hablaría a su marido para que se hiciese en seguida.

Después de la audiencia vió a la Berlips comunicándola también sus noticias, y obteniendo por toda respuesta que ella no se mezclaba ya en nada para que no se la tachase de intrigante; y que ignoraba en absoluto lo que hubiese de verdad sobre el caso, pero que todo era de temer de parte de los demonios encarnados que rodeaban al Rey, y especialmente de Oropesa, que le manejaba a su capricho.

El padre Gabriel le ha hecho decir por conducto de Selder

que se tranquilizase, porque el testamento del Rey no lesiona los intereses del Emperador, y como preguntase él a Selder si estaba seguro de haber oído al Confesor de la Reina que existía el testamento, le contestó que de sus palabras se podía inferir sin duda alguna posible.

Vea, pues, Su Majestad qué debe creer: si lo que le ha dicho la Reina o lo que por varios conductos tiene él averiguado.

Madrid, 26 de noviembre de 1698.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

Con posterioridad a su última carta ha estado a visitarle el Cardenal Portocarrero y luego de reiterar su inquebrantable adhesión a los intereses del Rey Cristianísimo, le ha comunicado el reciente otorgamiento del testamento a favor del Príncipe Electoral bávaro, con la resolución de mantenerlo en el mayor secreto. Le añadió que no debía sentir contrariedad por ello, pues resultaría letra muerta, porque le sobraban a él partidarios para frustrarlo llegado el caso.

Se mostró luego quejoso de las negociaciones mantenidas por él con el Almirante y la Reina, de las que no quería darse por enterado para no parecer constantemente contrario a ese partido y reservarse para cuando lo exigiesen así los intereses de Francia. Le contestó que esa negociación estaba ya rota porque no se fiaba del Almirante, y que si por ventura se reanudase, aunque no era probable, le informaría puntualmente de todo. Su Eminencia es una buena persona y parece muy leal. No hay otra novedad sino el mal tiempo, que ha impedido al Rey salir y dar la lobería que tiene organizada a tres leguas de Madrid.

Barcelona, 30 de noviembre de 1698.

El Landgrave Jorge de Hasia al Conde Aloisio Luis de Harrach. (En francés.)

W. Harr. A. Caja 251.

Lo que le comunica de la frialdad de la Reina para con él atribuyéndola a que quizá se hayan interceptado sus despachos,

no debe preocuparle, porque, en efecto, nada se odia tanto en la Corte como la verdad.

Aunque Baviera se muestra tan confiada, perderá el tiempo, porque Francia no la cederá el paso y querrá sacar partido de los caudales que está derrochando, persuadida como lo está de que el dinero y la fuerza son los únicos agentes eficaces en el mundo, cosa que no hay manera de hacer comprender en Viena, quedándole el consuelo del cumplimiento del deber, en el desprecio y abandono en que se le tiene.

Los infelices regimientos siguen manteniendose bajo la sola fe de su palabra, hasta que el Emperador se digne acordarse de ellos cuando, sin ofensa de nadie, le han prestado mayores servicios que todo el Ejército de Italia y sufrido lo indecible para conseguir que el nombre imperial no sea aborrecido en el país. Para soportar la situación es precisa la paciencia de un santo.

Madrid, 4 de diciembre de 1698.

Mariana de Neoburgo al Obispo de Solsona.

A. I.

"Muy prudentemente hacéis, según veo en vuestra carta de 4 del pasado, respondiendo a los que siniestramente interpretan mis recomendaciones hechas por otras Princesas, que el alabar a éstas no era vituperar a la de Hanover y que tan contenta estoy con ella como estuviera con las otras. Con ocasión de las graves enfermedades pasadas del Rey mi señor se habrán tirado varias líneas y muchos estadistas formado proyectos sobre la sucesión o repartición de sus Reinos; pero la divina misericordia dispuso que sus avisos parasen en amagos, sin pasar a fatales golpes, dejando frustradas tantas ambiciosas ideas.

Hacia la fundación del convento que desea mi Confesor (1) persiste mi empeño, y sin duda vuestro fervor, con que espero se logrará, a pesar de las oposiciones y reparos que se pretextan. Aquí va la respuesta a la que me remitís de mi sobrino el Archi-

(1) Alude al de Klausen (Chiusa) en el Tirol, pueblo natal del padre Gabriel. Este convento, fundado por doña Mariana, conserva todavía muchas joyas y cuadros que ella envió, y es el que se denomina "Loretoschatz".

duque Carlos, que acompañaseis con las expresiones más vivas de mi tierno, inviolable cariño..."

Madrid, 5 de diciembre de 1698.

El doctor Geleen al Elector Palatino. (En francés.)

St. A. K. bl. 86/27 b.

Los Reyes gozan de perfecta salud y organizan muchas hermosas fiestas. El día de San Andrés, por ejemplo, comió el Rey en el cuarto de la Reina invitado por ella, a causa de no sabe qué privilegio de Grandes y Ministros que le hubiese obligado a regalar la vajilla de plata usada ese día en su mesa. La Reina discurrió para agasajarle varias invenciones, entre ellas unos castillos artificiales; hizo llevar a la mesa un gran pastel del que salió de improviso un cordero vivo que llevaba colgado al cuello un rico presente de piedras preciosas para el Rey. Entró después un buey cebón con un manguito y unos guantes, también para Su Majestad, que los está usando todavía. Hacía mucho tiempo que no se le había visto tan alegre. El banquete fué amenizado por la orquesta alemana.

También el día de San Nicolás repartió la Reina entre su servidumbre magníficos regalos y el donativo le alcanzó a él, de un precioso estuche conteniendo una sortija con un diamante y varios doblones.

¡Quiera Dios reunir algún día en el mismo lecho a estos excelentes Reyes, separados aún por extrañas fantasías, y recompensarles de su bondad otorgándoles sucesión!

Se dice que Harcourt va a ser relevado por el falso informe que dió a su Rey pronosticando como indefectible el fallecimiento del de España antes de fines de octubre.

Añade para distraer a S. A. algunas historias picarescas. Un dominico ha colgado los hábitos y contraído matrimonio. El capellán de un convento de monjas ha quedado convicto de cópula carnal con catorce religiosas y varias niñas.

Una mujer de la Corte ha descubierto a su marido, que se había separado de ella hace muchos años, bajo el hábito de jesuíta. Se comprobó, que, en efecto, luego de abandonarla y correr

varias aventuras, ingresó en la Compañía. Para castigarle se le ha recluído en un convento. Un fraile jerónimo tenía tal fama de santidad que se le permitió exorcizar a la Reina para hacerla fecunda. Pero cierto día, hallándose recitando oraciones junto al lecho donde yacía acostada S. M. fingió tener un éxtasis y comenzó a gesticular y a saltar de modo que la Reina huyó de la cama y del cuarto dando gritos como si la persiguiese el mismísimo Luzbel. Este escandalo ha sido causa de que se le despida de Palacio por hipócrita o por tonto, aunque nadie se atreve a hablar mal de los exorcismos, por miedo a la Inquisición. Esta misma suerte correrá probablemente un fraile bernardo que está exorcizando al Rey. Vuelve a repetir la anecdota del párroco que exigía a sus feligresas el diezmo del débito conyugal.

Madrid, 6 de diciembre de 1698.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

Ha confirmado por varios conductos las noticias que le trasmitió referentes al testamento, salvo la de que lo conociese Francia con anterioridad, porque Harcourt comienza a protestar contra él y envió últimamente dos correos extraordinarios a París. Lo que sí parece cierto es que se instituye heredero al Príncipe Electoral bávaro y así se explican los repartos de grandes sumas de dinero que ha hecho recientemente el Enviado del Elector en Madrid. Sabe, por Monterrey, que se le entregaron hace muy poco 10.000 doblones, de los cuales la mayor parte ha debido de ir a parar a la Berlips. A la Reina se le asegura una viudedad de 800.000 escudos anuales. También se ha averiguado que Bertier despachó dos correos y para ocultarlo les hizo hacer en burro la primera jornada.

El Cardenal Portocarrero pasa por ser afecto a la causa bávara, por suponérsele autor del testamento de 1696; pero Monterrey le ha dicho que en este testamento colaboró él con Su Eminencia y que no era cierto adjudicase toda la herencia al Príncipe Electoral, sino sólo los Países Bajos, porque el herede-

ro de lo demás era S. M. Cesárea, y que en él no se decía nada de la Reina.

Ignora si todo esto es exacto; lo único que puede asegurar es que Portocarrero hace grandes protestas de adhesión a la Casa de Austria y le asegura que no se desviará jamás de su propósito de favorecerla.

Leganés le ha explicado que el designio de apartar temporalmente a la Reina del Rey no tiene otro objeto sino poder desterrar a las personas indeseables que la rodean, pero nunca el de separar a los cónyuges de modo definitivo, porque sería injusto e impracticable.

Madrid, 10 de diciembre de 1698.

Harcourt a Luis XIV. (En francés.)

Aff. Etr.

No ocurre nada nuevo, salvo que todo Madrid comenta el testamento hecho en favor del Príncipe Electoral y teme que sea causa de una ruptura, tanto más pavorosa cuanto que hay menos dinero que durante la guerra, no se ha hecho apercibimiento ninguno en las fronteras y se han derruído las pocas obras de defensa que se comenzaron en las murallas de Barcelona. A todos sorprende su silencio, que contrasta con la agitación del Embajador alemán, quien pidió audiencia a la Reina y al Rey, tres días atrás, de las que salió muy descontento, así como de su plática con la Berlips, y está visitando a todos los Consejeros de Estado. Así Sus Majestades como la Condesa y los Consejeros le niegan que tengan fundamento los rumores que corren, y no sabe qué pensar, limitándose a escribir al Emperador todo lo que averigua, por medio de los correos que acaba de enviar uno tras otro. Lo que dice ahora es que su señor acabará entendiéndose con el Rey de Francia.

Ha seguido él la conducta opuesta, porque no ha pedido audiencia a los Reyes, ni hecho visita ninguna a los Consejeros de Estado, dando a entender que está seguro de que nada de cuanto se dice es verdad. Pero esta misma calma suya intranquiliza a la Corte, temerosa siempre de la resolución que adopte su Rey.

(En carta de la misma fecha comunica estas noticias a Torcy

y añade que su situación es difícil y que la Marquesa su mujer estuvo la víspera a saludar a la Reina, quien la colmó de atenciones, pero sin la cordialidad de otras veces.)

Madrid, 19 de diciembre de 1698.

El Conde Aloisio Luis de Harrach al Emperador. (En alemán.)

W. Harr. A.

En vista del silencio de la Berlips fué a ver al padre Gabriel y le hizo presente cuánto contraría a S. M. Cesárea no sólo la noticia de la resolución tomada por el Rey tan impensadamente, sino la persistencia de la Reina en negarla, cuando son tantos y tan convincentes los indicios de lo contrario, y S. M. la única abogada de los intereses austriacos, que de este modo parece abandonar para servir otros distintos. Le añadió que el Emperador comprendería acaso la imposibilidad en que se halló la Reina para impedir lo hecho, pero nunca su silencio y menos su ignorancia, porque si los Ministros partidarios suyos la ocultan la verdad, no son dignos de su protección.

Contestó el Confesor que, en efecto, era muy verosímil que el testamento se hubiese firmado, pero que la Reina no podía tener seguridad de que así fuese ante las negativas rotundas del Rey, ni sonsacar tampoco a los Ministros, confesándose ignorante y mal informada por su marido.

Insistió él en que más autoridad perdería dejándose burlar; pero el padre Gabriel se mantuvo en su opinión, afirmando no haber advertido indicio ninguno en la Reina de desvío hacia los intereses austriacos.

Madrid, 20 de diciembre de 1698.

Ariberti al Elector Palatino. (En italiano.)

St. A. K. bl. 83/7.

La Reina, que siente mucho no poder escribirle por este correo, le encarga felicite a S. A. por su llegada a Viena y le diga que hace tiempo no recibe carta suya.

Sus Majestades, que siguen muy bien, cuentan salir al día

siguiente a una cacería de venados y jabalíes, de la que esperan grato solaz.

Versalles, 28 de diciembre de 1698.

Luis XIV a Harcourt. (En francés.)

Aff. Etr.

Ha recibido por el correo sus cartas de 26 de noviembre y 2 de diciembre y a la mano de Mr. d'Iberville las del 28 de noviembre y 2 de diciembre.

Ve por ellas que se le ha dado cuenta inmediata de la firma del testamento, no obstante el extraordinario secreto con que se lleva ese asunto. La persona que lo hizo cumple así las promesas que tenía hechas; pero como en realidad no comprometía con ese paso los intereses bávaros, no es posible prever cuál será su conducta, cuando prácticamente pugnen ellos con los franceses.

También está de acuerdo con lo que le dice en su segunda carta acerca de la buena fe con que procede el Elector de Baviera, mostrándose dispuesto a dar cualesquiera garantías que se le pidan. Pero como ninguna es suficiente a prevenir el incumplimiento de los compromisos contraidos a nombre de un menor de edad, parece lo más seguro procurar que el testamento de S. M. Católica no sea ratificado por las Cortes, ni aisladamente por las ciudades que tienen voto en ellas. Mientras no se logre ese público reconocimiento, la última voluntad de Carlos II tendrá carácter particular y no conferirá al Príncipe Electoral más derechos que los que le dió el testamento de Felipe IV, pues no habrá motivo para suponerle ley del Reino.

No se decide aún a darle instrucciones definitivas sobre el caso, pero tampoco le parece propio de su dignidad ni adecuado a su interés guardar silencio. En todo caso importa mucho que cuanto diga para inspirar al Rey de España algún temor a las consecuencias de su reciente resolución no tenga aspecto de amenaza ni le comprometa a él de tal modo que no pueda el día de mañana seguir otra línea de conducta.

Por correo expreso le enviará órdenes concretas; pero como el asunto se enlaza con muchos otros de la política y tiene gran

trascendencia, no ha quedido resolver por sí la actitud que debe tomar sino consultarla antes con quienes han adoptado ya otros acuerdos enderezados asimismo al mantenimiento de la paz. De este modo será conjunta la gestión diplomática que se lleve, así en la Corte española como en otras europeas.

Requiere ésta algún tiempo, y el silencio que mientras tanto se guarde no puede perjudicar tratándose de resolución que permanece secreta, antes bien reforzará de seguro lo que se diga llegado el momento oportuno y hará que cause esto mayor impresión.

Es evidentemente nocivo para sus propósitos la convocatoria de Cortes.

Conviene conocer también la actitud que toma el Emperador ante una medida tan perjudicial para los intereses que de tiempo atrás viene cultivando.

Cierto que las frecuentes sesiones del Consejo de Estado y las órdenes que se dan para levas y aprovisionamiento indican la inquietud del Rey Católico, pero aumentarán de seguro el descontento general ante el temor de que se distraigan en esas atenciones los caudales que todos quieren ver repartidos para el solo provecho particular.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA
Y
GABRIEL MAURA GAMAZO.

(*Continuará.*)